













Los muertos no cuentan cuentos  
Antología de narrativa joven  
del Estado de México

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA  
(ANTOLOGADOR)

# Los muertos no cuentan cuentos

Antología de narrativa joven  
del Estado de México



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,  
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,  
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Los muertos no cuentan cuentos. Antología de narrativa joven del Estado de México*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© José Luis Herrera Arciniega, antologador

ISBN: 978-607-495-374-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración  
Pública Estatal CE: 205/01/119/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

## Presentación

En efecto, en las siguientes páginas se incluyen textos de autores jóvenes, a secas, o incluso muy jóvenes. No lo veo como un asunto cuyo tope sea la cuestión de la edad: sus límites se abren con el registro de la participación de estos oficiantes de la letra en los ámbitos de la vida cultural contemporánea, en particular en el Estado de México. Por ello, desde mi perspectiva, se trata de autores que, en rigor, se ubican en la fase del sistema literario mexiquense consolidado.

Así, mi propuesta de análisis de las letras mexiquenses, en la que aplico los criterios del modelo de sistema literario aportados por el crítico brasileño Antonio Candido, considera tres fases: la de las primeras manifestaciones, esto es, la tradición, donde se concentran fundamentalmente los autores de letras y

Tunastral, en la mitad del siglo pasado; la de la configuración del sistema, detonada a partir de la década de los ochenta también del siglo xx; y la del sistema consolidado, con los autores que se han dado a conocer en el transcurso del siglo actual.

La presente antología reúne, pues, textos de escritores mexicanos cuyo desarrollo se ha dado a lo largo del siglo xxi. Algunos llevan un buen camino andado, otros tienen obra incipiente, pero en su conjunto reflejan un núcleo importante de la vanguardia de un sistema literario, entre cuyas características principales se encuentra la del entreveramiento generacional. En este momento siguen creando y continúan publicando autores de la etapa de la tradición, lo mismo que hacen autores de la fase de la configuración del sistema, y lo hacen también los que apenas han rebasado la veintena de años y aún no alcanzan a llegar a los cuarenta. Este sistema literario es, por definición, joven.

Mi intención ha sido integrar una muestra representativa del trabajo que, desde el Estado de México, vienen llevando a cabo las diferentes generaciones —que no se reducen a una sola— de escritores que han comenzado su labor creativa en los tres últimos lustros, concretada en la publicación de sus textos, en este caso, en el género cuento. Aunque son, básicamente, narradores, algunos han incursionado o tienen su base principal en otras categorías, como la lírica, por caso.

Los une su pertenencia a la realidad social y cultural del Estado de México —son creadores mexicanos—, así como la extrema pluralidad de sus temáticas, estilos e intereses estéticos. Heterogeneidad es el nombre del juego. Unos apuestan

por lo fantástico, otros por un crudo realismo; los de más allá se enfilan por las veredas de lo lúdico, los de más acá, por el reflejo de la cotidianidad.

En esta selección, he privilegiado el acto supremo de la publicación, ya sea en libros o en revistas. Letra impresa, pues, palpable, olible —porque tanto libros como revistas se huelen, se les extrae un aroma, de la combinación de papel entintado con el trabajo de la encuadernación. A los libros y a las revistas se los goza con los sentidos del olfato y del tacto aun antes de pasar el de la vista por los caracteres —no los 140 que castran la idea en la red del pájaro azul— pergeñados por sus autores. Como me dijo uno de estos autores: “No recuerdo qué tantos textos he publicado en medios electrónicos...”. En cambio, el papelito sigue hablando.

Y aunque buena parte de ellos son duchos en las habilidades de la cibernética, modalidades PC o manzanita, estos autores han optado por dar a la luz pública sus textos a través de las añejas y tradicionales formas del libro y de la revista. Comparto con ellos esa obcecación. Que viva el libro.

Otrosí, en su oportunidad, he considerado que la mayor parte de la creación literaria en el Estado de México se concentraba en tres zonas principales: Valle de Toluca, Nezahualcóyotl y Texcoco. En bloque, sigue vigente esta percepción, pero no es absoluta. Hay creadores literarios en otras áreas de la entidad. El tema no se clausura con discernimientos geográficos. Las inquietudes y las capacidades creativas no se cercenan con localizadores metropolitanos ni con datos del registro civil, por ende.

Suele decirse, en muchos casos y circunstancias, del lugar común que “ni están todos los que son ni son todos los que están”. No faltará quien quiera agregar otros autores a la presente muestra, o negar el derecho a la inclusión de alguno o algunos. Aun así, los presentes, sí están. Ocurre con la literatura que cada texto se defiende por sí mismo o se vence. La pluralidad de voces de esta selección va más allá de gustos personales y he pretendido hacerla patente: no hay una sola, sino muchas maneras de oficiar la escritura en el siglo XXI en el estado. ¿Qué tan lejos llegarán o qué tan pronto se detendrán estos autores? *Chi lo sa...?*

Por último, agradezco la confianza del equipo directivo del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, empeñado en apoyar la difusión del trabajo de los escritores mexicanos. Sobre todo, agradezco la confianza de los autores antologados, que tuvieron a bien aceptar la inclusión de sus textos en el presente trabajo, formalizada a través de una afanosa tarea. Y gracias a los lectores, mis hermanos, que han optado por conocer de manera directa qué se está escribiendo y cómo desde el Estado de México, en este complicado y duro siglo XXI.

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

*Zinacantepec, Estado de México; enero de 2015*

Los muertos  
no cuentan cuentos

Antología de narrativa joven  
del Estado de México



## Por si despiertas

Laura Zúñiga Orta

A pausas y con sorbos medidos me tomaba el jugo aquella mañana. Sentía el líquido bañando las paredes viscosas de mi estómago, mientras miraba el mantel bordado con flores moradas que cubría la mesa. Recuerdo. Casi en el último trago me sorprendió sentir entre los labios un grumo, una bolita suave que tomé con mis dedos para descubrir una mosca ahogándose. Pataleaba desesperada, buscando liberarse de la presión con que la tenía atrapada, y con ganas, quizá, de no sentir la acidez de la naranja.

Hubiera podido aventarla, asqueada, para luego pisarla y escuchar el crujido de su cuerpecillo contra el suelo. Pero la puse en mi lengua y movió sus alas pegadas con saliva; intentó poner las patitas en lugar firme. Explotó y se desparramó en

mi lengua. Tenía un gusto amargo y seco, pero, también, toda la carga del aviso. No tuve entonces sino que levantar los ojos para verte parado en la puerta. Me abalancé sobre ti con un beso de mosca. Una de las alas se adhirió como plástico a tus dientes verdes. Lo noté cuando fingiste una sonrisa y comprendí que ahora sí estabas aquí para quedarte.

¿Recuerdas que llegaste con una mecedora de madera? Un mueblucho ajado y lastimado por tanto trote, del que no te has levantado en mucho tiempo. Traías también un costal atiborrado de semillas de girasol, único alimento que en lo sucesivo quisiste aceptar. Antes de reparar en el mecedor, esperaba encontrarme con otro animal que contribuyera a poblar el zoológico que fue la casa gracias a ti.

La primera vez que volviste, luego de la despedida de silencios que tuvimos, me trajiste como señal de desagravio una tortuga con unos ojos iguales a los tuyos. Cabía sentada en la tapa del retrete y ahí durmió al principio, de modo que en la madrugada, cuando yo tenía ganas de orinar y salía un poco somnolienta de la cama, soltaba a veces un chisguete sobre el caparazón de la infortunada.

Cuando volviste por segunda vez traías una víbora multicolor, ya sin colmillos, que se enroscaba en mi pierna dejándola marcada, y en una ocasión quiso saber qué había más allá del hueco oscuro entre mis muslos. Tú reías ante la idea de saberme poseída por una serpiente durante tus interminables ausencias.

Otra vez me trajiste un perro. Era muy pequeño, cabía en mi bolso de mano y tenía unos ojos saltones que quise sacarle con un cuchillo. Luego adoptaste a la gata negra que llenó de

crías el jardín y me crispaba los nervios con su monocorde y ronco ronroneo, o me despertaba en la madrugada con sus desafueros fornicatorios.

Todavía recuerdo al conejo que se comió en una semana todo lo que encontró de color verde en el jardín, incluidos la manguera y el plato del perro, que por esas épocas se desinfló en una cagantina hedionda y quedó enterrado bajo la madreSelva, salvándose así de convertirse en tuerto o ciego por mi culpa.

Después dejaste de venir muchos años. Imaginé que estabas muerto o que habías conocido a la persona indicada, aquella que pudiera bañar en humo los espacios que de tu vida querías olvidar, incluyendo éste. Alguien que no fuera como yo, acostumbrada a hacer la luz y dirigir la mirada a esos pedazos que no tenías ganas de tocar de nuevo, porque te llenaron de pesadumbre. Por eso, cuando no soportabas más la clarividencia con que adivinaba tus miedos y anhelos, salías buscando la nube, la sombra o la mancha necesaria en la piel de otra ciudad, otra mujer, otro paisaje.

Y entendí siempre por qué te ibas. Y entendí también por qué regresabas y por qué has regresado ahora. Padezco lo mismo, pero evito luchar contra las circunstancias y prefiero permanecer quieta, esperando tus órdenes, como cuando, siendo niños, jugábamos a la guerra y tú dirigías el pelotón.

Qué diferencia con los primeros tiempos. Cuando teníamos tanto calor que a veces la cama, la mesa, la sala o el pasto ardían. Cuando el silencio no era esta barricada entre los dos, sino la marca evidente de nuestros sueños. Pero nos alcanzaron las oquedades de las que creímos haber escapado, y mientras yo

reaccioné con pasividad, tú te volviste agresivo y ya sólo querías jugar a los golpes, pero verdaderos, no como antes. Después te fuiste; me quedé esperándote. Y volviste varias veces, en contra de tu voluntad, movido por lo que sólo nosotros sabemos, con ganas de hacer locuras y ser felices otro rato. Al menos eso supuse.

¿Te acuerdas cuando se te ocurrió lo del árbol? Estabas furioso pensando que cuando te ibas yo metía muchos hombres a la casa y jugaba con ellos y con los animales que me habías regalado. Jurabas, además, que el ciruelo tenía la respuesta. No sé de dónde sacaste la idea, pero decidiste contar a mis amantes en las hojas del árbol. Yo reía porque mientras tú estabas trepado en la punta arrancando las hojas, contándolas y masticándolas para adivinar el olor y el carácter del supuesto amor, te torcía las cuentas hablando en voz alta, y el ciruelo, desesperado por cubrirse, iniciaba un nuevo brote donde acababas de herirlo. La proliferación de las hojas y tu imposibilidad para contarlas te hicieron concluir que el número de mis amantes era infinito, sus sabores muy distintos, y la pasión que nos unía, tan exacerbada como el nacimiento de los brotes.

Ese día me dejaste dormir en el suelo, sin dirigirme la palabra, porque no supiste decir que te estabas muriendo de celos. Pero siempre supe que gozabas mi espera y paciencia, mis abrazos de temblor de tierra y el gusto a salitre de mi sexo mojado. Así que soporté tus ausencias, presintiendo tus llegadas, atendiendo las señales (como la mosca) y haciendo en casa lo que querías verme hacer, todo por lo que habías vuelto.

Si abrieras los ojos y me pusieras atención, entenderías por qué digo que las cosas han cambiado demasiado. Al principio te dejé dormir, porque imaginé tu cansancio. Luego me resultó extraño que cogieras la mecedora para instalarte en el jardín. Buscando tu compañía, tomé el sillón de la sala y ahora estoy sentada junto a ti. Creo que despiertas cuando me ha vencido el sueño, por eso te escribo esta carta, platicando y recordando en papel lo que no he podido hacer de viva voz. ¿Por qué ya no me escuchas?

Ya te conté lo que pasó con el perro, así que ahora te informo que durante tu última ausencia, la más larga, todos los animales, menos los gatos, se fueron muriendo uno por uno. La tortuga se puso pestilente de tanto orín, así que la dejé en el pasto, cerca de la puerta. Ella empezó entonces un caminadito lento pero decidido, en una misma dirección. Le tomó seis años llegar hasta la madreSelva y, cuando lo logró, esperó a que el ambiente estuviera seco y comenzó a enterrarse. Yo la veía cavar cuando la buscaba para darle lechuga. Se fue construyendo una pequeña sima, lo suficientemente ancha para contenerla. Conforme pasaban los días, la encontraba más y más hundida.

Pensé sacarla de ahí, pero no toleré su mirada de súplica. Una mañana sólo pude ver su colita, un pedazo de cabeza y parte del caparazón. Después ya no la hallé. No pude ponerme a escarbar porque estaba muy ocupada tratando de sacar a la víbora de los ductos del drenaje, adonde se metió cuando fue vencida por la pasión que siempre le tuvo a la oscuridad. La esperé varios días y diseñé toda clase de estrategias para alcanzarla. Luego supe que unos kilómetros al sur, donde había

terreno baldío y estaban continuando la línea, se encontraron con una serpiente a la que mataron a golpes. Era ella, supongo.

Seguro no te importa, así que te cuento que maté al conejo en un arranque de furia, porque, dirás que estoy loca, me acordé de la vez que me descalabraste con el trenecito de plástico. Me dio coraje no tenerte enfrente para reclamar por la cicatriz en mi cabeza. No sé qué me pasó, pero busqué al conejo, cuyo gusto por lo verde había cambiado de tonalidad ante la falta de alimento. Le agarré las patas con ambas manos y le azoté la cabeza contra la pileta, una y otra vez, hasta que me vi batida de sangre y con una papilla de carne donde lo único reconocible aún eran las patas, que yo no había soltado. También lo enterré bajo la madreSelva.

Te aviso todo esto por si despiertas y no encuentras las bestias. Yo sé que las vas a buscar porque con nadie te sientes tan cómodo como con ellas, y hasta creo que puedes platicarles lo que a mí me niegas. Te he dicho ya cuál fue su destino, para que puedas tocar la tierra de la que ahora forman parte. Claro, con excepción de la víbora.

Ya trasladé la mesita de centro para acá y puse flores moradas en el jarrón que le robé a la abuela, ¿te acuerdas? Es pequeño, de barro negro, con detalles curvos de muchos colores. Nos encantaba. Cuando nos corrieron de esa casa lo envolví en una falda y lo traje con nosotros. Tienes que acordarte porque en los primeros tiempos, cuando no tenías miedo, lo usábamos hasta para tomar agua. Tanto extrañábamos a la familia y tanto ha soportado ese jarrón.

Te sugiero que no seas perezoso y te levantes porque no puedo sola. Me he cansado ya de raspar el musgo que te ha cubierto la piel. Me he cansado de espantar a las moscas que duermen en tu cara. Últimamente no te he rasurado, no por desidia ni porque con cada viaje del rastrillo la piel se te deshaga como pergamino, sino porque luces más guapo con la barba tupida, como la de papá.

Se me olvidaba decirte que los gatos se fueron muriendo sin que te dieras cuenta en el tiempo que llevas aquí. Los pobres fallecieron de hambre porque dejé de alimentarlos. Están tirados en el jardín. Tan ocupada he estado metiéndote a la boca, una por una, las semillas de girasol que trajiste en el costal. No entiendo por qué no quieres comer. Al principio masticabas todo el día las mentadas semillas en cuanto las metía a tu boca. Pero hace rato que no masticas nada. Iniciaste el juego de cerrar muy fuerte la quijada. Créeme que si no estuviera tan cansada ya te hubiera forzado a abrirla con un desarmador, no me importa que se te caigan los dientes.

Tengo la sospecha de que al despertar, justo cuando me vence el sueño, te comes otra cosa y dejas las semillas intactas sólo para asustarme. Desde chiquito fuiste remilgoso para la comida, pero esto es el colmo, así que por favor come algo ahora que abras los ojitos. Lo malo es que creo que ya no hay comida decente en la alacena. No he tenido tiempo ni ganas de fijarme.

La manta que traes encima está llena de mierda de paloma. Te la puse la última vez que te besé en la boca y te sentí frío

como nunca. ¿Por qué no me dijiste que pasabas frío? Tengo la intención de cambiártela por una nueva, en cuanto pueda levantarme del sillón, es que, ¿sabes?, estoy muy cansada (creo que ya lo dije), por eso te dejo esta carta. No seas flojo y haz lo que te toca, como nos enseñaron.

Sólo quiero dormir. Espero que leas esto y cuando despierte no encuentre el mismo desorden. Los gatos ya no huelen mal, así que si quieres no los entierres. Se me olvidaba una última cosa. Si despiertas y no tienes ganas de hacer lo que te dije ni de ver lo que te platiqué, al menos compadécete un poco de mí: ponme tú una manta y raspa el musgo de mis pies, porque tengo frío. Tu hermanita que te ama.

# No temas a la peste, no dura mucho

Pablo Barrera Quintana

Informe de investigación de Aliosha Furmanov a la Universidad Moscovita.

Entre las atareadas calles de las ciudades circulan turistas, trabajadores, estudiantes, activistas, religiosos, frívolos, sabios, etcétera. Un sinfín de personas, todas y cada una con igual número de historias enfermizas, algo qué ocultar a su propia vista, algo qué olvidar, qué pagar.

Desde que salí de Moscú extraño todo ese ajetreo, la Plaza Roja a reventar de curiosos y fuereños, la nieve cubriendo los pasos de cientos y cientos de abrigados caminantes.

En fin, lo normal en una gran ciudad, incluso todo el ruido generado impide pensar o escuchar, te obliga a subir al tren sin

despedirte de los padres con las palabras adecuadas, de todas maneras no escucharán nada. Y mientras el tren recorre la planicie helada, siento un ligero temor de dejar todo ello atrás por seguir mi sueño estudiantil, por conseguir la información necesaria de la vida de uno de los seres que logró contarnos su historia enfermiza; con la *Metamorfosis* bajo mi brazo y una biografía de Franz me dirijo a Praga, lugar de convergencia de lo enfermizo, tierra de su nacimiento y su *metamorfosis*.

Los paisajes pasan ante mi vista monótonos y las ciudades son en cada aparición en mi ventana iguales a todas las demás, ¡tantas he visto ya pasar!, el viaje continúa. Nervioso por llegar a mi destino saco de mi maletín la carta que me llegó días atrás de la Universidad Moscovita.

Para Aliosha Furmanov:

Nos es grato informarle que su proyecto ha sido aprobado. Diríjase a Praga e inicie su investigación, reporte resultados cada semana para evaluar su continuación. Temas del primer informe: estado de los papeles y archivos del escritor, posibles causas de su desaparición temporal.

Atentamente UM.

La guardo en mi chaqueta y me dispongo a dormir a todo lo largo del asiento en el cubículo, los puntos de luz en el exterior desaparecen lentamente, mis párpados se cierran a

pesar del nerviosismo, después de todo me espera mucho trabajo por hacer.

El polvo de la habitación impide respirar o ver con total comodidad, decenas de escarabajos se esconden y huyen entre el desorden, aunque el cuidador parece no notarlo; libros, papeles, carpetas, maletines, hojas regadas, un enorme escritorio en el centro achica aún más la ya precaria recámara, un catre al fondo termina por darme una triste pero clara idea del enorme trabajo y tiempo que costará ordenarlo.

—Hace mucho que nadie viene por aquí, simplemente no se permitía, entiendo que vivirá aquí mismo mientras termina sus asuntos, ¿no? Bueno, si necesita algo más regresaré mañana —refunfuñó el cuidador.

El rechoncho personaje deja las llaves en la puerta y se va por el pasillo, al parecer no puedo esperar gran cosa de su ayuda. En un rincón olvidado de Praga, en la habitación llena de escritos, cartas, libros y todas las frases y oraciones imaginables del objeto de mi estudio: Franz Kafka, empiezo a dudar de mi capacidad para ordenar todo esto, para siquiera entender lo que leeré en los próximos meses, tal vez regresar a Moscú sea lo mejor, ¿o no?, bueno, en fin, ya estoy aquí.

Llevo días, semanas leyendo y archivando, comprendiendo la vida de un escritor prolífico e intrigante, cartas a familiares y amigos, borradores y esbozos de lo que podrían ser historias no terminadas, fragmentos de sus obras más importantes, incluso esta mañana encuentro un paquete sellado detrás de uno de los libreros, mi sorpresa y alegría renuevan mis fuerzas al observar

el contenido del hallazgo: ¡el escrito original de la *Metamorfosis!*, lo hojeo apresuradamente y busco mis pasajes favoritos.

“Los dioses lo olvidaron, las águilas lo olvidaron, incluso él se olvidó”, Prometeo. También encuentro al fondo del paquete una hoja amarillenta y doblada, al empezar a leerla mientras escribo este informe noto que es una carta dirigida a Kafka y, aunque con dificultad para entender las letras, continúo:

Querido Franz, amigo entrañable, mi viaje ha sido un desastre, tenías razón, todo esto de la búsqueda de inspiración se debe dejar a los sueños, de lo contrario es peligroso. Cosas terribles han pasado y están por pasar aún peores, tal vez ésta sea la última noticia que recibas de mí. Después de viajar algunos meses en busca de historias llegué a un pueblo al norte de Alemania, Alsenz, seguramente no lo has escuchado pues ya no aparece en los mapas, de hecho es un pueblo muerto, maldito, cómo deseo nunca haber venido, describir el camino hasta aquí me es imposible, vueltas por el bosque y laderas, fiordos y el ruido de la cercanía del Mar del Norte es todo lo que recuerdo del camino. Al adentrarse al pueblo se nota inmediatamente el olor a muerte y enfermedad de siglos de abandono, las casuchas destartaladas y abandonadas bien podrían ser de este siglo o de milenios atrás. Mientras se continúa caminando la tierra exuda vapores nauseabundos e incluso la vegetación se aleja, no hay una sola planta o flor entre las callejuelas. Mi curiosidad aumentaba mientras presenciaba estos horrores y al entrar cubriendo mi nariz a una de las casuchas no pude contener el asco, Franz, y arrojé todo lo que contenía mi estómago de varios días; el piso

de la casa estaba sembrado de huesos hechos casi polvo y cortezas de un material viscoso; moho, pensé en un principio, mas los acontecimientos posteriores me revelaron la verdad: eran piel de insecto, de escarabajo para ser más preciso, en descomposición durante años. Después de recuperarme del asombro y el asco caminé indeciso fuera del pueblo, hacia donde fuera, de todas formas no conocía el camino. Al llegar a una casa un poco más grande y al parecer en mejor estado que las otras, pude escuchar lo que parecía el sonido de una voz humana articulando entre palabras y sonidos incomprensibles. El olor a muerte aumentaba mientras me dirigía al agujero de la puerta pero el simple pensamiento de ayuda me animaba a seguir. Justo cuando me disponía a entrar de la impenetrable penumbra salió una figura magra y encorvada, con una rapidez impresionante pasó junto a mí y se detuvo hecha un ovillo en el suelo, era pequeña mientras se mantenía encorvada, ocultaba sus formas y rostro en una tela roída, vieja, llena de lodo y excremento, susurraba algo casi imperceptible humano: “Cric-cric, hambre, nosotros, cric-cric”. Al acercarme lentamente la figura corrió tras de mí y siguió susurrando: “El ángel destructor, cric-cric. La peste cric hambre”.

Giré para propinarle una patada y saltó hacia atrás con una agilidad difícil de imaginar por su apariencia, sólo entonces la figura reveló su cara por entre los pliegues de la tela que lo cubría, una especie de rostro (o por lo menos lo había sido) envejecido lleno de arrugas y pliegues supurantes de viscosidad se reveló a mí, unos ojillos verdosos y hundidos, muertos, giraban sin descanso, una boca sin dientes mostraba extensiones de piel colgante cual tenazas.

Caí fulminado por el miedo, grité y corrí despavorido, mas no había dado tres pasos cuando la figura utilizando su rapidez ya estaba en mi camino, el escape no era posible.

Aquel demonio abrió su túnica por completo y cuatro extremidades extras aparecieron en sus costados, abortos de brazos y manos se movían sin sentido de un lado a otro mientras aquel espantajo no quitaba sus ojos de mí y susurraba: “Cric-cric, humano, la peste, cric-cric, viajeros en pueblo ya hace taaaantooouuu, cric-cric, mi pueblo, comido nosotros, cric-cric, madreuuu cric como nosotros, todos como nosoooootros, cric-cric, comido entre nosotros cric” —la figura calló un instante, se tiró al piso arrojando viscosidad y pus de su rostro mientras seguía—. La peste, cric, vete, vete vetevetevete, cric-cric, muerte, cric comido nosotros, cric-cric, viajeros hace taaaantooouuu, cric-cric, de Oriente dijeron, cric-cric, la peste a nosotrosoooouus cric”.

Me tranquilicé un poco al encontrar palabras cada vez más entendibles en el precario lenguaje de la criatura y la invité a seguir su relato pero sólo mascullaba gruñidos y siseos, vomitaba y supuraba, ya no me dijo más; se arrastró con todas sus extremidades hacia su cubil dejando un rastro de baba todo el camino. Intenté correr hacia la espesura del bosque pero tropecé con un amasijo de huesos, al incorporarme noté que no sólo eran humanos, sino terriblemente deformados; algunas partes se unían con los pedazos de piel de insecto y tenían pegados a la espina extremidades extra al igual que la criatura con la que acababa de toparme. Entendí la asquerosa verdad, comprendí en qué consistía la peste que murmuraba la criatura: horribles transformaciones de los contagiados, llegada de Oriente,

convirtió a los pobladores en insectos casi humanos y terminaron por devorarse entre sí; aquel infeliz que encontré debió ser el último, hace años generó alguna resistencia, alargó su condena.

Corrí durante días por el bosque hasta desvanecerme de cansancio, y desperté en un hospital de Leipzig, la ciudad más cercana, donde me encuentro ahora escribiéndote todo esto. Mas ya no creo poder regresar a tu lado, pues he notado que mi piel se agrieta y por mis costados han surgido protuberancias que anteceden a las extremidades extras de aquellos desdichados; estoy contagiado, lo siento amigo, cric-cric, pero ya no nos veremos, ésta es mi confesión Franz, mi metamorfosis. Ya no hay tiempo, dejaré la carta en el correo, cric, y me iré hacia cualquier escondrijo a morir como un insecto viscoso y horrendo. De todas formas no temas a la peste, no dura mucho, la muerte llega pronto. Adiós querido amigo.

Max Brod

17 de enero de 1912

Mis manos se crisparon al terminar la carta, pero ¿será verdad? Está fechada antes de que Kafka escribiera su metamorfosis, entonces el libro es una confesión y descripción de la desgracia de su amigo o... de su propio contagio, por eso desapareció mucho tiempo, por eso los sucesos del libro son tan vívidos, ¡es una advertencia! Sin embargo, si no volvió a ver a su amigo ¿cómo se contagió? ¡NO! ¡LA CARTA! El papel debe estar contaminado y por eso el paquete estaba escondido y sellado, y ahora ya la he leído, respirado sobre ella y la he tocado. ¡Nunca debí

venir a Praga, nunca debí investigar las historias enfermizas de los demás! Ahora yo estoy contagiado, me quedaré encerrado en esta tumba de maldiciones, la peste me convertirá en un ser horrendo y de pesadilla, he traído un mal demoníaco al mundo, he iniciado el fin, sólo es cuestión de tiempo antes de que contagie a los demás, yo debo cric ¡NO! Ya he comenzado, cric-cric, adiós madre, padre adiós, yo no quise hacerlo, mi informe ahora debe aclararlo todo, tal como el amigo de Kafka esto será mi confe-gruubbbbbbb cric-cric-cric-cric-cric-cric-cric-cric-cric-cric.

## El placer de sólo ser en la sangre

Sandra Hernández Martínez

Éste es tu caso, nada más no te molestes si crees que trato de descifrarte, hay que moderar el carácter, Batuel, yo estoy de tu parte.

—¡Quita esa cara de trol de mi vista, imbécil!

Te grita Augusto —un tipo gordo y rico que detestas— enfadado por tu presencia. Es que a la mayoría de la gente le parece podrida la vida que has cargado, que deshonras a tu nombre: Batuel, el sir arameo de Mesopotamia, te traducen más como el sir del Apogeo de la Insignificancia, algo totalmente absurdo para ti. Crees que es más patético mirar cómo tratan de acecharte en cuanto haces y cómo lo haces. Te agrada más la indiferencia; ser el centro de atención es como convertirse en bufón de plaza, en juglar que recita el *Miado Cid*. Te parece

descortés el hecho de que te coloquen en la categoría de iracundo, ¡qué ridículo es el mundo! Se mueven al trabajo, a la discordia y al oficio de etiquetar *raros* a los hombres como tú. ¿Acaso la diferencia da a la diversidad cultural para fomentar alardeos de unos sobre otros? ¿Es que no vienen los impulsos de las entrañas del ser? ¿Quiénes crean los prejuicios sino los mismos que permanecen reprimidos? Los cuerdos son, a últimas, los grandes ofuscados; eso sí apesta y sigues a los bípedos, lo sabes, y por eso tú sólo tiendes a idolatrar la perversidad criminal. También defines con exactitud cuál es tu lugar de acción, tu lugar de ensueño. ¡Caray!, ansías las calles de Kingston en los sesenta, te ves en esas películas producidas por Perry Henzell en las que eres un auténtico gánster que a diestra y siniestra obtiene respeto y fuerza por medio de buena puntería y un buen revólver.

—¡Oh! ¡Vuelva el gueto a mis manos!

Pides en silencio tal como pide un devoto arrodillado ante la virgen en la Villa. Adoras tus fantasías, gozas de tu altivez incierta, ser la cosa móvil conspicua de tu generación. Los demás son idiotas, no comprenden lo que significa la malicia, escupir al código social, al menos es mejor que escupir al cielo; aunque eres feo tú no te escupes en la cara, bueno, eso crees de vez en cuando. Pero lo que realmente te condujo a formar parte de esta historia no es precisamente tu rostro antipríncipe de cuentos de hadas, ni tu peculiar repudio a la virtud; más bien, es eso que no has querido hablar porque no van a creerte, no entienden el placer de recordar lo que viste, y qué importa que lo sepan, todos te atacan, para qué adjuntarte otra galería

otorgada por el remitente sociedad. No porque seas un pobrete tienes que nadar causando lástima, pero ¿amar el delito es el borde de tu locura? Concuero en que lo dudes. Yo también dudé en narrarlo.

Era un día como cualquiera en el mundo de la escoria. Los autos circulaban, las ratas también lo hacían como siempre en los bordes de las calles en los barrios bajos y entre la plebe. Todos respiraban el mismo aire, aunque tú eras el único que se percataba del olor que sólo puede llevar en esencia la vida, un cielo gris que arrebató al azul los reinos altos del globo infestado por capitalistas y enajenados, un rayo de luz candente provocador de sudor en tu frente y, sobre todo, una ninfa de la gloria llamada madre, quien frecuentemente te gritaba que vistieras bien, mínimo cuando tuvieran visitas en casa. ¿Las botas de casquillo no son elegantes? ¿Tampoco lo es el pantalón de mezclilla? Estar rapado te ahorra un dinerito que gastarías en gel, crees que no luces tan mal, en fin, qué importa, tú nunca estás. Te encantaba y te sigue encantando vagar, andar de aquí para allá y de allá para quién sabe dónde.

Tu madre te amaba, y amaba esa tarde en que Dios estaba de vacaciones. Complexión delgada, pelo cano y poseedora de unos ojos profundos y cautelosos, era lo que más te fascinaba de ella, además de sonreír tan natural, tan espontánea como siempre.

Prosiguiendo con ese día, el reloj dictaba la hora malévolamente: 2:00 p. m., escuchabas en tu discman a Linneth Marcia Griffiths con esa rola mágica “No time to love”. De pronto, viste cómo los cristales de las casas caían deshechos al suelo, no lo entendías. Soltaste el aparatejo musical y miraste en dirección a la voz de

tu madre, parada junto al Faro de la Divinidad. El caos comenzaba cuerdas antes de llegar a tu casa, sobre la calle San Judas Tadeo. ¿Delincuentes?, ¿asesinos?, ¿terrorismo?, ¿actos inhumanos? Lo que haya sido, la muerte gobernó el lugar, justo en ese momento extremoso de aglomeración de gente, las armas de fuego pasaban arrebatando almas. El estruendoso tiroteo y bombardeo hizo temblar tus piernas. Te dejó mudo por un instante, a las 2:00 p. m.

Supiste cómo es el verdadero color de la sangre, escuchaste al fin las súplicas de querer existir, los niños se retorcían de dolor, las llamas poseían los cuerpos aún vivos que se movían de un lado a otro, los gritos se apoderaron del sonido alrededor de tu cabeza.

La mayoría de los agentes del mal estaban encapuchados. ¿De verdad eran hombres? ¿Cuál era la forma exacta de aquellos entes? ¿Es necesario destruir lo construido por uno mismo? ¿Hay razón dentro de estos actos ilícitos? Vaya ideas que se empezaron a volcar en tu pensamiento, cada vez parecías mostrarte más blando y racional al ver la masacre; por eso corriste para huir de las garras de la muerte. Nunca te ha espantado vivir, te parece cómodo seguir sin prisa, ni dinero, como siempre, alejado de caer y ser presa de los demás; si te mataban, habrías sido presa al fin y al cabo. Tú querías estar donde has estado siempre, pero quién te dijo que tu tiempo era inmortal. Eso también es para dudarse.

Malditos adictos al asesinato. Arruinaron el inicio de tu tarde, y no eran ellos, sino lo que representaron. Antes de terminar tu escape de tremendo caos, detuviste un poco la marcha, un

majestuoso instrumento de tortura se presentó ante tus ojos; no era una demostración de la Edad Media, era una tarde que, en provecho de su brillo, manifestó el espectáculo más sanginario de tu historia. La fuente que le daría utilidad y matiz a tal instrumento se llamaba Queturá, tu ninfa de la gloria, tu madre. Lo más que hiciste fue prepararte para ver el acto de maldad. Viste cómo una de aquellas bestias colgaba a tu madre de una viga mediante un gancho que le clavó en la boca y le salía por la nuca. Abrió su carne para entresacar los nervios... las cadenas entre sus manos habían dejado de moverse en señal de resistencia. Queturá había muerto y el tormento parecía terminar; pero el asesino no dio crédito a dejar el cuerpo así y culminó clavando un cuchillo en el pecho de la mujer para sacar el corazón y comerlo.

“He terminado, Queturá”, dijo, y vertió alquitrán hirviente en lo que sobró de tu madre. Un balazo hizo caer al maldito devorador, inconsciente después de haberse suicidado. Cerraste los ojos, creíste que era mejor lo oscuro dentro de ellos, afuera la luz tenía un color atroz y lívido, optaste por permanecer quieto, en la oscuridad, en el escalofrío. Tu conciencia te lo repetía incansablemente, habías abandonado a tu madre en aquel nicho infernal, obviamente culpaste a esas bestias por tal obra tétrica y por la cobardía que se desprendió de ti, interrumpieron tu momento de fluir a velocidad del viento y te volvieron en un hombre despreciable.

A partir de entonces, levantas el cuerpo de la cama, calzas las botas y sientes cómo las cosas fluyen ligeras, pero sin cesar, qué más te puede pasar. Tus vicios te alejan de toda realidad y te

sucumben en la mesa del descubrimiento de aquello que más te apasiona. Vagas tus calles, todos los días, tomas tu pistola Beretta de 9 milímetros y sigues tu voluntad impía. La sociedad continúa vigilándote a modo de ocultar que sigue mirando lo que haces; odias a la multitud que te ve decrecer, piensas que los enfermos siempre serán los demás, aborreces soportarlos y dejarlos caminar. Es igual, el crimen ya los tocará algún día, esperas verlos morir, en tus manos o en las de quien sea.

En una de tus vagancias por el barrio, te llegó a la cabeza un recuerdo, dulce, maravilloso y confortable, era un sabor... alguno que ya habías probado, sabor a sangre de algún corazón. Al pasar sobre San Judas Tadeo, ves el reloj y marca las 2:00 p. m., escuchas la misma canción de Griffiths, “No time to love”, otra vez el reclamo del asqueroso panzón de Augusto que ignoras; ves una señora vestida de negro y pelo de hielo, está sentada bajo el Faro de la Divinidad.

*¡Qué locura!*, piensas; te acercas y escupes el piso bajo sus pies. Sonríes y le hablas:

—He terminado, Queturá, no hay tiempo para amar.

Ahora sí nadie te creerá, y eso es lo que menos te preocupa. Satisfecho de ti, insistes en seguir callándolo, pues ¿quién atiende a los espectros del mal? Como sea, tú continúas sonriendo con intensidad, en tu galería de lo peor y síndrome de espanto.

## Luna mía

Francisco Javier García Carrillo

*Mi nombre es Lo que Soy.* Estoy iniciando la aventura más grande, desconocida y sin referentes. Me encuentro en el andén y no tengo nada que me pueda ayudar a pensar si por lo menos me moveré.

Nací de día en un lugar que debido a su localización en el universo recibía la luz de una forma irrepetible. En consecuencia, de entre todos los colores permitía que se mirasen únicamente el blanco y el negro. Crecí en diferentes aldeas, todas llenas de color, lo que me causó muchos líos. Como no tenía la costumbre, ni me sabía los nombres, me aventuraba a interpretar por mí mismo qué era un color y qué una tonalidad. Hubo muchos matices que la gente no había contemplado sino como variaciones de claro y oscuro, y que yo interpreté y bauticé

como colores independientes. Fue por esta confusa situación que de pequeño me apodaron el Difuminado.

El primer día de mi vida, que por cierto representa una quinta parte del total de ésta, pues la gente como yo sólo vive siete u ocho días y luego muere de vejez, habité en un lugar llamado Aquí no es el Centro del Universo. Mi hogar fue una enorme casita flotante que mi padre tenía que anclar con estacas al suelo para que no se fuese a la deriva. Mi familia éramos él y yo. Se me acabó una mañana que el descuido rompió las ataduras que nos mantenían a la casa y a mí en su lugar mientras él se iba al muelle a pescar. Mi padre era un marino. Nos perdimos el uno al otro como todo lo irrecuperable.

Floté por años. Casi no puedo recordar. La casita se atoró entre unos árboles y terminó mi travesía. Había perdido un par de días encerrado y sin dirección. Ya no era un niño y tenía que recuperarme. Sabía que nadie vive para siempre. Aprisa pisé la tierra y até uno de los lazos a las ramas que me rescataron. Como el viaje había hecho estragos en mi transporte dediqué mucho empeño para reparar y asegurar mi lugar de residencia. Me sentí parecido a un caracol que trae su vivienda para todas partes. Yo no puedo morir de hambre, pero sí la siento. Hacía tanto que no me alimentaba que en cuanto estuvo lista me puse a buscar qué deglutir. Ya que me contuve comí algo más pesado; hierbas, gusanos, flores y larvas. A pocos metros descubrí el rastro de un banco de peces. Se me hizo sospechoso encontrarlo en un lugar tan árido como el monte en que fui a parar, aun así no pensaba que fuera bueno para mi salud comer nada más lo poco que crecía junto y bajo mi casa. Lo seguí en dirección

a la cima. Me cansó la subida pero valió la pena con tal de ver aquella belleza. La cumbre terminaba en una barranca donde vivían los peces que buscaba. Eran una mágica especie que sólo crece ahí. No nadan en agua sino en aire. El barranco les servía de resguardo. No eran aves, por eso no volaban. Nadaban a no menos de tres metros del suelo hasta alturas incuantificables. Me maravillaron con su presencia y luego me enfadaron con su agilidad para escapar de mis trampas. Ya no pude sino admirarlos. Pasaba a su lado todo el tiempo; cazándolos y estudiándolos. A pesar de que vivía de ellos les pagaba sus vidas con la mía. Usaba redes, arcos con flechas y palos, mas no lastimaba a ninguno. Si lo quería para comer, le daba fin de una sola vez. Pese a todas las apariencias no me gusta la crueldad. Mi humor negro lo interpreto como una especie de sublimación de la violencia. A los que no devoraba los quería para dibujarlos. Los examinaba bajo la red y luego los dejaba libres de nuevo. Llegué a producir una enorme cantidad de retratos, tras los cuales escribía mis observaciones, mismos que empecé a almacenar en un archivo dentro de la casita flotante y que creció con el transcurso y avance de la vida. Tuve que ir cambiando la organización de mi vivienda para abrir espacio al producto de mis estudios. En definitiva observar es lo que vine a hacer a este mundo. La gente que me veía me llamaba a escondidas el Pescador de Aire, mote que sumé al que ya tenía para resultar en el Difuminado Pescador de Aire. En ese entonces era muy considerado con todo. La vida de cualquiera se me hacía muy valiosa. Matar a un pobre animalito que a todas luces no podía resistírseme me conflictuaba. Pasé muchos amaneceres en la contemplación de

mis presas, decidiendo a cuál llevarme a la panza. Generalmente no comía. De hambre no moriría. Esta rutina me tenía ciego. Yo no conocía la noche. Desde que nací me dormía con el atardecer y despertaba con los primeros rayos solares. En este punto nace mi historia.

Me parece que de vez en cuando todos nos hartamos de nosotros mismos y buscamos la manera de hacer algún cambio para darle movimiento a nuestro interior y evitar que se nos pudra. Yo jugué a ser desalmado para hacerme el polifacético. Busqué el pez más grande, hermoso y fuerte. Tardé mucho tiempo pero di con él. Una hembra preñada. Me lo había propuesto y no quería sentirme cobarde. Lo ahogué metiéndolo a una bolsa. Me lo llevé a mi casa. Lo cociné. No me sería suficiente un batallón para aprovechar tanta carne. Comí hasta que el sueño me llevó a la cama. Para entonces los únicos muebles que tenía eran ése y un enorme archivero. Fue enigmática la noche. Desde que la distancia y la soledad entraron a mi vida no había tenido sueños al estar dormido. Habrá sido por el pez que soñaba. Era un pescador en el barco de mi padre. Pescábamos hombres. La dicha me fue efímera. El techo tronó. Desperté asustado. Un gigante pez abrió un boquete y cayó sobre mí. Quería asesinarme como yo hice con su pareja. Seguramente eran pareja. La comodidad en muchos problemas puede servirte. No puedo dormir usando almohada. La pongo de adorno sobre la cama. La quito al dormir. La almohada es la compañera que duerme a mi lado. Me salvó la vida. El pez quería aplastarme. La tomé usándola de arma asfixiante. La puse sobre su cara para no dejarlo respirar. Las fuerzas nos abandonaban a

ambos. A manotazos intenté ahogarlo. El animalote no podía respirar. Pretendió retirarse. Se echó para atrás. Me quitó el peso de su cuerpo. Mis costillas se inflaron para tomar aire. Lo estaba venciendo. No lo dejé. Mis manos continuaron ahogándolo con la almohada. El pez enfurecido peleaba por su vida. Empezó a moverse como un caballo que no quiere ser domado. Seguí aferrado a él. Escapó rumbo a su casa. Nadaba a gran velocidad. Colgado de él quería matarlo antes de que llegara con los suyos. Si no moría regresaría a matarme. Yo también luchaba por mi vida. Apretaba. No soy un matón. No lo hacía por deporte. Iba cediendo. La vida lo dejaba a mi merced. Se paró en seco. Caímos. Le di muerte. De noche el monte es invisible. Se transforma en una tiniebla permanente. Yo no conocía la noche. La oscuridad me aterra. Hubo silencio. Incluso el río estaba quieto. De pronto, un rumor. Miré la periferia y me vi rodeado de peces. Maldije haberme comido a la hembra. Pensé que iban a despedazarme lanzándose contra mí, destrozando mi cuerpo, destruyéndome. No miré más. Corrí cuesta abajo. Me estaba desmayando del susto. Las piernas me temblaban. La velocidad me volvía loco. Empujado por la furia llegué hasta la puerta de mi casita. Entré. Tapé el agujero con una cobija y me fui de bruces sobre la cama. Otra vez no tuve sueños.

Desperté en un día tranquilo. Era muy tarde. Exhausto por mi aventura no deseaba sino recuperar las energías. Comí las sobras del pescado de la discordia y volví a dormir. Abrí los ojos cuando me sentí restablecido. De nuevo la noche. No quería aterrarme. La cobija se había caído y una luz entraba por el boquete que abrió el pez difunto. La noche es oscura. Creía. ¿De dónde

provenía aquella luz? Miré a través del agujero. En el cielo la miré. Más asombrado que al conocer los peces. Blanca. Esférica. Intocable. No sabía que existiera algo así. Nunca lo había imaginado. La noche no siempre es penumbra.

Comencé a vivir en un eterno ocaso. Después de verla ya no quería hacer algo diferente. No quería nada excepto a ella. Mudé mi cama al techo. Cambió mi vida. No más peces. Doné mi archivo a la biblioteca de la universidad, ahí me enteré de que se llamaba Luna. Luna mía. No podía pescarla. Mirarla me hacía feliz y me ponía triste.

Para mi desdicha no pude soportar la agonía de no comer. Me fui a buscar otro pez. A pesar de que el monte se llamaba Fértil no se podía encontrar alimento. Esperaba que los animales marinos no fueran rencorosos. Arribé al sitio. Busqué una presa fácil. El pez pequeño y torpe. Como el mejor de los pescadores lo metí en la bolsa que llevaba. Regresé nervioso pero tranquilo. Nadie me había visto. A la bolsa le había hecho un nudo para que el animalito se fuera ahogando mientras andábamos el camino de vuelta a casa. Abrí la bolsa sentado a la mesa. Uno nunca se espera el momento siguiente. Salió vivo. Escapando. Lo perseguí por las habitaciones. Las puertas estaban cerradas. Las ventanas. Me vi obligado a correr por mi comida. Anduve sobre mis pasos. Rápido. Ambos fatigados. Su cola. Mi último intento. El definitivo. Un brinco. Él bajo mi cuerpo. Inconsciente. Yo con una sonrisa en mi cara sudorosa. De la nada surgieron miles. Arriba, mirándome con uno de los suyos. Miedo. La penumbra no es lo peor. Mis estudios revelaban que esta especie se protege entre sí. Libertad inmediata al

preso. No se iban. Quizá estaban planeando devorarme como lo hacen las pirañas. Las hormigas. Se me iba el aire. Nadie quiere un asesinato tan cobarde. El miedo y yo. La adrenalina es el combustible más explosivo. Desenfrenada carrera. Los peces atrás. Caía y de inmediato el terror me incorporaba. A lo lejos mi refugio lucía como una guayaba. A unos pasos de lograrlo. El cerro no es enorme a menos que vayas de ida y vuelta a todo lo que das. Desmayo. El fin de la carrera y de mi vida. Aún me quedaban un par de días.

El enorme animalote que intentó matarme fue a mi casa en solitario. Era el líder de su especie. Recuperé el sentido. Vivo. Los peces mansos me rodeaban. Ellos nunca dañan a sus líderes. Me metí a la cama con la facilidad con que me había metido en problemas. Ahora era el guía de unos seres radicalmente diferentes a mí. Esa noche durmieron en mi casa, abajo, afuera, sobre, tras. En vela, ideando. No es posible dormir en tales circunstancias. Ya tarde abandoné el lecho. Empujé hacia adentro a todos. Ni uno quedó a la intemperie. La casa quedó hermética. Solté las estacas. La casa se los llevó. Ahora no tenía problemas. No tenía nada. La Luna es de todos pero no es de nadie. Amarga como suelen ser todas las verdades. ¿Dónde va la Luna cuando se mueve? No tenía qué hacer. Seguir la Luna. Mirar su medio y su lecho. Descubrirle algún amante. Todos escondemos algo. Tenemos nuestros secretos. Ella también lo hace.

Cansado de andar me rebasó sin escrúpulos. Paso a paso llegué al mar. Me consoló verlo semejante al cielo. Un jardín. Olores deliciosos. Una puerta. Un candado. Estoy en buena condición física como para saltar. Un disparo. Un hombre. El

jardinero. Un exgeneral del ejército. Plantó las flores llamadas Particular. Delicadas. Se secaban tan sólo con ser tocadas. Él era la única persona que sabía tratarlas. Hablamos recargados en la entrada. Nos dormimos sin avisar. La mañana siguiente era mi último día. Temprano fueron unos hombres a buscarlo. Querían que les cortara el cabello con sus tijeras. En su ciudad ya no había peluqueros. Todos fueron muriéndose al no ser reconocidos y al poco tiempo de que se les fue el último empezaron a valorarlos. El general los atendió mientras hablaba conmigo. Me llamó Nocturno. Mi nombre me pareció muy largo. Lo que Soy, el Difuminado Pescador de Aire Nocturno. Me contó de unas grutas donde se podía comprar de todo. Ahí había conseguido las semillas de la única razón de su existencia. “Las encontré cuando buscaba un poco de felicidad”. Me fui a buscar una Luna que pudiera ser para mí. No quería morirme sin conseguir lo que quería.

Había una grieta en la montaña. La dirección era correcta. Entré esperanzado. Unos escalones alejaban a los aparadores del agua. Busqué algo similar sin encontrar nada. Pregunté. “Si quiere le podemos ofrecer luz de sol y un espejo”. Mi corazón se rompió al saber que la Luna no es más que eso. Luna disfrazada. Aunque estaba dispuesto a hacerlo me es imposible amar a los disfraces. ¿Cómo vivir así? “No se entristezca, le podemos ofrecer un boleto”. “¿Para qué lugar?”. “No lo sabemos”. “¿Es viaje redondo?”. “No...”.

Y heme aquí en el andén. Yéndome.

## Juego de dominó

Esmeralda Vela

De todas las demás, con la que más me divertí fue con Natalia. Era una chica singular, fantástica, hermosa. Siempre me sentaba detrás de ella en el salón de clases, porque me gustaba el olor a shampoo que desprendía su cabello, siempre mojado; me encantaba también oír su voz suavcita cuando el profesor le pedía que leyera en voz alta algún texto: ya sea de Borges, Cortázar, Arredondo, etcétera. Ella amaba la clase de literatura.

Un día el profesor formó parejas para exponer vida y obra de algún escritor. Para mi suerte, me tocó con Natalia. Le sugerí analizar *Un hombrecillo en mi cabeza* de Jesús Pacheco, pero ella se negó. Decía que, además de no ser un escritor famoso, sus cuentos le eran desagradables por las temáticas que planteaba: asesinato serial, necrofilia, masturbación... Le dije que deberíamos

tomar en cuenta a los escritores de hoy, pero ella más se negaba. En el fondo me molesté muchísimo porque Pacheco era uno de mis autores favoritos, pero traté de disimular mi enfado. Dejé que escogiera un autor que le agradara.

Teníamos diez días para preparar la exposición. Como era de esperarse, Natalia era una de las alumnas más inteligentes y cumplidas del salón, su único defecto era ser demasiado perfeccionista. Se enojaba si algo no le salía bien o como lo quería. Le propuse hacer el trabajo en mi casa. Al principio no quiso —la entendía, pues entre ambos aún no había tal confianza y más cuando le dije que vivía solo—, pero después aceptó. Dijo que para hacer bien el trabajo requeriríamos de un espacio tranquilo y sin ruido para concentrarnos al cien por ciento.

Ese primer día pusimos manos a la obra. Consultamos por internet la vida y las principales obras de Juan Rulfo. Mientras ella organizaba la información, yo la observaba detenidamente: sus piernas torneadas, cadera ancha, nalgas y senos bien redondos. Comenzaba a excitarme. Ella notó mis ojos vueltos lumbre cada vez que la miraba. Entonces se marchó asustada.

Pasaron cuatro días y su forma de dirigirse a mí se tornó un tanto indiferente; pero entre más me trataba así, más me excitaba. La deseaba tanto que hice lo que una mujer espera de un hombre: me comporté como un verdadero caballero, respetuoso, amable, halagador, atento, etcétera, cosas que estaba muy lejos de ser y hacer. Sin embargo, poco a poco lo fui logrando. Me di cuenta de que todo lo que hacía le gustaba. Se sonrojaba cada vez que yo, hipócritamente, le decía que era más

hermosa que la luna. Cosas en realidad cursis, estúpidas, pero ella las amaba.

Después del éxito de nuestra exposición, seguimos saliendo. Ya no podía aguantar ni un minuto más, tenía que hacerla mía. Así que la invité a mi casa un viernes saliendo de la escuela con el pretexto de ver una película. De pronto, ella señaló a lo lejos una habitación y me dijo, mientras se acercaba lentamente a ésta: “¿Qué hay allí adentro? ¿Puedo entrar?”. Me levanté de inmediato del sillón para detenerla y le dije: “¿Segura de que quieres entrar?”. Sólo afirmó con la cabeza. Le dije que para poder entrar a mi habitación secreta había una única regla: que jugáramos un partido de dominó y si ella ganaba la dejaba entrar. Casualmente ganó. Nos pusimos frente a la puerta, le pregunté de nuevo si quería entrar y su cara ansiosa me decía a gritos que sí. Entonces entramos.

Noté en su mirada un gesto, primero de asombro y luego de repulsión. “¿Qué significa esto? —me dijo— ¡Quiero salir!”. Me recargué en la puerta, le puse seguro a ésta y le dije: “No, Natalia hermosa, se me olvidó decirte la regla principal de este juego: una vez que entras, ya no sales”. Natalia miró los estantes que allí había y dentro de éstos, cajas etiquetadas con los nombres: Viridiana, Cristina, Laura, Marisol, Karen, Berenice, Adriana... Miró las fotografías de esas chicas pegadas en la pared: violadas, golpeadas, descuartizadas... Así pues, saqué una caja más grande y le dije que ella muy pronto estaría allí, dormidita en pedazos por siempre.

Fue tan divertido hacerle el amor, me excitaba oír su llanto de auxilio, pero el ruido del estéreo acallaba su voz. Devorar sus

piernas y senos que me volvían loco, fue fantástico. Guardé, como con todas las chicas, cada *pieza* del rompecabezas en frascos especiales. Luego de haber echado lo que quedó de Natalia en una caja, no sin antes haberle tomado las fotografías del recuerdo, me fui a dormir. Cuando llegó el lunes, el salón preguntaba por ella. Les preocupaba porque era una chica que nunca faltaba. Les dije que tenía días de no verla y no sabía en dónde estaba. Rápidamente, la dieron por desaparecida.

Luego vino un nuevo semestre y llegó una chica nueva al salón. Era tan hermosa, con largos cabellos dorados, ojos azules como el cielo y su piel blanca como la luna. Sus piernas y senos me volvían loco. Me acerqué un día, una vez que supe su nombre, y le dije: “Oye, Luz, ¿te gustaría jugar dominó?”.

## Edwin *el Tigrillo* Orrantia

Raúl Orrantia Bustos

A Edwin Orrantia le gustó la idea de convertirse en boxeador profesional. Había batido a todos sus contendientes *amateur* sin ningún contratiempo. Lo primero que pensó fue el sobrenombre que lo acompañaría de entonces en adelante. Su *mánager* le propuso varios, le dijo que eso era lo de menos, que serían sus puños los que se abrirían paso en el mundo del pugilismo, no su imagen ni su mote. Edwin Orrantia no se vio muy complacido y pidió que le dieran un día para pensar en su apodo.

En la noche, arrellanado en un sofá de piel, mirando sin interés la programación deportiva del canal de tv abierta, recordó que uno de los tíos de su padre había sido un prestigiado jugador de fútbol americano en la capital del país, a quien llamaban el Tigre Orrantia. Resolvió que él, Edwin, todavía no

era tan grande como su tío abuelo, por lo que empezar como Tigrillo sería lo adecuado.

Así, Edwin *el Tigrillo* Orrantia poco a poco empezó a llamar la atención del público del norte de Sinaloa y el sur de Sonora. Al año siguiente, cuando le ofrecieron peleas en Mexicali y Tijuana, descubrió que no era tan resistente ni técnico como pensaba. Estuvo a punto de sufrir su primera derrota: salió adelante por un golpe milagroso, contundente, pero la advertencia había llegado. Decidió ejercitarse como nunca antes, comprometerse con su oficio. Se concentró en la sierra de Chihuahua. Atrás, en Los Mochis, quedaron padres, hermanos, amigos y novia.

A Edwin Orrantia no le costó trabajo acostumbrarse a que lo llamaran Tigrillo a secas, sin nombre ni apellido. “Tigrillo, cien abdominales y luego a las regaderas”, le decía su entrenador. “Recuerda que mañana vienen a grabar tu entrenamiento, Tigrillo, debemos quedar bien ante los medios, no lo olvides”, le advertía su mánager.

Para sorpresa y gusto de la afición, tras relativamente pocas peleas, el Tigrillo Orrantia alcanzó el cetro mundial ligero con gran facilidad (o al menos así hizo que pareciera) y antes de defender su cinturón por segunda ocasión se sorprendió hablándose a sí mismo en tercera persona. Descubrió que no sólo ante los medios, sino que también cuando visitaba a sus familiares y amigos en Sinaloa, se expresaba de sí mismo usando frases como “El Tigrillo debe correr todos los días para no perder la condición, aun si está de vacaciones” o “Madre, discúlpame pero El Tigrillo no desayuna ese tipo de comida, debe cuidar su dieta”.

Si se dio cuenta o no de que la gente empezaba a mofarse de él es algo que no podría saber; lo que sí es un hecho es que muy pronto pasó de la tercera a la segunda persona. Dado su aislamiento en la sierra, Edwin Orrantia aprovechaba sus horas libres para conversar consigo mismo, con su cuerpo. Lo masajeaba untándole bálsamos aromáticos. Le gustaba ver cómo sus músculos abdominales cada vez eran más prominentes y cómo aplicaba las combinaciones de golpes instintivamente, sin necesidad de pensar un solo movimiento. “Mañana nos bañaremos en el río después de correr; esto te sentará bien, Tigrillo”.

No supo si fue cuando subió de división y despojó del título al entonces campeón o cuando se dio cuenta de que sólo si seguía subiendo de divisiones alcanzaría las peleas millonarias. No lo supo. El hecho es que para entonces Edwin Orrantia idolatraba su cuerpo y sus habilidades casi como si no le pertenecieran, como si él únicamente fuera la mente —el ser de dentro— y gozara de los beneficios de otro, de un ser independiente que hacía el trabajo por sí solo.

No lo comunicó a nadie, pero con tal de que el Tigrillo continuara desenvolviéndose tan hábilmente arriba de los cuadriláteros, Edwin Orrantia prometió llevarlo con frecuencia a camas de masajes y vestirlo únicamente con ropa de etiqueta, además de colmarlo con ditirambos cuando nadie los viera. “Ánimo, Tigrillo, le(se) decía, eres el número uno”.

Desconcertado por sus pensamientos, Edwin Orrantia ideó pruebas para demostrarse a sí mismo que su teoría era correcta, que el cuerpo y la mente (o alma o conciencia) eran diferentes cosas. “Si yo no soy mi cuerpo, luego mi cuerpo (aunque

me pertenezca) es un ser ajeno a mí, a este yo que piensa y reflexiona en este instante”.

El primer experimento fue lacerarse. Edwin Orrantia pasó noches en vela flagelándose la espalda y luego concentrándose para que las heridas no sanaran. Concluyó no sólo que los golpes no le dolían, sino que el cuerpo se recuperaba de inmediato: al día siguiente no había indicio alguno de las fustigaciones. “Por el contrario, si mi cuerpo se deprimiese y deseara morir, desaparecer —pensaba Edwin—, enfermaría y yo no podría hacer nada para evitar su (y mi) muerte”.

El lugar en que el cuerpo decidió vengarse fue en el ring. La forma: permitiendo que un gancho del rival lo conectara justo en la barbilla. Edwin Orrantia cayó a la lona. Ahora el dolor le pertenecía a él, a la mente y mientras el réferi contaba se dio cuenta de que el otro, el Tigrillo, lo había abandonado en pleno combate. En aquel y en el siguiente round Edwin Orrantia recibió una golpiza. No fue sino al escuchar los abucheos y a alguien en el público que gritaba: “Vamos, Tigrillo, ¿qué te pasa?”, que el cuerpo se dio cuenta de que la humillación, en caso de derrota, sería también para él. El Tigrillo retomó la batuta, se hizo cargo de las cosas y en ese mismo episodio noqueó a su contrincante.

Después de esa pelea, Edwin Orrantia firmó contrato comprometiéndose a subir a la división wélter, por lo que aumentó el entrenamiento aeróbico y modificó su dieta. Para sorpresa del entrenador, del mánager y del público en general, el Tigrillo no aumentaba volumen, sino que, al contrario, cada día parecía perder musculatura.

Edwin Orrantia era demasiado inteligente como para no saber lo que pasaba. El cuerpo nuevamente se había rebelado. El Tigrillo no estaba de acuerdo con que Edwin tomara decisiones sin consultarlo. La mente (o Edwin o la conciencia o como quieran llamarle) prometió que si ambos subían al peso wélter, la próxima vez que fueran a Los Mochis, él, Edwin Orrantia, desaparecería, se ausentaría momentáneamente para que el Tigrillo gozara de las comidas y atenciones de su madre, de los abrazos de su novia y de los elogios de amigos y seguidores.

A el Tigrillo le gustó la experiencia de manejarse a sí mismo, es decir, de ser pura materia, por lo que después de coronarse en su nueva división y ser declarado el mejor peleador del mundo libra por libra, decidió que ya no era necesario servirse de Edwin Orrantia. Lo ignoró, lo hizo pequeño y lo escondió en alguna parte del cerebro... hasta que finalmente lo suprimió por completo.



## Encuentro

Margarita Hernández Martínez

**En medio de la oscuridad** doy un paso vacilante. Me recomendaron hacer este ejercicio para sentirte plenamente, porque me está cansando verte, percibirte a medias. Supongo que sabrás lo que quiero decir. Tienes algo que anunciarme. Pero mi vida citadina, mis tensiones, mi malhumor y mi pesado miedo han evitado nuestro encuentro. Lo sé muy bien, y hay que ponerle remedio.

De modo que aquí me tienes. Me he cuidado de oscurecer bien la habitación, no entra ni un rayo de luz, no se percibe ni siquiera la sombra de la sombra. No alcanzo a ver mis manos ni la punta de mis pies. De manera que creo que voy bien, sólo necesito seguir caminando hasta llegar al centro de ese cuarto.

Creo que lo he calculado bien. Tropiezo con una de las sillas que dispuse para sentarme, pues no quería andar buscando a tientas dónde sentarme, y menos quedarme en el suelo. Me parece un poco incómodo, y tal vez te tardes en venir.

Negada de la vista como estoy, empiezo a calcular los segundos de la forma más subjetiva. La soledad, el silencio y la negrura han hecho que mis oídos y mi olfato se despierten de repente. Escucho ese zumbido característico de cuando el ambiente no está saturado de ruidos, y por un segundo extraño desesperadamente el continuo fluir de las bocinas de los autos que tanto me taladra, extraño la música a todo volumen, y mi guitarra. Sobre todo la guitarra. Pero en esta especie de parálisis para encontrarte, me está prohibido hablar.

Y supongo que son los nervios los que me han puesto a sudar así. Alcanzo a percibir un olor acre, el olor de mi piel relajando infructuosamente la tensión de mis nervios alterados con ese jugo sabor a sal. Siento cómo se me enfría la epidermis. Supongo que la misma sensación tensa me ha hecho erizar cada poro de mi cuerpo. Me pongo hipersensible. Debe de ser ahora el tacto.

Te he estado esperando un rato, pero creo que requieres de apertura. Te tengo miedo y lo sabes bien, lo percibes en el ambiente, así que te pesa y te alejas. Eres tímido, muy tímido, pero bien que te metiste en mi cama la noche de ayer, bien que te gusta rodearme la espalda y ponerme fría, como tú. Y ahora que te pido que vengas, guardas un silencio espectral. Como tú, igual que tú.

Cierro inútilmente los ojos, y digo inútilmente porque el negro impenetrable sigue aquí y aquí seguiré. Mis oídos se han acostumbrado al zumbido cuando aparece una mosca en el lugar, flota sobre el aire enrarecido y se calla. Me parece bien, también quiero oírte llegar. Como el día en que subimos juntos las escaleras y al voltear no vi a nadie más.

Ahora mi lengua siente el sabor de mi saliva, es extraño. La tengo en la boca todo el tiempo y nunca me he detenido a probarla en su totalidad. Es un sabor distinto a todos los que he probado. Alonso se lo sabe de memoria, pero yo no. Me resulta ridículo pensarlo, pero es la verdad. Es más, tengo ganas de reírme, pero no puedo, algo tiene que pasar y no quiero molestarte con el ruido.

Y mientras me entretengo paladeando semejante sabor raro, te siento entrar en la habitación. Sé que estás aquí, justo atrás, mi espalda se ha puesto fría, como siempre. Ya me explicaron que te pones ahí porque es el centro de mi energía, aunque a decir verdad, me suena ilógico. Me cuesta creer, pero aquí estás. Y quiero hablarte, de verdad quiero hablarte, pero, como todas las veces, me tienes paralizada sin saber lo que hago. Qué tonterías las mías. No sé cómo se me ocurrió hacer esto, y aquí estás.

Te pregunto qué necesitas, cuando siento que tus manos se deslizan desde mis hombros hasta el antebrazo. Estás helado, te digo, dime cómo te llamas, cuestiono, pero no me contestas, tu silencio corresponde al zumbido que mis oídos acostumbran desde hace tiempo, no he podido contar los minutos, simplemente son largos. Perdóname, susurro. Es que me asustas.

No sabes cuánto me asustas, mientras tu tacto gélido corroe mis primeras vértebras. Oigo tus pasos. Te encaminas hacia el espejo. Te reflejas tan claramente... que ahora temo enloquecer.

## Ojiva en el rostro

Demian Marín

—¿Qué fue de esa chica, la que tuvo una esquirla de granada incrustada en la mejilla?

—Sobrevivió.

—¿Y ahora, qué hace?

—No lo sé. Sobrevivir, supongo.

Granada de fragmentación. Es una bomba personal. Herencia del Renacimiento. Toda obra es personal. La *Vita Nuova* es escrita por Dante. Y por nadie más. La Capilla Sixtina es obra de Michelangelo. Y de nadie más. La granada de mano es activada por una persona, es lanzada por una sola persona. Esta persona es la responsable de sus efectos. Esta persona. Nadie más.

La imagen es casi un cuadro religioso. Un soldado pela con su cuchillo una caña de azúcar. Al lado, un viejo rottweiler mira al soldado y lanza leves sonidos lastimeros.

—Yo estuve allí —dice el soldado—, nos mandaron porque según somos expertos en eso de desactivar granadas —Muerde la caña. Escurre el jugo por su barba—. A esa vieja ya se la había llevado la chingada. Yo lo sabía. Todos lo sabíamos. Pero nos ordenaron que estuviéramos allí, orientando a los médicos para que no les explotara la chingadera.

Saca una bolsa. Arroja un poco de coca al suelo. El perro olisquea frenéticamente el polvo blanco hasta terminar con él.

—Estamos jodidos. ¿A poco no? Este país ya se fue a la mierda. Desde hace mucho. ¿A poco no?

Todos dicen que es culpa del narco. Que es culpa del gobierno, de la corrupción. Antes, dicen, vivíamos bien. Antes, dicen, no teníamos miedo de salir. Antes, dijeron, no nos mataban por las calles.

Todos dicen que es culpa del narco. Nosotros, que lo hemos visto, que lo hemos oído, que hemos estado allí adelante, sabemos que es culpa de Dios. Que nos ha abandonado. Y no hay esperanza.

¿Te crees capaz de resistirlo? Un segundo antes vendes mariscos en la plaza. Un segundo después tienes alojada una ojiva en la mejilla. Tu rostro no volverá a ser el mismo. Uno, dos segundos. La ojiva no estalla en tu rostro, no desflora tu cuerpo. Como si

podieras voltear tu cuerpo como un guante, mostrar lo que llevas ahí dentro.

Uno, dos segundos. Que nadie se acerque. Tienes alojada una ojiva en la mejilla. En cualquier momento estalla. En cualquier momento dejas de existir. En cualquier momento tu cuerpo se vuelve un montón de trozos humeantes de carne y vísceras y huesos.

Bam. Explotas. ¿Y luego qué sigue? ¿Crees poder resistirlo?

Las ojivas de mi niñez no se parecen en nada a las de ahora. Una ojiva nuclear puede medir hasta cinco metros de alto. Ahora las ojivas son de cinco centímetros. ¿Por qué tienen el mismo nombre, carajo, que no alcanzo a comprender?

En el Hospital General de Culiacán hay una cama solitaria. No hay en un radio de diez metros nada más que esa cama. Una mujer con la mandíbula deshecha duerme, espera, duerme en la cama. Un aparato succiona la saliva y la sangre de su boca.

—¿Y ellos?

—¿Quiénes? ¿Los hijos de puta?

—No, no. Los médicos, las enfermeras, los que le sacaron la ojiva.

—Ah, ellos.

—Sí, ellos.

La mujer con la ojiva en el rostro tiene sueño, se adormece, son demasiadas horas, el cansancio termina por tirarla en la cama

del hospital. Sábanas blancas manchadas de sangre y orina. Un sueño sin sueños. La mujer con la ojiva en el rostro duerme, espera, duerme, las enfermeras la miran. Es peligroso acercarse, dicen. La expresión de dolor, la mueca hecha por la ojiva, por un momento desaparece.

¡Pero cómo culpa de Dios! ¡No mames! Hay que pactar, no tenemos otra salida. Nada de que son bajas necesarias. ¡Son niños! ¡Son mujeres! ¡Tienen nombre, por Dios!

Antes no había nada. O había demasiado poco. El olor del pescado, del camarón fresco, los pregones, la vendimia. Nos encontramos en algún lugar de Culiacán. Estamos allí, sin movernos, nuestros ojos y nuestros oídos son los únicos que perciben, que cobran vida durante la escena.

Antes nada. Luego, la explosión. Gritos. Ráfagas. Gritos de terror. Un hombre dispara con su lanzagranadas. Se diría redentor, un pastor que envía a sus ovejas al corral de la muerte.

Son cuerpos los que estallan, los que vuelan por los aires.

Son cuerpos y sangre y ropa desgarrada y lamentos y malas palabras.

La escena se fragmenta.

Una ojiva penetra la carne, se incrusta en el rostro. Nuestros ojos miran cómo la mejilla derecha se traga la granada. Nuestros oídos escuchan los dientes que crujen, la punzada latente de una ojiva que no llegó a explotar. El tejido muscular obstruye el percutor.

De niño, mis padres me prohibían tener amigos comunistas. En la iglesia decían que los comunistas eran caníbales. Que les gustaba comer niños. Yo era niño. Yo era candidato a ser parte de la dieta de los comunistas.

Los comunistas además tenían ojivas. Ojivas nucleares. La gente decía que con ellas se servían para comernos. Las ojivas de los comunistas eran como el cuchillo y el tenedor para nosotros.

—¿Quién ellos? ¿Los hijos de puta?

—No, no. Los otros.

—¿Y qué hay con los otros?

—Los condecoraron.

—¿Por hacer su trabajo?

—Sí, por poner en riesgo su vida al hacer su trabajo.

—¿De quién estamos hablando? ¿De los hijos de puta?

—Y es que si tan sólo fuera una bala...

—Las balas no explotan...

—¿Qué vamos a hacer?

—... las balas no explotan.

¡Qué curioso y qué extraño! Una granada en pleno rostro. Ocho horas de granada. A ver, hijos de puta, quién la saca de aquí. A ver, hijos de puta, quién no es mariconcito.

Los hijos de puta no saben de granadas. Para ellos se trata de una mujer que se desangra. Un hoyo en la mejilla. Una ojiva activada allí dentro.

Es una mujer peligrosa. Ciertamente.

Ella se llama Karla. Karla Flores, dice en el papel. Karla Flores escribe con dificultad. No puede hablar.

## Jamais vu

Daniela Flores

—Y tú ¿qué tal? —preguntamos todos, casi al mismo tiempo, casi en coro.

—No puedo quejarme, soy afortunado —contestó, con una sonrisa en los labios y con su copa en la mano—. A mi edad, no me gusta fanfarronear pero creo estar en mi mejor época. ¡Salud! —brindó Lino.

—¡Pues salud por el amor y la felicidad, que no llegan nunca! —brindó Julio y se tiró al sofá a seguir murmurando maldiciones.

Nadie entendía lo que decía Julio. Me pareció oír su típica frase combinada con una nueva: “El amor no existe, se los digo yo que lo he buscado en los botes de basura”. Estábamos acostumbrados a él. Había sido nuestro bufón, nuestro filósofo,

ahora ya no sabíamos en qué se había convertido, quizá en nuestra propia conciencia, un altavoz.

La fiesta terminó al amanecer. No supimos quién de nosotros llevó a Lino a la reunión.

Era la primera vez que lo veíamos después de mucho tiempo. No me gusta recordarlo pero sí, fueron años, muchos años de no verlo. Supimos la última vez que se había mudado a Canadá. Otros dijeron haberse enterado de que estaba preso o encerrado en el manicomio.

Lino no nos aclaró las dudas, sin embargo volver a verlo era como rejuvenecer y recordar nuestros mejores tiempos. Ya no era el hombre bien parecido de antes, pero todavía conservaba ese encanto en el cuerpo, quizá era su forma elegante de moverse o de hablar.

Lo único que nos contó es que vivía con una mujer mucho más joven que él, y que después de tantas mujeres se había topado con la “horma de su zapato”: una mujer hábil e insaciable.

—¿En qué aspecto es insaciable y hábil? —pregunté yo, intrigada, porque Lino nunca me había hecho caso y yo le había rogado por todos los medios que me prestara su cuerpo un fin de semana.

—En todos los aspectos, Alicia, en todos los aspectos. Lo que quieres es que diga cómo es en la cama, ¿no es así? —me preguntó y yo nerviosa como una quinceañera gorda a la que el más guapo de la fiesta le pide la pieza, no supe qué contestar. Qué estúpida me vi, a pesar de mis cuarenta y tantos. Lino siempre me puso nerviosa.

—Sí —contesté sin pensarlo.

—Pues bien: te lo diré, pero sólo a ti. Será un secreto entre nosotros, porque no me gusta divulgar la historia de mis sábanas —me dijo, y extendió su mano hacia mí.

—La historia de tu pene, querrás decir, Lino. Deberías contarnos si estás loco, si te metieron al manicomio como dicen. De todas formas, todos en todas partes estamos locos —gritó Julio.

Y nos fuimos Lino y yo a la terraza. Estaba muy ebria para saber bien lo que pasaba. Lo que sí supe es que Lino me escribió en un papel su dirección y me invitó a ir a tomar algo a su casa y conocer a su famosa Bárbara.

La dirección que me dio era falsa, bueno, hubiera sido poco probable que alguien viviera en un cementerio. Me pareció una broma de mal gusto y me fui enojada de ahí. Conforme pasaban los días me intrigué más. ¿Qué historia era ésa? Bueno, al fin y al cabo, era mi culpa por meterme con bichos raros. No tenía por qué sorprenderme. Ni enojarme. Nuevamente pensé de mí lo estúpida que era.

Les pregunté a todos si habían visto a Lino o si sabían dónde vivía. Algún dato. Nadie supo decir cómo llegó y cómo se fue. Hombres raros. Los que más me gustaban y los menos accesibles. Animales en peligro de extinción.

Traté de seguir mi vida como siempre. Miserable y aburrida. Consumía lo que necesitara en las fiestas, música, droga y sexo. Salía de los edificios, hoteles o salones, con el sol. Trabajaba sin esfuerzo y mi vida era llevadera. Simple. Incluso feliz.

Un día llegué en la madrugada a mi casa y sonó el teléfono. Era mi madre que quería saber lo que estaba haciendo. Era

increíble que me llamara a esa hora pero me imaginé que era la senectud lo que la movía. Colgué y volvió a sonar. Era Lino.

—¿Vas o vienes? —me dijo con su voz varonil.

—Vengo —dije con mi voz dulce, como la que acababa de entonarle a mi madre.

—¿Por qué no has venido a visitarnos?

—Sí fui pero era un cementerio, y muy viejo, por cierto. ¿Por qué te burlas de mí?

—No me burlo. Yo no te di la dirección mal. Ahí vivo. Soy el cuidador del lugar. ¿No me crees?

—Entonces, nos vemos mañana. Adiós.

—Adiós, Alicia.

Decidí olvidar el asunto. No acudí a “mi cita”, pero mis sueños me llevaban a aquel cementerio y me hacían ver tras la ventana de una cripta a Lino y a Bárbara invitándome a pasar. Imaginaba en vigilia un trío lascivo sobre la loza negra de una tumba enorme. Me perturbaban mis sueños porque Lino me invitaba a ver cómo penetraba a Bárbara. Me despertaba sudorosa y mojada.

Me daba vergüenza contárselo a alguien. No quería ser el hazmerreír de nadie. ¡Malditos sueños! Era yo una solterona caliente como una puberta a la que le salen sus primeros barros.

¡Qué droga era ésta que no conseguía volver a la sobriedad! Es una mala idea levantar la mano después de años para preguntar qué ha pasado.

Tomé el consejo de una amiga, a quien le conté que dormía mal por pesadillas, y me fui a ver al psiquiatra. Salí con un botiquín lleno de fármacos que me tenían muy feliz. Logré conciliar

sueños tan pesados que no logré recordar nada y en el día, mi vida parecía una película.

Por fortuna pude pagar mis costosas drogas y fui, nuevamente feliz, hasta que un día haciendo gala de mi estabilidad entré al cementerio aquel y busqué al administrador, pero no había nadie. Nadie contestó. Me asomé por la ventana, como en mis sueños, y no pude ver a nadie.

Sonreí y pensé que había logrado superar mi obsesión. Me inquieté por un momento pero pasó pronto. Caminé hacia la salida y la voz de Lino me detuvo.

—¿A dónde vas? ¿No es a mí a quien buscas?

Y lo que tanto temí fue cierto. Volteé y era Lino. Me llevó a las oficinas administrativas y le habló a Bárbara.

Bárbara llegó y me la presentó. Mi sorpresa fue grande al descubrir que era cierta su locura, pues no había nadie en el lugar más que él y yo.

—Mucho gusto, Bárbara. Eres afortunada de vivir con un hombre como Lino.

—Alicia quiere saber por qué eres hábil e insaciable.

Y me esforcé por aparentar atención en la nada. Lino estaba entretenido escuchando la respuesta de su mujer.

—Ahora ya lo sabes, Alicia, por qué ella es la “horma de mi zapato”. Bárbara lo es todo para mí. Ella es libre.

—Sí, me imagino —dije con cierta pena. Iba a inventar una excusa para irme inmediatamente y no volver a verlo pero se me cruzaron “ciertos” pensamientos y le pregunté:

—Lino, ¿qué diría Bárbara si se mudaran a vivir conmigo?

Bárbara me sonrió.



## Manchester y el teatro

Cristian Lagunas

Con estruendo, se abre el telón. Comienza esa complicación que sube por las venas. Está en medio de un escenario y empieza a salirse de sí misma para que venga otra a ocupar su cuerpo; esa otra se instala desprovista de escrúpulos. Entonces la gente mira desde las butacas. Todos están ansiosos de descubrir su nueva identidad, de verla desplazarse por todo el sitio. Está envuelta en aplausos (“¡Qué gran actriz!”), en premios, en ovaciones que intentan reventar el teatro, poco a poco, lentamente, como si se tratara de un globo...

Sale a flote. No se ha ahogado entre las sábanas, abre los ojos y comprueba que sigue existiendo. Enfrente de ella, el despertador. Se levanta. El agua de la regadera es fría en contraste con el café hecho en microondas. Sale de casa y sus

pasos hacen ruido. No tardarán en llamarla. “Liliana, ¿ya vienes para acá?” (es la voz irritante de Renata, la actriz principal, la que ha presentado sus obras en Broadway y por una larga temporada en Sudamérica). Sí, ya voy, dice, mientras camina por la calle vacía. Tal vez cuando llegue a la esquina encuentre algún rastro humano. Sabe que el ensayo empezará en veinte minutos y se apresura, sabe que llegará para coser botones y arreglar pelucas y llevar tazas de té sin azúcar y recibir órdenes que escuchará inmóvil hasta que le griten: “¡Corre, ningún actor debe esperar!”. Sabe que escuchará la voz apremiante del director de obra diciendo que la escena debe hacerse de nuevo. Verá el teatro vacío y por un instante pensará que está repleto de un público que la eleva, pero después le exigirán: “¡Quítate del escenario!”. Se apartará entonces, porque no habrá otra opción. Pero ahora sigue, camina apresurada y entierra sus uñas en la palma de la mano. Avista un taxi y su mano instintiva lo detiene. Va tan tarde... ¿A dónde la llevo? *Al Teatro del Puente, por favor...* Avanza el auto. Mira un paisaje que se reinventa. ¿En dónde queda? *En la esquina de Alpes con República*. Y de nuevo el paisaje se ha reinventado. Es necesario dejar entrar aire. Es preciso abandonarse unos minutos. Comienzan a rodearla las voces. “Es sublime”, “Ha estado maravillosa”, “Nadie más pudo haber hecho ese papel”. Pero de repente los cláxones la devuelven a la realidad, a permitir que entre por sus oídos el ¿Dónde, perdón? *En la esquina de Alpes con República... Re-pública*, confirma.

\*

La música de los vecinos hace que despierte. En realidad no es tarde, es demasiado temprano para la ópera a todo volumen. Es así, los vecinos lo despiertan y él piensa que todo está en silencio, pero los vidrios crujen y las paredes no pueden contener la avalancha. No desayuna, su esposa insiste, él se niega. Toma las llaves. Ella pregunta si volverá para llevar a los niños a la escuela. Él dice que sí. Sale. Hace frío. La cantante de ópera chilla iiiii. El auto del vecino obstruye el suyo. Toca la puerta. Esos ingleses, piensa, creen que pueden obstruir siempre el paso. Ahí está Mr. Crowley. Mueva su auto. El inglés camina con las llaves en la mano y se excusa, se excusa siempre. Y sus pasos son lentos, tan lentos que su interlocutor está a punto de enterrarse sus propias llaves en la palma de la mano. “Manuel, ¿puedes llevar a mis hijos a la escuela?”. No puedo, Crowley. Debe volver a las siete con cincuenta (tal vez el inglés no sepa que tiene hijos propios). Y se hace tarde, cada vez más, mientras el vecino pone reversa en su coche. No da las gracias. Esos ingleses, esos extranjeros, creyendo siempre en la perfección del mundo. Se aleja mientras la ópera decrece y se va a un lugar silencioso. ¿Cuántas cuadras recorrerá antes de tomar pasaje? Una, dos, entra a una avenida ruidosa. Un hombre mayor le hace la parada pero decide no perder la luz verde. Pasa una cuadra más. He ahí una chica de unos veintitantos levantando su mano, exigiendo que se detenga. Y lo hace. Ella sube y él repite el diálogo: ¿A dónde la llevo? *Al Teatro del Puente, por favor...* Pisa el acelerador, pasa

una cuadra y él pregunta dónde queda. *En la esquina de Alpes con República*. ¡Cláxones! ¿Dónde, perdón? *En la esquina de Alpes con República...* Y repite República dos veces como si él no hubiera escuchado. Bien, no tardará en llegar, si todo va bien, si no hay tráfico, si no hay niños atropellados o adultos suicidas que se hayan lanzado desde los puentes. La mira por el retrovisor: ojos perdidos en el vacío, cabello desordenado. Seguro va apresurada al trabajo y en cinco minutos se dará cuenta del desorden de su imagen. Pero algo le dice que la ha visto antes. Quizá en televisión, sí, probablemente es una chica de las que aparecen en comerciales sonriendo y moviendo el cabello. Y no sabe si hacerle una pregunta, no sabe si debería averiguar sobre su vida. Pero ella se adelanta, lo mira por el retrovisor y él se sabe observado. Luz roja, frenos, él sabe que ella está a punto de preguntar algo, pero lo que entra a sus oídos, en vez, es la voz de una soprano cantando. (¡Ah, es Crowley en su BMW!) No lo ha visto, se pone el verde y aprovecha para tomar otra calle. Llega la pregunta: *¿Es usted inglés?* ¿Inglés, él? Sí, soy inglés, responde.

\*

¿A dónde la llevo? *Al Teatro del Puente, por favor*. ¿En dónde queda? *En la esquina de Alpes con República*. ¿Dónde, perdón? *En la esquina de Alpes con República... Re-pública*. (Ella observa el cabello de él; es castaño, tal vez rubio. El taxista tiene ese semblante que se observa raras veces) *¿Es usted inglés?* (Ella espera la respuesta) Sí, soy inglés. (Ella confirma sus sospechas)

*¿Un inglés en México? Es raro, ¿no? Sí, tal vez un poco. Pero es raro que sea taxista.* (Risas.) Lo sé, siempre me lo dicen. *¿Hace cuánto que llegó a México? Habla muy bien español.* (Necesito decirlo, piensa él, necesito dejarme llevar un poco.) Hace tres años... Me ofrecieron un puesto importante en una empresa, pero, ¿cómo se dice? *¿Quebró? Sí, eso... Quebró.* (Él dice esta última palabra con duda, como si no conociera el lenguaje, como si poco a poco su español se fuera incrementando.) *Qué pena.* No decidí regresar. *¿Y de dónde es, de Londres? No, soy de Manchester, ¿conoce? Sí... he estado ahí un par de veces.* (Ella sabe que debe causar buena impresión, que con los extranjeros siempre es mejor decir de más.) *Me ha gustado mucho.* Qué bueno. Sí... (Dos segundos en silencio. Ambos necesitan saber más del otro.) *¿Por qué fue a Manchester?* (He ahí la oportunidad.) *Hicimos... hicimos una obra de teatro, verás, yo soy actriz.* (Ahora es él quien confirma sus sospechas, ella es actriz.) *¿Actriz? Qué interesante. ¿Actriz de teatro o de comerciales? Las dos cosas... pero más de teatro. ¿Va a un ensayo? Sí, exacto, ¡voy a un ensayo!* (Ella cree que esto último no le ha resultado natural, que en alguna parte de la frase su voz se fraccionó.) Yo solía ir mucho al teatro en Londres, siempre hay obras muy buenas. *Por supuesto. ¿Cuándo se estrena su obra? (¿Qué decir? Qué decir cuando ni ella misma sabe cuándo será estrenada.) Aún no lo sé. ¿Y cómo se llama? ¿Yo, o la obra?* (Ella no sabe qué nombre dirá si él confirma que desea conocerla.) Las dos cosas. (Él la mira por el retrovisor, ella a él.) *Renata... Y la obra se llama Años que se van. No suena nada mal... Yo me llamo Julian Crowley. Estoy segura de que será una buena*

*obra.* (Suenan el teléfono de ella. Actúa normal, piensa, actúa como si fueras una actriz. Él escucha atento.) *Sí, ya voy.* (La sorpresa es que la voz de ella no está llena de hartazgo, más bien suena convencida, suena con la misma seguridad con que un director de obra da sus órdenes.) *No te preocupes, llegaré en cinco minutos.* ¿Prisa, señorita? *Un poco, pero no se preocupe, comprendo el tráfico.* ¿Es igual en su ciudad natal? Más o menos, creo que es lo mismo en todas las grandes ciudades. *Sí, tiene razón.* (Adelante un semáforo descompuesto, un nudo de coches que se enreda.) Oh, el semáforo se ha descompuesto. ¡*Oh!* (Por unos momentos, mientras él maniobra con el volante para desatar el nudo, ella se fija en la tarjeta de taxista. Manuel López, dice, López, no Crowley, no Hilton. Mira su cabello de nuevo y le parece que no es tan claro, es más bien como el de ella, lo mismo la piel. Ella se fija en estos detalles y pierde la confianza. Él se vuelve para mirarla y la ve abstraída.) Pensé que sería más difícil. ¿*Difícil qué?* Salir de ese desmadre. (¿Ha dicho “desmadre”? ¿Desde cuándo los ingleses dicen “desmadre”? No es inglés, ella no es actriz.) Ah, (La siguiente esquina es Alpes.) *el teatro está en la esquina.* (Ella mira a Renata impaciente en la entrada, mira el reloj, se ha tardado demasiado. El taxi se detiene.) ¿*Cuánto le debo?* Treinta pesos. *Gracias...* (Ella descende, Renata se acerca, con pasos toscos, ¡es muy tarde!) *Gracias, señor López.* (Él no responde, no sabe qué decir, ella lo ha descubierto, pero escucha a una mujer gritando “¡Liliana, llegas tarde, niña, llegas muy tarde!”. Y sabe que él la ha descubierto a ella, que, de vez en cuando, algunas muchachas parecen actrices por casualidad.)

## Saber que existes

Leonel Pérez Mosqueda

**Siempre le he temido al miedo.** Hoy es momento para arrancarse la estúpida piel de la soberbia. No estoy bien, ya deberías saberlo, tú tampoco. Te miro y sé que estás a punto de reventar divinamente como un ángel dinamitado. Bien sabes cuánto se atraen las almas en proceso de destrucción; terrible saberlo justo ahora, cuando quiero construir contigo tantas cosas; cuando mi mano ya no es mano sino surtidor de caricias, cuando abrazo tu fragilidad con mis brazos más frágiles todavía y estoy construyendo en ti, en nosotros, un distante universo caótico y perfecto. Nosotros... esa palabra, digo nosotros y quiero ser sincero; me aproximo a ti sin tácticas ni estrategias, apenas el impulso que provoca tu misterio. Persisto en descifrarte que no a comprenderte, y te descifro un poquito cada

día por el tacto de tus labios, por tu movimiento más leve, y cuando callas y resuelves el mundo en una sonrisa hasta tus besos chantajes llevan una fuerte carga de sinceridad. Escribo esto sabiendo que no hace falta, que todo está dicho cuando te abrazo toda y te sientes segura. Entonces me aterro y quisiera protegerte de la mierda del mundo, de sus diestros manipuladores; quisiera arrojarte, educarte, sanarte, recibir los golpes que a ti te tocan. Mira si no estaré loco cuando espero y encuentres el amor perfecto aunque no sea conmigo, que estoy dispuesto a borrar nuestra historia de un golpe seco y silencioso, con tal de saberte feliz en esa perfección que te obsesiona; y aun así te siento tan propiamente mía, tan mía como estas manos que te buscan y te inventan en el aire. Que las cosas que hago y pienso estrictamente para mí llevan también tu nombre. Hace días temía decirlo, ahora me preocupa una chingada informarte que bajé la guardia, arrojé las armas, me arranqué la armadura de pasados oxidados, ya nadie me detiene, ya nadie me limita, y mi corazón está tan desnudo como el día primero de su nacimiento. Me han dicho que lo piense, que no me arriesgue, que debo tomar precauciones y medidas, que no me entregue completo porque seguramente quedará vacío, pero ¿cómo no entregarme completo si a cada todo que te doy tú me entregas más y más de esto que ahora siento y me desborda? Sé que es un acto suicida, que quizá nunca tengas el valor para arriesgarte y habitar este universo donde no espero a nadie más que a ti, y aun así te invito a él, a este viaje de puertas abiertas y cortinas ventiladas, sin condiciones ni pactos ni candados ni condenas, y saldrás de mí cuando tú quieras, y saldré de ti cuando así lo quiera,

y el tiempo —ese juez de todas las cosas— juzgará si somos el camino que nos toca recorrer para llegar al destino que nos toca, o si somos el camino destinado a ser destino. Sea lo que sea que suceda, lo aceptaré con humildad y respeto, como acepto que no puedo dejarte caer, no quiero dejarte caer. Te sostengo como lo único auténtico y luminoso que ha tocado mi pecho; me ofreces tu luz como una lámpara divina en las manos de este ciego. Quizá debiera hacer caso a los que me piden ser precavido, pero te he aceptado, te acepto y me guío por tu incandescencia.

Ya no hay retornos ni arrepentimientos. Es probable que algún día me niegues tu luz y regresaré al oscurantismo que hace tantos años me cobija. Es probable que un día te vayas y no regreses nunca, pero eso qué importa, ahora ya sé que existes.



## Ciruela pasa

Hugo César Moreno Hernández

*Ciruela pasa, se veía como ciruela pasa.* Una anciana negra, rara, tan rara como un pinche negro en este lado del mundo. No es que los negros me den asco, o que los vea como a changos. No es racismo... o no sé si lo sea. Lo que pasa es que nunca había visto un negro en persona, mucho menos a una anciana negra, pero muy negra, tan arrugada como una ciruela pasa, tan negra como una ciruela pasa.

Sólo en las películas, sólo ahí he visto negros. Por acá no hay. Y si los hay no son tan negros y tienen cabellos como púas. No son más bellos que los otros —los de las películas—, pero son diferentes. Son chatos, pero chatos de otra manera... muy distintos. Son feos pero no tan feos. Negros pero no tan negros. Los de acá son pequeñitos, los de las películas son grandotes...

grandototes, como montañas de carne negra, con dientes muy blancos, como fauces. Los de acá poco sonríen. Bueno... yo no los he visto sonreír, ni llorar. Vaya, ni recuerdo si los he escuchado hablar.

La anciana... sería bueno aclarar que no me llevo bien con las ancianas. No me gustan y yo no les gusto. Hay una repelencia, una repugnancia mutua. No me gusta cómo me miran y a ellas no les gusta lo *poco caballeroso y consciente* que soy —¡bah!, como si me importara lo que diga un prospecto de cadáver—. En mis múltiples enfrentamientos con las veteranas de la vida recuerdo en particular uno muy gracioso, en una de esas aburridas y patéticas fiestecillas familiares, donde se despilfarran los pocos pesos que se tienen, una mujer vieja, pero muy vieja, al borde de la muerte, al borde de liberar espacio y dejar de usurpar el oxígeno que a gente más productiva le toca, platicaba con mi padre. Aquellos eran mis días de adolescencia y mi cabeza cargaba con una larga mata de cabello amarrado.

La gente cree que los años le dan experiencia, aunque la mayoría de esos años se los hayan pasado encerrados, dormidos o sudando —o cogiendo, como la abuela con veinte hijos—. La gente cree que por el puro dolor la experiencia viene como recompensa. Mentira, el viejo adagio que versa sobre el diablo —¿cómo va? ¡Ah, sí!—: “Sabe más el diablo por viejo que por diablo”, es una tontería. Por diablo, el diablo entra a donde quiere. Por diablo, el diablo ha tenido tiempo y no se envilece con la muerte, pues él es aliado de la muerte.

Ya, así está la cosa. Regresando a lo de la vieja doblada por la espalda, cargando todos esos años que de nada le sirvieron,

parloteaba con mi padre vehementemente —ja... quiero decir, todo lo vehementemente posible con su energía tan menguada—, hasta que se me ocurrió acercarme, no sé a qué carajos me acerqué, pero lo hice. Malhaya la hora. La muy imbécil increpó a mi padre, con ese afán de los ancianos alimentado por la tonta esperanza de tener una cierta autoridad que brinda la experiencia, sobre mi larga cabellera: “Míralo, ni parece hombrequito”. Lo más espantoso era esa mirada de reproche. Maldita anciana, perra de huesos frágiles, víctima de la osteoporosis. ¿Qué putas le importaba mi apariencia? Claro, como a ella le tocó puro macho bragado a los putazos, como animales salvajes, no comprende las nuevas posibilidades de *mi tiempo* —pendeja.

Me miró largo tiempo. Yo la vi de reojo. No le di importancia. Para joderla un poco, solté mis cabellos, los alisé con los dedos y volví a amarrarlos. “Míralo, si hasta se mueve como mujercita. Se me hace que tu hijo salió maricón”. Dijo, lanzando ahora la mirada de reproche a mi padre. Pero era una mirada más dura, más, cómo decirlo, ¿inquisidora? Sí, quizá. Había también rabia. No la entendí al momento. Después comprendí que la inacción de mi padre ante sus comentarios era una ofensa. No, si esos viejos tontos creen que su voz es de mando, cuando sólo es un tenue recordatorio para la muerte, sólo que ésta no escucha muy bien o le gusta divertirse con el patetismo de los viejos. “Deberías agarrarlo por las mechas y cortárselas”. Ahí sí ya no aguante. Puse mi juvenil cara frente a la suya y rectifiqué su apreciación: “Lo que deberían cortar es el delgado hilo que la mantiene unida a la vida”. La pobre veterana se quedó

pasmada. Con un millón de insultos que no pudieron salir por el tumulto que se agolpaba en su desdentada boca. La miré de abajo arriba y me alejé muy despacio, moviendo cínicamente la cabeza. Mi padre se puso colorado, como si toda su sangre se hubiera detenido en la cabeza. Me miró con ira, una de esas miradas que me deparaban el futuro. Pero yo estaba feliz. ¡Era mi primera batalla ganada a la ancianidad!

La anciana... esa anciana rara, negra como ciruela pasa, se convirtió rápidamente en un suplicio. No la soportaba. No soportaba su mirada penetrante. No soportaba sus juicios, sus murmuraciones. No la soportaba. Lo peor es que era mi vecina. Vivía exactamente frente a mi departamento de interés social. Desde hace mucho vivo solo. Parece que nadie me aguanta y yo no aguanto a nadie. Hace tiempo que me corté el pelo, no por una nueva estética de la decencia, sino para evitar el ridículo de la calvicie frontal rodeada por una larga cabellera. Desde los treinta quedé calvo.

La anciana, la pútrida ciruela pasa, sincronizó su reloj con el mío, pues siempre me la encontraba a la misma hora. Siempre me increpaba sobre cualquier tontería: que si no pagué al gen-darme, que si no dejé la basura donde debía, que si pongo el estéreo muy alto, bla, bla, bla, un clamor de boca desdentada, con aliento a cadáver de tres días, con olor a orina muy pegado a su andrajosa ropa y además un olor raro, un olor diferente, un olor a ciruela pasa.

Mientras más reprendía mi conducta, cometía más errores. Tenía la sucia esperanza de que muriera por un coraje. Pero no,

la muy arrugada perra seguía ahí al día siguiente. ¡Ah, qué la muy perra!

Para molestarla más, en una ocasión pagué a unos rapaces escuincles, los más destructivos seres que vivían en la unidad —unos aliados magníficos— para que pintaran en la puerta de la negra anciana la leyenda “¡Ya púdrete, pinche ciruela pasa!”.

Es sabido que los cubanos son practicantes de la santería, una suerte de religión cristianoide-satanoide, bastante brujeril. Yo me enteré demasiado tarde de que la puta vieja negra era santera. ¿Y ya había contado que la ciruela pasa era cubana? ¿No? Pues sí, era cubana, y bruja, además. Digo que me enteré demasiado tarde porque la muy hija de Satanás embrujó a mis sublimes aliados. Los tres rapaces, Juan, Jorge y Pablo, los tres entre nueve y doce años —en realidad no supe nunca sus edades—, murieron intoxicados con solventes para pintura. Cosa rara, porque todos en la unidad sabíamos muy bien que a ellos les gustaba el crack; la piedra, vaya. Sin embargo todos lo atribuyeron al espíritu emprendedor de los muchachos, que buscaban experimentar con nuevas sustancias. Yo no lo creí así. Las miradas de la vieja bruja la delataban; mejor dicho, me advertían.

Ella, de alguna manera, sabía de mi repulsión por las ancianas. Sabía que no era nada personal mi actitud con ella, pues me observaba, yo lo sabía, me vigilaba y había pormenorizado mi talante de desprecio hacia las mujeres arcaicas. Me preparaba algo, lo sentía.

Sin mis valiosos aliados y con mi tiempo ocupado sólo tenía la noche para pensar en mis pertrechos. La guerra

estaba declarada y yo estaba dispuesto a aplastar la mugrienta ciruela pasa. Casi no dormí durante un mes. Le daba vueltas al asunto. Cómo acabar con la negra arrugada, ésa era la cuestión. No sabía nada de ella. Sólo sabía que era vieja, negra, fea y bruja. Información muy poco útil. Lo más valioso era la certeza sobre su práctica esotérica. Eso es lo único que hubiera podido servirme.

Una mañana, después de haber podido dormir un par de horas, tomé un baño, desayuné un café, un cigarrillo y un pedazo de pan con mantequilla rancia. Ya con el estómago lleno, me dispuse a irme al trabajo —un trabajillo de esos que llenan el espíritu... nada mejor que el trabajo en la burocracia—. Al abrir la puerta me enfrenté a un menjurje horrible. Una rata adornada con listones rojos, muy, muy gorda, demasiado gorda... sobrealimentada... o algo así. Del hocico salía una ciruela pasa. Era algo asqueroso, pero más que asqueado estaba entre interesado y aliviado, pues ahora sí no había duda sobre la calidad de bruja de la vieja negra. Cogí la rata. La inspeccioné. Tenía cosido el vientre con un hilo color negro, muy grueso. Descosí el vientre del animalillo y descubrí en su interior una buena cantidad de ciruelas pasas. ¡Ja! Ya tenía a la perra. Salvo que no sabía de qué manera.

La pobre rata tenía escrito un conjuro —creo que era un conjuro—. Decía: “La virilidad regresará cuanto tus labios de rata traguen ciruela pasa”. La muy puta quería que me la cogiera. Con sólo pensarlo vomité mi desayuno. Todo el cuerpo se me estremeció. En mi cabeza pasaron imágenes inauditas. Ella,

desnuda, dejando ver sus secos senos, su piel estriada, atravesada por arrugas inconfesables. Sus labios indefinibles, conjugados con esas flojas mejillas, sus brazos fofos abrazándome y su sexo, ¡agg! Qué asco, su sexo, una caverna apestosa, rugoso como unos labios muy viejos, demasiado viejos, demasiado crispados, como un culo amenazador, terrible, con un rayado criminal, como una boca con fauces de monstruo hambriento, con dientes podridos, negros. Sus nalgas, surcadas por arrugas que erosionaban su piel inclementemente.

No resistí y caí al suelo. Arcada tras arcada me doblaba por el vientre. El vómito no apareció hasta después de una hora. Antes sólo abría la boca y forzaba el abdomen sin que nada saliera. Pero después, con cada espasmo aparecía una ciruela pasa. Estuve así durante tres horas. En total salieron noventa y siete ciruelas pasas. Cuando sentí un poco de fuerzas me levanté, estuve un momento en el quicio de mi puerta y después entré al departamento para buscar una bolsa. Me adueñé de ella y levanté una por una las ciruelas pasas.

Me dirigí, lívido como una hostia, hacia el departamento de la perra anciana. Llevaba en la mano derecha un palo grueso y en la izquierda la bolsa con las noventa y siete ciruelas pasas.

Toqué. Me abrió. Saludé. Me miró perpleja. La golpeé en la cabeza con el palo. Entré en el departamento. Un lugar demasiado normal. Yo esperaba ver gallinas muertas, santos por todos lados, etcétera, pero no, era la clásica casa de una abuela solitaria. Empezó a gemir y la pateé en el estómago. De repente sentí una fuerza de juventud ya olvidada. La pateé un

par de veces más y le dije, tomándola por el cabello: “Mira pinche negra fofa, te quieres pasar de bruja conmigo, ¿eh?, pero te topaste con pared. Lo que voy a hacer es meterte por el culo todas las pasas que me sacaste por la boca”.

Ella me miró de una manera inexplicable. No se veía miedo en su mirada. Nada, nada se distinguía. Ah, pero de sus labios. De esos asquerosos y secos labios casi sale una sonrisa.

No pude ver más su rostro y solté sus canosos cabellos. La pateé en el culo y le levanté el vestido. Estaba desnuda bajo el vestido. Eso me desconcertó. Casi pierdo mi resolución. Pero no, la tenía, ahí la tenía. Así la primera ciruela pasa. Aguanté el asco ante el estremecedor espectáculo de aquel ano decrepito. La coloqué en posición y con el palo la introduje lo más profundo posible. Así lo hice con las noventa y seis pasas restantes. La perra aullaba, gemía, lloraba, pero no se defendía. Parecía disfrutarlo. Así lo hacía. De vez en vez me miraba. Lanzaba miradas lascivas. Lúbricas. Lo único húmedo en aquel desértico cuerpo. Todo el proceso me excitó sobremanera. Entre el asco y una erección mayúscula, como hacía mucho no tenía, bajé mi braguita y me la saqué. Ella, la muy puta, empezó a mamármela. Se sentía bien. Su boca sin dientes era impresionante. Sentir sus encías mordiéndome era terriblemente magnífico. Eyaculé dos veces seguidas en su boca. Ella se lo tragó gustosa. Después, ya exhausto, tirado en el piso, no pude evitar que se me montara. La erección volvió pronto. Se la metió por el culo. Todavía alcancé a sentir una de las ciruelas pasas que le clavé por ahí. Así estuvimos un rato hasta que recuperé la conciencia. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, el asco se apoderó de mí.

Vi mi verga llena de una sustancia negra. Profundamente negra. Habíamos hecho puré las pasas.

Me quedé paralizado. Aterido por un frío inexplicable. La vieja negra estaba desnuda frente a mí, sonriéndome diabólicamente. Se dirigió hacia mí con los brazos extendidos, como si quisiera consolarme. Pero la horrible sonrisa desdentada y una mirada de lujuria infernal me hicieron pensar que quería ahorcarme. Nunca lo supe.

Salí de su departamento desnudo y a toda velocidad. Alcancé a llegar al mío. Me vestí. Tomé algunos documentos, algo de ropa, dinero y hui de allí como un cobarde.

Hoy recuerdo todo esto desde una clínica mental, caí aquí por puro gusto... Es decir, decidí venirme aquí desde que leí una crónica en la nota roja:

Una anciana fue asesinada en su departamento. La mujer de 97 años fue cruelmente ultimada. La policía descarta que el móvil del crimen haya sido robo, pues no parece faltar algo, según la apreciación de los vecinos. La explicación más a la mano es la de un crimen pasional. Según palabras de Ada Martínez, administradora de la Unidad Habitacional Nueva Visión, la señora Carmen Milanés, originaria de Matanzas, Cuba, mantenía una relación amorosa con un vecino. Tipo tranquilo, según la opinión de la administradora, que día con día velaba por el bienestar de su amada. No se explica cómo fue posible desenlace tan brutal.

La policía ya busca al presunto culpable del crimen. Se espera que en las siguientes horas se le detenga...

Así seguía la nota. Por supuesto, no dieron conmigo. Evadí la justicia sólo por el puro miedo a sus preguntas. ¡Imagínense, qué asco ser ligado sentimentalmente a ese monstruo!

¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Qué asco!

## Una novia como tú

Amaranta Luna Castillejos

Mis nervios nunca han sido de acero, si acaso de papel aluminio; pero cuando ella se acercaba se volvían de mantequilla. Las manos me sudaban horrores y tenía que estarlas restregando contra mis rodillas para secarlas. Mi mirada no acertaba a posarse en ninguna parte de su anatomía: si me fijo en los ojos las palabras nomás no salen; más abajo tampoco, porque su boca y todo lo demás hacen que me tiemblen las rodillas y sude frío. Y así, entre mis nervios y su hablar desenfrenado nos fuimos acercando; no al chas chas, pues uno no puede andar por la vida repegándosele a la gente que le gusta, pero poco a poco ahí íbamos. Y, de repente: ¡qué bonito anillo! (su mano sosteniendo la mía) y luego: a ver tu collar (su aliento cerquita, cerquita) y después, claro, la pinche risa de nervios. Y es que, a

mí sí que me la canten derecho y no me pidan que ande interpretando señales.

Ella se acercaba y yo me quedaba inmóvil, como ardillita de Chapultepec: primero, porque no sabía qué hacer y, segundo, quería evitar que el más mínimo movimiento deshiciera el encanto de tenerla cerca.

Y claro, lo típico, en ese preciso momento alguien iba por ella y yo me quedaba así nomás, con cara de pendejez dominiguera, mentándole la madre a toda mi herencia genética y al chingo de inseguridades que visto y calzo.

Los días iban y venían sin que ninguna de las dos nos atreviéramos a dar el paso definitivo. Las palabras parecían estorbarnos cuando estábamos solas y, al menos yo, prefería dialogar con su sonrisa o con sus manos. Así, con el pretexto del colgijue que cambiaba de color, los aretes de bolita o el acondicionador nuevo para el pelo, nos acercábamos tanto que el beso simplemente hacía lo suyo y nosotras nos dejábamos llevar. Luego las caricias se hacían urgentes, pero ahí sí no había modo: las ganas siempre se nos quedaban encalladas; después las dos nos sumábamos en un estúpido silencio, hasta que ella se cansaba de callar conmigo y se empezaba a reír, así nomás como loquita. A mí eso siempre me hacía enojar y me daba por mandarla al diablo. Lo hacía e invariablemente surgía el arrepentimiento, porque era acabar con la magia de lo que éramos y no acabábamos de ser; volvíamos a la rutina de ser amigas, a las frases hechas, al clima, la escuela y las noticias. Todo lo anterior, nuestra historia inenarrable, se iba al carajo, así de fácil y así de rápido, y para revivirla había que esperar la llamada telefónica

en la tarde. El teléfono sonaba y al descolgar se escuchaban dos palabras: ¡Te gané! Era fabuloso este juego de la reconciliación. El chiste era aguantar lo más que se pudiera sin caer rendida a los pies de la otra. Si la llamada era muy temprano, la interlocutora solía decir: “¡Eres una fácil!” De ahí, toda una serie de falsos insultos y carcajadas nos hacían regresar al instante de la urgencia misma.

\*

Ayer no hubo reconciliación. Es diciembre y, por ocurrencia de mi tía Gertrudis, tuvimos que salir todos de la casa para hacer compras navideñas. A mí me importaba un carajo si me regalaban algo, mucho menos quería pensar en lo que yo iba a regalar. Pensé en todo tipo de artimañas para zafarme de semejante tortura: me duele la cabeza; tengo mucha tarea; he perdido el toque de la navidad; pero mis odiosos hermanitos —los gemelos diabólicos—, que estaban más aburridos que yo y no tenían ninguna oportunidad de escapatoria, decidieron que los tres nos hundiéramos juntos; así que, con el argumento de: si ella va, nosotros también, me condenaron a cadena perpetua de compras merrychristmiescas.

Mi vida sentimental se iba a ir al diablo bajo el pretexto de conservar el espíritu de paz y de armonía decembrinos.

Toda la tarde recorrí tiendas con la opresión en el pecho de saberme peleada con la mujer que amaba; primero me vi consumida por unas ansias tremendas: deseaba encontrar un teléfono, tenía que hablarle.

Los escaparates me mostraban siempre un rostro angustiado y triste; parecía encontrarme a mí misma en el purgatorio cada que volteaba a una nueva tienda.

“¿Qué te parece este suéter para tu abue, Marianita?”. Y yo, con la sonrisa más fingida del mundo, imploraba que un rayo milagroso le pulverizara el gen de la Navidad a mi tía y de pronto sintiera, como yo, una repulsión insoportable por todo aquello; pero no, la tía Gertrudis era inmune al rayo imaginario y no conforme con eso me pedía: “¡Mídete esta blusa, corazón! Tienes el mismo cuerpo que Lucy”.

Horas y horas; tiendas completitas: del departamento de perfumería y, por supuesto, el de dulces —era la tía Gertrudis, Tudi para la familia, una tía así no es posible que se resista a los chocolates—; recorrimos todos los departamentos hasta llegar al de electrónica. Para ese entonces la odisea del mentado Ulises se me hacía una bicoca comparada con la que yo estaba sufriendo.

Al final del día simplemente arrastraba los pies con la resignación tatuada en el rostro. Imaginaba los múltiples intentos de acercamiento de mi Romea, frustrados por una estúpida línea en donde podía percibirse la ausencia de mi voz: No señorita, Julieta no está, los Capuleto de Pacotilla salieron de compras (pensar que las tragedias de Shakespeare ya eran tragedias sin involucrar a ninguna tía Gertrudis). Regresé a mi casa muy noche, con un cansancio infinito y la incertidumbre de lo que podía esperar al otro día.

En todo el trayecto a la escuela no hice más que pensar en torturas medievalescas a las que podía ser merecedora: la

hoguera, el potro, la horca; cualquier cosa parecía mucho mejor a la cruda ley del hielo que sabía me esperaba.

La escuela, el salón, su butaca en *close up*; ni siquiera me mira. Me siento a un escaso lugar de ella. Hago todo el ruido del mundo para llamar su atención pero lo único que logro es que el profesor me recuerde los beneficios de llegar temprano y el respeto que, obviamente, no tengo hacia la clase ni hacia los compañeros.

Mi rostro es en ese momento una mentada de madre mal disimulada, pero el maestro decide ignorar la evocación a su progenitora y continúa la clase.

Me aplasto, casi literalmente, en mi pupitre; y con los ánimos tirados junto a mi mochila, me dispongo a ignorar la conferencia y a perfeccionar mis técnicas telepáticas (¿telepatéticas?) con la mujer que hoy prefiere sumirse en su libreta, antes que lanzarme una mirada.

Después de cinco largos y desgastantes minutos en que la miro fijamente y hago esfuerzos sobrehumanos por tocarla con el pensamiento, decido que la empresa es bastante poco práctica y recurro a las técnicas habituales, o sea, le aviento un papel hecho bolita para llamar su atención. Por el grado de indiferencia con que ve pasar mi bólido, comienzo a pensar que, o el papel pasó a su lado convertido en mosca, o esta individuo, a la que adoro con todo mi ser, no piensa volver a cruzar mirada alguna conmigo.

Regreso a mi posición original en la butaca y, para mi sorpresa, tengo encima los ojos de todos mis compañeros, incluso ella me mira. Antes de averiguar qué ocurre e ignorando los

gestos burlones, le digo en voz baja: “¡Tengo que hablar contigo!”. La carcajada tumultuosa me saca de mi trance amoroso. Ella es la única que no se ríe, pero voltea la cara. Es entonces cuando escucho al profesor llamarme por mi apellido: “¡Ariceaga!”. La voz es enérgica. Levanto la cara y lo veo avanzar hacia mí con el ceño fruncido. “¿Me podrías decir de qué estaban hablando tú y tu compañera?”, pregunta mientras se rasca el hombro derecho con insistencia, como hace siempre que está molesto. Adopto la actitud defensiva que siempre me nace de lo más profundo de la inconciencia y respondo: “No es asunto suyo”. Apenas he abierto la boca, hago un esfuerzo inútil por tragarme mis palabras, por regresarlas a mi garganta antes de que se claven en su pensamiento. Y no, no regresan. Como ya es demasiado tarde para disculparme, me planto en un cinismo que hasta ahora ignoraba en mí. “Si hubiera querido platicar con usted se lo habría dicho, profesor”. ¡Mierda! Sí señor, lo dije y en voz alta. El rostro del agraviado se incendia por unos instantes; pero justo cuando estoy temiendo que le dé un infarto, me lanza la mirada más gélida que pueda imaginarme y con el dedo índice me invita a salir.

Así es como consigo el destierro definitivo de mi clase de Biología.

Salgo del salón lo más rápido que puedo y, ahora sí para fastidiar, tropiezo con bancas, mochilas y azoto la puerta.

Me tiro en el pasto con una sola idea en la cabeza: debí haber aprendido a fumar en la secundaria, quizá estos momentos serían un poco menos amargos.

Tengo ganas de llorar, pero me niego a hacerlo.

Deseo que el tiempo se esfume y la estúpida clase termine; que el maestro y todos, excepto ella, sean tragados por la tierra y vomitados hasta el infinito; pero, sobre todo, quiero que la mujer que adoro salga por esa puerta y se digne siquiera a mirarme. Y sí, ocurre. Por lo menos, lo primero. Mi ascendente en Capricornio está parada frente a esa puerta como contemplando un firmamento que no está ahí. Quizá sólo desea que la observe, no sé; pero así, con la mirada que no acaba de estar en ningún lado y con el tono más indiferente, la escucho decir: “Cuando era niña siempre quise tener una novia como tú”.

Yo, en ese momento siento, literalmente, que me muero: el corazón se me congela, la respiración se detiene, pierdo toda sensación en las extremidades, mi mirada quiere nublarse y el cuerpo me exige un dramático desmayo; pero no, justo cuando el alma parece estar a punto de abandonarme, mis labios la detienen con fragmentos primitivos de comunicación verbal, o sea, de pronto me encuentro lanzando sílabas inarticuladas que se atropellan en su intento por llegar a ella.

Con asombro recupero la sensación en las piernas y, torpe como soy, me levanto del pasto. Al mismo tiempo logro estructurar, por fin, una serie de enunciados que parecieran ser perseguidos por un *algo* que nunca logra aparecer; por más de siete minutos hablo de la tía Gertrudis y su afición por la Navidad; de la terapia; de las tarjetas de teléfono —¿te has fijado que nunca hay una cuando las necesitas?—; de mis pies; del amor y las tragedias shakespereanas; de sus ojos; de nosotras... Y ahí, justo cuando no me quedan más palabras, cuando la batalla parece perdida, mi no novia se ríe, así como acostumbra; yo me

pongo seria, pero antes de que la mande al carajo, me dice con un anticipo de beso: “¡Eres una fácil!”.

# Hotel Paraíso

Sahid Jiménez

Los cuerpos son una sola verdad, en ellos se representa la tragedia humana: el alma en la piel o la piel en el alma, quizá el alma de la piel en la piel del alma. El corazón al desnudo, hablar sin tapujos, no tener pelos en la lengua. La desnudez humana es muy distinta de la animal. Un hombre y una mujer desnudos son una sola verdad, una ventana a lo divino.

Como empleados en el Hotel Paraíso lo he visto todo o casi todo; sin embargo, ninguna experiencia me ha conmovido más que la vivida el 13 de diciembre de 1999. Esa tarde siempre estará presente en mi memoria.

El Hotel Paraíso, después de toda una vida trabajando en él, se había convertido en mi casa, mi vida, mi mundo, mi jaula. No era feliz, pero tampoco desdichado. Días tranquilos auguraban

noches agitadas; noches plácidas engendraban días violentos. Un poco de esto y un poco de aquello, nada más.

La ya mencionada tarde aparecieron ante mis ojos dos niños de diez u once años de edad; un niño y una niña, completamente desnudos, perfectamente hermosos. Acostumbrado a los mendigos que suelen visitar el establecimiento, no me pareció inusual ver a dos criaturas desnudas, aunque éstas no parecieran cubiertas de mugre y necesidad. Les indiqué el camino hacia la cocina y continué con mis labores.

Queremos una habitación. ¿No escuchaste? Queremos una habitación. Sí, escuché, lárgate a molestar a tu madre, si es que tienes. Queremos una habitación. Y yo quiero que te largues. Mi amiga y yo queremos una habitación. Éste es un hotel, no un hospicio. Ya lo sé. Entonces qué quieres. Una habitación. Para qué. Para estar juntos. ¿Estar juntos? Mi amiga y yo. Y para qué quieren estar juntos. Para no estar solos. ¿Y sus papás? No necesitan habitación. ¿En dónde están sus papás? ¿Nos vas a dar la habitación? Danos una habitación.

Jamás había presenciado una escena tan inmoral. Un niño pedía una habitación para él y su amiga. Pero qué podían hacer dos niños. Decidí seguir el juego. Está bien, te alquilo la habitación, ¿con qué vas a pagarme? No voy a pagarte. Cómo que no vas a pagarme. El Paraíso es gratis.

Entonces comprendí todo. Mi mundo era el Hotel Paraíso, entonces, el mundo era un hotel y un paraíso, no más que un hotel, no menos que el paraíso. Dos criaturas venían a mostrarme que siempre había vivido en el Paraíso, sin darme cuenta. Dos niños venían a recuperar lo perdido, para ellos y para mí,

para nosotros. Entregué a los niños la llave de una habitación y los vi entrar en ella.

Al día siguiente un hombre y una mujer llegaron al hotel; dijeron ser los dueños. Es curioso, pero nunca había conocido a los dueños del lugar donde había trabajado casi toda mi vida; sin embargo, supe que eran los dueños.

¿Han llegado nuestros hijos? Están arriba, en la suite nupcial. ¿Y tú? ¿Yo? ¿En dónde estás? En mi hogar.

El hombre y la mujer subieron las escaleras y se fundieron en la oscuridad del pasillo.

Ambos estaban desnudos.



# Tampoco tengo mucho que perder

Alejandro León Meléndez

## I

La vida se ha tornado una constante línea recta. Desde el fallecimiento de mi esposa e hijo en aquel alud, camino a Coatepec, no tengo grandes razones para continuar la vida. Me refiero a que no tengo ya obligaciones más allá de la renta a finales de mes. Claro que la tristeza me invadió cuando recibí la noticia, y por algunos meses anduve cabizbajo, ensombrecido, como imagino lo hacen la mayoría de los que han perdido a alguien. Pero mi vida siempre ha sido solitaria: no sé nada de mis padres; crecí en una casa hogar donde no puedo decir que eché raíces; así que, a los pocos meses del derrumbe que matara a la familia que había creado, me levanté y dije: ¡A trabajar! Y así sigo hasta hoy. No tengo sueños de grandes en tanto que ya no soy un jovencito, tampoco albergo una necesidad especial por

morir, en tanto que no estoy tan viejo. No necesito una nueva pareja porque ya tuve una y con eso basta. No necesito dejar memoria genética de mi existencia porque ya lo hice una vez, y no funcionó.

Esto lo cuento no por el afán de buscar simpatía entre ustedes, sino para dejar constancia de quién soy. Tal vez lo único que pido es que no se me tome por loco porque, aunque no se crea lo que estoy por relatar, mis acciones sí pueden ser consideradas las de un hombre sin sentido común. Pero debe entenderse una cosa y sólo una: mi razón de existir está en la existencia misma; vivo porque se me concedió vivir. Y el tedio de las tardes y las noches, y la perspectiva de hacer lo mismo día a día me llevaron a involucrarme en esta historia. Y esta historia me obliga a dejar constancia de que éxito, de que tuve esposa e hijo. Y aunque ya dije que no albergo especial deseo de morir, si eso llegara a suceder en las próximas horas espero, al menos, no morir del todo.

Hace una semana conocí a aquel hombre en plena época de lluvia, y debo decir que la de este año ha sido particularmente larga y problemática porque empezó antes de tiempo y hoy, cuando están a punto de quitar los adornos nacionales, continúa. Las zonas costeras han anunciado inundaciones, las tormentas siguen arribando, una tras otra, y esta ciudad tan alta e insólita, que no está preparada para las contingencias, se ha anegado como siempre en cada temporada. Los encharcamientos han sucedido principalmente en la calle de Lerdo de Tejada, donde se encuentra la cantina en la que a diario entro a tomar mis cubas al finalizar la tarde. Lugar donde todo se inició...

Esa noche llovía de verdad, pero no era la primera vez. Contra la puerta metálica del local, el agua golpeaba y, desde adentro, parecía un pleito callejero. Llevaba una cuba extra a las acostumbradas porque, además del frío, tenía los pantalones y calcetines mojados. Era tarde entre semana, la mayoría de los clientes se habían ido a casa a enfrentar sus propias existencias. Sólo quedábamos el cantinero y yo, y manteníamos el silencio cómodo de los que se conocen y de nada les sirve hablar para seguir conociéndose. Fue cuando el hombre entró. Era alto, llevaba gabardina y sombrero de fieltro que puso sobre el perchero de la entrada. Giró a la barra e hizo un leve movimiento de cabeza a modo de saludo. El cantinero y yo correspondimos de igual modo.

Ni decir que jamás imaginé que esta entrada tan común y corriente de quienes ingresan a una cantina, sin bombo ni platillo, fuera a modificar mis hábitos. ¿Quién pensaría, pues, que de pronto el hombre voltearía hacia mí y me diría a bocajarro que necesitaba a alguien como yo? No sabía a qué podía referirse con aquello de “alguien como usted”; no me conocía; por lo que entendí, el cantinero, quien pudo haber dado referencias mías, tampoco lo había visto en su vida. En el rato que el hombre llevaba en la cantina había pedido algo y ni siquiera alcancé a escuchar qué porque estábamos sentados a tres lugares de distancia, desdentadamente la radio transmitía música y yo estaba sólo al tanto de mis asuntos.

Le sonreí. Imaginé que debería verme con un borracho de esos que transgreden el silencio de los demás. “¿Cómo soy yo?”, le pregunté para no ser descortés. “De su edad”, me respondió,

“de su complexión, alguien que no se vea afectado por el frío o el agua, sobre todo por el agua”. Sonreí otra vez, pero esta vez fue una sonrisa natural. “Usted qué sabe”, le respondí, “estoy pidiendo otra y otra más porque no quiero salir al viento frío, al chaparrón de allá afuera”. Porque no quiero llegar a mi casa solo, pensé, pero no se lo dije.

No había reparado en el hombre hasta el momento en que giré mi silla para preguntarle cómo era yo. Debí contenerme para impedir que se notara mi sorpresa en el gesto. Nada extraordinario, tampoco, ver un rostro modificado por una media parálisis, pero en aquel momento no lo esperaba. Hebras de cabello blanco escurrían agua hasta mojar su chaqueta gris, tan raída como mi ropa, como la ropa de todos los que se asoman a estos lugares. La mitad de su cara estirada por la parálisis; la otra, arrugada. No pude adivinar su edad.

Él también sonrió, pero su cara se tornó desagradable. Esta vez no pude contener mi expresión y el hombre lo notó porque agachó el rostro, giró hacia la barra, apuró su vaso y, luego de un silencio, volvió a hablar, esta vez viendo hacia la colección de botellas frente a él. “Tengo dinero. No es mucho, algunos ahorros y parte de mi jubilación. Tampoco espero hacerme rico con esto, pero no tengo mucho que perder”. Después, con un gesto, llamó al cantinero y pidió otro vaso de lo que bebía.

Volví a sonreír, pero fue más un acto reflejo y personal. “Tengo trabajo”, le aseguré. El sujeto hizo un chasquido con la lengua. “Esto sería nocturno”, reviró, “y se trata de demostrar algo. Quién sabe, tal vez le interese”.

No me importó dejarlo hablar. Quién sabe, igual y lo que tenía que decirme me interesaba.

“Si me deja pagar las siguientes, le explicó de qué se trata todo. Si no le gusta, si me cree un loco, si no le interesa, se larga y me deja con mis cosas”, dijo. Yo intenté negar con la cabeza, iba a argüir que era tarde entre semana, que la cantina estaba por cerrar, pero el cantinero adelantó los hombros: “No tengo prisa por cerrar”. Supongo que también necesitaba oír una historia diferente. Y yo tampoco tengo mucho que perder.

“¿Ha oído hablar de los muertos?”, me preguntó. Yo asentí y negué con la cabeza. En ese momento algo me dijo que debía pagar la cuenta y salir de prisa. Una de esas sensaciones que nacen en la boca del estómago y no debieran ignorarse, pero no pude hacer caso a mi instinto, la curiosidad y las ganas de divertirme un rato fueron más fuertes. Hoy todavía no sé qué tipo de decisión fue aquélla.

El hombre se detuvo un rato, como si reconstruyera la frase ambigua que acababa de decir. “Me refiero a los muertos de Lerdo”. Entonces, de su cintura sacó un periódico doblado por lo largo y lo puso frente a mí, junto a mi vaso, con gesto triunfal.

No vi el periódico. Fue el cantinero quien lo tomó. Alcancé a ver que se trataba de una publicación de nota roja, de esas que en la portada traen la foto del atropellado, la mujer con balazo en el hígado, el detalle de una navaja incrustada en la nuca y charcos de sangre.

“Me niego a continuar escuchando, y me niego aún más a aceptar la invitación de alguien que no conozco”, le dije mientras estiraba la mano. Solté mi nombre. El sujeto tardó

un momento en comprender, tomó mi mano y soltó el suyo. Ninguno de los dos vale la pena repetir aquí: el mío por intrascendente, el de él porque, estoy seguro, es inventado. Una nota sobre los muertos en la banqueta de enfrente, un periódico arrugado, fotos explícitas y un hombre con intención de pagar las cubas me atraparon sin mucho esfuerzo.

“No”, le dije, “no he escuchado hablar de los muertos de Lerdo”. “Yo sí”, terció el cantinero mientras señalaba una nota del periódico: “Los ahogados; van tres esta semana”.

El sujeto asintió con la cabeza: “Tres esta semana y muchos los años anteriores. Cada año, cuando la lluvia cae, el río cobra vida”.

## II

Salí de la cantina diez minutos después de que se fuera aquel hombre. La lluvia había cesado por fin, pero el frío no. Mi ropa y mis cabellos parecían congelarse. De algún lugar entre los edificios surgía una luz que, azulada, anunciaba el amanecer. Había decidido no ir al trabajo; me declarararía enfermo. Llevaba en la bolsa de mi saco un sobre con billetes. Como me anticipó el sujeto, no eran muchos, pero prometió darme otros tantos una vez concluido el trabajo. Creo que estaba muy borracho cuando estreché su mano por segunda vez para cerrar este trato de locos.

Durante el corto trayecto hacia el departamento no pensé en nada. Me asoló la idea de entrar, tomar un baño y tirarme a

dormir. Sin embargo, una vez que concluí el ritual y me encontré cobijado hasta la cabeza, no logré conciliar el sueño.

Tenía al sujeto prendado de mis pensamientos. Común y corriente, salvo por la parálisis, era otro solitario a punto de perder su conexión con la realidad. Esta ciudad no se escapa a la existencia de mendigos y predicadores callejeros, y creí que mi nuevo amigo estaba a caballo entre ambas categorías. Si seguía dándome dinero, quedaría en la calle. Si seguía hablando como hablaba, terminaría frente a la Catedral con discursos sobre viejos demonios desatados por la desidia y soberbia humanas.

Me quedé dormido cerca del mediodía.

El sueño que me asaltó revivía imágenes de la cantina. El hombre que entra, un saludo somero y un ofrecimiento de trabajo. Luego las historias del río Verdiguél y de la Señora de Agua, antiguo mito matlatzinca, revueltas en una sola. La mujer era agua y ayudaba a los habitantes de la región. Llegaron los conquistadores y de un balazo español creyeron dar muerte a la mujer, pero no fue así. Ya iniciado el siglo xx las autoridades municipales decidieron entubar el río contaminado que atravesaba la ciudad. “Con esto”, había dicho el hombre, “terminaron por confinar a la dama de agua”. Pusieron arriba una calle que nombraron Lerdo de Tejada, la cual serpentea como río y divide en dos a la ciudad. Por eso, furiosa, cada año, con la fuerza de las lluvias, la Señora de Agua hace boquetes en paredes de concreto, se come a pedazos alguna casa, engulle un automóvil y, cuando tiene más coraje, empuja cualquier coladera y sorbe al peatón desprevenido.

Mi imaginación aportó más elementos al sueño: tenía frente a mí la noche oscura, como si ni las estrellas ni las farolas ni las luces de los automóviles existieran. Llovía y sólo podía ver a unos centímetros de mi cara rayones blancos que laceraaban el aire; no había horizonte. El ruido ensordecía, era como de cubetas que caen y cristales que se quiebran de un solo golpe y láminas y látigos en movimientos y gritos y aullidos y...

Me desperté sobresaltado, una película de sudor cubría mi frente y manos, pero otra vez hacía frío. Las cortinas traslúcidas me permitieron descubrir que anochecía. El hambre me llevó a la cocina sólo para confirmar que el refrigerador estaba vacío y el montón de trastes sucios despedía un olor desagradable. Por la ventana confirmé que aún no llovía, pero las nubes negras ya se vislumbraban. Con doble chamarra y botas de trabajo, salí a buscar algo qué comer. Tenía dinero extra en mi bolsillo y podía darme un lujo. Pensé en alguna taquería elegante, además tenía tiempo de sobra antes de mi cita con el hombre.

Apenas llevaba unos pasos cuando decidí regresar al departamento por la vieja cámara de mi hijo. Pensé que tal vez no tendría oportunidad de volver después por ella, pero eso no era cierto, la verdad es que, una vez más, me invadió un presentimiento. Tuve el deseo de no salir de casa al menos hasta que la temporada de lluvias acabara. No le había dicho al sujeto dónde vivía, el cantinero tampoco estaba al tanto. Podría hacerlo. Sin embargo, me dije que en realidad el viejo estaba chiflado y, si quería una foto, una foto le daría. Como dije antes, ya había cerrado el trato y no pensaba retractarme. También me dije que cualquier instinto en contra era pura imaginación

mía, que los sueños de la tarde habían sido producto del alcohol. Me tranquilicé.

Tuve que abrir varias cajas, revolver sus contenidos, antes de encontrar el aparato. No es la mejor cámara del mundo, todavía funciona con película, pero mi hijo la había ganado en un concurso escolar y era su orgullo.

Tan pronto como volví a salir comenzó a llover. Primero fue un ligero golpeteo de gotas que en segundos se convirtieron en el chaparrón acostumbrado de las tardes. Alcancé a tomar un taxi que sorteó charcos y gente; me llevó prácticamente seco hasta mi primer destino. Quería comer con calma, pensar en lo que estaba por suceder.

### III

Lo primero que hice fue pensar en la noche anterior. Tenía el estómago lleno y me había trasladado con algunos esfuerzos hasta una cafetería cercana. No me gustaba el lugar, las sillas eran incómodas, había demasiado rojo en la decoración y la música era repetitiva. Corazones, conejos y mariposas eran una constante: los había en forma de servilleteros, de cucharas, y colgados por todas partes o pegados contra los cristales del cancel. La chica que me atendió estaba más entusiasmada en hablar por celular y voltear a ver el reloj. Hablaba con su novio, a quien le contaba una y otra vez el cuento de la amiga que no era su amiga. Yo era el único cliente y, por como se veía la calle, no entraría nadie más hasta que escampara o hasta el día siguiente, que era decir lo mismo. Para mala suerte de la chica,

había pedido el café más barato de la carta, pues no me interesaban mezclas de leches, chocolates o espumas, y no quería galletas ni pasteles. El charco y las huellas que dejé al entrar tampoco fueron de su agrado. Lo único que me gustaba del lugar era que no se podía fumar. El ambiente limpio, el aroma del café y el agua a través del cristal, e incluso la perorata de la jovencita y la música melosa me tranquilizaron un poco. Lo primero que hice, entonces, fue pensar en la noche anterior.

“La he visto”, me había dicho el hombre. Y yo hice mueca de que no le creía porque así era. Hacía rato que el cantinero había sacado una botella de ron y la había puesto frente a nosotros, asegurándonos que podía cobrarla al día siguiente. También nos había dicho que le gustaban las historias de accidentes, suicidios o asesinatos, pero no las de demonios, porque le daban miedo. Así que se había metido a la trastienda donde al parecer tenía un camastro en el que dormía. “Le juro, por ésta, que la he visto”, reiteró el sujeto, “y no una, ni dos, sino tres veces”. Yo le dije que sin pruebas la gente podía poner entre dicho sus palabras: “La gente podrá creer que usted cree que la ha visto; dirán: ‘ese viejo borracho cree haber visto un demonio del agua. Está loco’. Es más fácil que le crean que ha visto un fantasma o un duende o un ovni, porque todo el mundo ha visto al menos una vez alguno de ellos. Además, éstos aparecen en la televisión, pero no los monstruos prehispánicos”, le dije de corrido. El hombre sonrió con esa mueca a la que ya me estaba acostumbrando. “Para eso lo quiero a usted”, insistió, “para que tome la foto de la Señora de Agua”. Me quedé pensando un rato. Era evidente que creía en sus propias palabras.

A estas alturas ya estaba involucrado con el hombre, le había pedido que contara su historia sólo para divertirme un rato, así que creía estar en deuda con él. “¿Y cómo le haríamos?”, pregunté. “Usted confíe”, fue su respuesta. Entonces estreché su mano y le dije que teníamos un trato. Me dio el sobre y quedamos para el día siguiente, a cierta hora de la noche, durante la lluvia.

Mientras pensaba en esto y me bebía la taza de café en aquel lugar, no pude sino darme un regaño en silencio. El hombre estaba loco y yo más, por hacerle caso y por tener presentimientos extraños. Pero la aventura nocturna que estaba por correr parecía más bien divertida, y podría darme tema de conversación con el cantinero. En una de éstas, me dije, a lo mejor el hombre de verdad está loco y ya no lo dejaron salir del manicomio. Creo que me reí en voz alta, porque la chica detuvo su charla con el novio y volteó a verme. Me apresuré a pagar. Salí ya sin preocuparme por el agua. De todas formas, esa noche pensaba empaparme.

#### IV

“Me alegra que usted me crea”, me dijo el hombre. Para mi sorpresa acudió a la cita. Llevaba un impermeable negro de plástico corriente. Era más bien ligero y no creo que le cubriera gran cosa. Imaginé que debajo llevaba el mismo traje raído de la noche anterior. En lugar del sombrero de fieltro una capucha de lona cubría su cabeza. Nos quedamos de ver afuera de la misma cantina. Yo llegué poco antes para beber mi acostumbrada cuba y

lo encontré adentro. Bebía en silencio, en el mismo sitio de la barra, como la noche anterior. Nos saludamos con un frío apretón de manos, bebimos un vaso cada uno y, ante una seña de él, salimos a la calle. El cantinero nos observó largo rato, por sobre las cabezas de la clientela, mientras salíamos. Desconozco si la noche anterior alcanzó a escuchar de qué trataba el negocio. Caminábamos por la calle de Lerdo de Tejada en la misma dirección del flujo de automóviles, que no había desaparecido por completo, cuando me dijo aquello de que yo le creía. Fueron sus primeras palabras de esa noche. Respiré hondo y dije las mías: “No sé si le creo”. El hombre no sonrió. Yo tampoco.

Hasta el momento he tratado de mantener en este relato un tono objetivo. Claro que conté los dos momentos en que creí sentirme invadido por un mal presentimiento, pero me parecieron importantes porque fueron emociones reales, aunque mi naturaleza incrédula me hizo dudar de ellas. Recalco esto porque lo que estoy por contar debe ser comprendido de la misma manera. Hablaré de lo que vi, lo que viví, lo que sentí. Ignoro si todo eso fue producto del alcohol, de la necesidad de creer en algo, de la influencia que este hombre ejerció en mí o si fue una mala interpretación de mi cerebro. Tampoco me importa.

La lluvia había atenuado y durante algunos minutos, incluso, parecía querer descansar. Mi amigo se movía decididamente. Caminamos Lerdo arriba hasta llegar el teatro. Se detuvo y señaló un poste que estaba ladeado.

“La primera vez que la vi yo estaba parado junto a este poste. Tenía problemas para encender el cigarro que me ayudaría a soportar el frío. Mucho viento y agua. Acababa de pasar

el primer automóvil del día: una patrulla con las ruedas lo suficientemente elevadas para sobrepasar el encharcamiento”. El hombre guardó silencio para tomar aire. “De esto que le estoy contando tiene ya unos diez años. Yo todavía era suficientemente joven para reaccionar con entereza...”.

Creo que no alcancé a escuchar el resto del relato. En ese momento la precipitación arreció y me moví en dirección de la pared más cercana. El hombre me siguió distraídamente, mientras seguía hablando de un muchacho, una bicicleta, un torrente poderoso y súbito. Al parecer, la corriente formada por el agua había tirado al ciclista y lo había arrastrado.

“Eso suena a accidente”, le confesé. “¿Qué le hace pensar que fue una mujer de agua?”. El hombre sacó una cajetilla de cigarros y me ofreció uno, encorvándose para evitar que el agua la mojara. Yo negué con la cabeza. “Qué bueno que no fuma. Yo he intentado dejarlo, pero ya para qué”. En aquel momento no puse atención a sus palabras y más bien lo observé en sus repetidos intentos por encender el cigarro. Al final, el tabaco quedó irremediablemente mojado y desistió, lanzándolo al arrollo que se había formado en la orilla de la calle. Yo insistí con mi comentario: “¿Qué le hace pensar que no fue un accidente?”.

“Muy poco en realidad”, me respondió mientras iniciaba de nuevo la andanza, “yo también me imaginé que había sido un accidente en ese momento, y esperé paciente a que el muchacho se levantara, pero no lo hizo”. Calló unos segundos. Ahora caminábamos en dirección contraria. “Observé al muchacho y la bicicleta alejarse cada vez más y más, de pronto, en aquella

esquina que ve usted, un par de brazos se formaron con el agua, ¡lo abrazaron y engulleron!”.

No quise indagar más. Mi impresión fue muy clara: el hombre no había hecho nada por ayudar al ciclista, y su cabeza solitaria convirtió la historia en un hecho paranormal, exculpándose.

No sabía qué esperar aquella noche. Estaba impacientándome. La caminata Lerdo abajo se había extendido demasiado. El frío era apenas soportable por el movimiento continuo. Los automóviles eran cada vez más escasos y peatones hacía rato que no veíamos. Nos alejamos del centro para acercarnos, en cambio, a la zona industrial. Era evidente que la lluvia no cedería en un buen rato, pero tampoco se vislumbraba una tormenta tan poderosa como para lo que necesitaba mi acompañante.

Poco antes de llegar al inicio de la avenida, donde ésta se curva para convertirse en otra calle, donde la vieja estación de trenes se oscurece, el hombre se detuvo. Iba a contarme algo, pero un ataque de tos se lo impidió. Traté de ayudarlo dándole golpecitos en la espalda, como había hecho otras veces con mi hijo, pero él se negó. “El cigarro”, aclaró. Poco después, ya tranquilo, sostuvo: “Y aquí, señor, la vi por segunda vez”.

## V

“Habían pasado cinco años desde el incidente con el ciclista, que casi había olvidado por completo. Esa casa que está ahí es una reconstrucción porque la Señora de Agua, con su cuerpo de serpiente, salió de aquella coladera para destrozarla a golpes. Yo

la vi. Era de madrugada. Iba borracho, es cierto, pero ver aquello me desentumió el cerebro. Con su cola de reptil golpeaba los viejos cimientos, y el adobe de la pared principal cedió al poco rato. El terror de aquella imagen me quitó el aliento y, con ello, la posibilidad de gritar y delatar mi presencia como testigo. El rostro de la Tlanchana era el de un monstruo deformado por la ira, el coraje y la desesperación. A ratos transparente, a ratos turbio, a ratos enlamedo, su cuerpo era una corriente incesante de agua con basura, hierbas, animales muertos expulsados por la boca de un vómito continuo que se deslizaba sobre sus pechos de mujer y su serpenteante cola.

”Cuando los restos de la casa rodaron con la corriente, la mujer logró tranquilizarse y observó satisfecha su labor. Fue cuando mi entumecimiento desapareció y llegó a mí su olor putrefacto, acompañado de ruidos de destrucción; entonces, no pude contener un gemido de dolor. Creí que la vida se me iba. Aquel demonio notó mi presencia y giró su cabeza hacia mí. Ahora tenía un rostro hermoso, casi angelical, y el agua que lo formaba era transparente, no así el resto del cuerpo que se mantenía opaco por la mugre del río. Mi corazón se detuvo unos instantes; creí que moriría de un infarto antes de ver cómo era destrozado por aquel demonio. No tuve esa suerte. Continué con vida, ni siquiera me desmayé. La Señora de Agua, sorprendida, con mi presencia, tornó su rostro de nuevo en el de un demonio y se lanzó con la fiera intención de atacarme, pero algo la hizo recapacitar. Se detuvo a unos centímetros de mi cara, me observó con deleite y sonrió. No sé si me perdonó la vida

porque estaba satisfecha con el estropicio reciente o porque disfrutó más el terror que me embargaba.

”Desde entonces mi rostro está paralizado”.

## VI

Guardé silencio largo rato. Su rostro paralizado se había construido y deconstruido mientras me narraba aquello. Los brazos se abrían y cerraban para representar las acciones de lo que había sido testigo. De pronto, me dio miedo estar en aquel lugar mal iluminado, solitario, en el abandono.

Recordaba la noticia en los periódicos de la casa hecha añicos por la fuerte lluvia. De hecho, guardaba un ejemplar de ese día en mi casa. Esa noticia y la muerte de mi familia se disputaron el encabezado. Las lluvias allá mataron a mi gente, recuerdo que pensé, las de acá destrozaron casas y ninguna víctima.

Mi cerebro me decía que aquel hombre estaba loco, que había sido testigo de una pequeña catástrofe y, una vez más, su conciencia lo había transformado en un hecho paranormal. Pero mi corazón, que latía desordenadamente, pretendía convencerme de lo contrario. Comenzó a faltarme el aire y sentí que mis piernas se doblaban. El frío se estaba volviendo insostenible por el rato que nos quedamos parados. “Vámonos de aquí”, le pedí al hombre. Me puso una mano sobre la espalda y me dijo al oído: “Ya casi está por terminar; aguante un poco, por favor, aguante”.

Mientras me lo decía, la lluvia, al parecer estancada en su intensidad desde hacía rato, volvió a incrementar su poder. Un rayo fue a caer en un transformador que explotó al instante, lanzando fuertes chisparrajos. El ruido del trueno y del estallido me dejaron sordo por unos segundos, y pude observar cómo la calle Lerdo de Tejada, desde su inicio, se fue quedando sin suministro de luz, era una serpiente de oscuridad que se alejaba.

Y una vez más, al oído, me dijo: “¿Quiere que le cuente de la tercera vez que la vi?”. Yo apoyaba mis manos contra las rodillas en un intento por recuperar el aire que me faltaba. Negué con la cabeza. No quería saberlo. No me interesaba, pero al hombre pareció no importarle: “Fue anoche, poco antes de entrar a la cantina en que lo encontré”. Le pedí que se callara pero siguió ignorándome: “No le pienso contar los detalles, son intrascendentes. Sólo le voy a comentar que, cuando la mujer me reconoció, se acercó a mí y, así como estoy ahora hablando con usted, me dijo algo al oído. Tenía una voz preciosa”.

Me recuperé un poco y me levanté para encararlo. Otro presentimiento cruzó mi pecho, uno que me daba cierto valor y coraje. Lo tomé del cuello y le pedí que me dijera cuáles habían sido las palabras de la Señora de Agua. Negó con la cabeza mientras se deshacía de mi agarre: “No hablo el idioma de los antiguos matlatzincas”.

Acto seguido, sacó un sobre de alguna parte de su impermeable y me lo entregó. “Como acordamos”, me dijo, y lo tomé sin comprender cabalmente lo que estaba haciendo. La cabeza

todavía me daba de vueltas y no sabía si atender los razonamientos de mi mente o el instinto de mi corazón.

El hombre caminó hacia la calle alejándose de mí, lentamente. Al principio me daba la espalda, pero recorridos algunos pasos giró sobre su eje y me hizo una señal con la mano a la altura de su ojo bueno, era un *click* imaginario. Retomó sus pasos y se alejó aún más. Le pedí que regresara, que nos fuéramos de ahí. Hizo caso omiso.

Había pasado muy poco tiempo, el que ocurre entre un trueno y otro en una tormenta eléctrica, entre un animal muerto y otro arrastrado por la corriente de agua que cada vez era más poderosa. El arroyo se transformó en río, una ráfaga de viento empujó algunas señales de tránsito y ladeó otros postes, queriendo arrancar mi ropa arrebató la capucha de mi amigo y así, de pronto, apareció: la corriente sobre el asfalto se levantó en un remolino que tenía mi estatura; caminó como si fuera humana, o bestia, y se acercó al hombre que seguía dándome la espalda. No pude gritarle, no tenía mente ni cuerpo para actuar. Me quedé ahí, paralizado, sin saber qué hacer, y nada hice.

La calle se iluminaba a intervalos por las ráfagas eléctricas de la tormenta, deslumbrándome, encegueciéndome una vez y otra.

Todo concluyó tan rápido como había comenzado. El remolino alcanzó al hombre, lo envolvió y, por un instante, iluminada por un rayo, observé a la mujer de agua, la Tlanchana, prodigándole su abrazo. Cuando regresó la oscuridad ya no había nada. La mujer, o el remolino, y mi amigo habían desaparecido.

La tormenta amainó, los truenos cesaron y el viento se convirtió en una ligera estela.

Me quedé ahí, de pie, aterido de frío y de miedo. Me quedé ahí, estupefacto, quién sabe cuántas horas, observando fijamente el punto preciso donde había visto al hombre por última vez. Nunca regresó.

Cuando retomé los pasos reparé en el sobre que aún tenía entre mis manos. Sin abrirlo lo guardé en la bolsa de la chamarra y encontré la cámara de mi hijo.

## VII

Ha pasado una semana desde aquello. Las noticias dicen que las fuertes lluvias seguirán algunos días más. Los gobiernos han anunciado programas de protección a los ciudadanos. He tomado la decisión de buscar la fotografía que nunca tomé, porque ya me la pagaron; porque no sé si hacerle caso a mi cerebro, que insistentemente me dice que estos recuerdos son producto del trauma, una interpretación de los hechos, que fui influido por la historia y sólo vi lo que quería ver. No sé si hacerle caso al instinto que me dice que todo fue cierto, que una mujer de agua, un ente prehispánico, vive entre nosotros y está molesta.



## Suicidio citadino

Samantha Martínez Maya

Estás otra vez viendo pasar el tiempo, el estúpido tiempo que para ti no es otra cosa que una amarga letanía. Sientes que nadie te entiende, ¿para qué pensar lo contrario? Si a cada paso que das encuentras trabas en el camino. Si cada pequeña satisfacción viene acompañada de enormes tempestades de dolor. Sabes que ésta no es la salida, ¿para qué buscar otra? Siempre encuentras las puertas cerradas en la oscuridad que desde hace años envuelve a tu ser. No puedes y no quieres entender de razones, porque estás hasta la madre de toda esa gente “mayor” que llega con su mediocridad a darte consejos.

Consejos, consejos, ¿para qué? Mejor que arreglen su pinche farsa de vida y a ti que te dejen en paz. Es lo que piensas

mientras vas subiendo por el edificio donde hace unos meses te cambiaste a vivir. Uno de sus vecinos te ve y te pregunta:

—¿A quién buscas?

¡Aquí vivo, pendejo! Es lo que estás a punto de decirle, pero lo evitas y sigues subiendo.

Un piso más arriba sale el estúpido gordo que se la vive comiendo frituras y bebiendo coca-cola, mientras su esposa se pasa la mayor parte del día trabajando. Te cae de la chingada porque sabes que es un libidinoso que sólo espera verte salir del edificio o que vayas para la azotea para meterse al baño y jalársela. Lo sabes porque desde que te mudaste ahí te espía, pero ahora te da igual, lo ves y lo único que dices es: “Buenas noches”. Sigues subiendo mientras sabes que está esperando a que desaparezcas entre los cubos de las escaleras para meterse a su departamento.

Has llegado a la azotea donde crees que nadie podrá molestarte, aunque no faltará algún vecino metiche que con el pretexto de arreglar su antena te fastidiará. Porque es lo único que saben hacer: fastidiar, fastidiar, fastidiar. Siempre están hablando de ti. Son tan imbéciles que no tienen el menor cuidado de decir las cosas en los lugares donde estás. Para ti todos ellos son gente sin vida, amargada y decepcionada. Tal vez igual que tú, con la diferencia de que toda tu amargura te la reservas. Mientras que ellos se la pasan llenando el mundo de mierda y de ponzoña con sus chismes.

Comienzas a fumar al tiempo que volteas a ver la luna. Está hermosa, es luna de octubre. El frío hace más grande tu melancolía. Piensas en tantas cosas que no te puedes concentrar para

pensar en una. Sigues observando el cielo y te das cuenta de que tenía mucho que no observabas estrellas en el podrido ambiente de la ciudad. De repente, baja una lágrima por tu mejilla, quieres creer que la ocasionó el esmog pero te das por vencida y todo un mar emerge de tu interior, de todo el dolor que llevas en el alma. Te parece increíble que siendo casi una niña puedas llevar tanta pena guardada y la dejas salir, como el que libera un ave de la jaula a la que ha sido sometida. Así quisieras que fuera tu alma, un ave que pudiera escapar; pero no, a ti te cortaron las alas.

Terminas tu cigarro y te acercas a la pileta, coges una bandeja con agua y te acercas a la esquina más alejada. Te sientas en el piso a reflexionar si está bien lo que vas a hacer pero eso ya no tiene interés. Ahora piensas que debes hacer mejor las cosas. Hurgas en tu memoria y te asaltan todos los recuerdos que te hacen estar así. Ves a tu madre llorando por no tener qué darles de comer a ti y a tus hermanos; a tu padre, con una mona en la mano y la mirada perdida en el infinito, parado en aquella esquina de donde nunca más se movió; a la abuela que era indiferente ante todos, quien formó tus miedos y monstruos infantiles, pero no por eso la dejaste de adorar un segundo. Te enfurecía que todos se preocuparan por ella sólo cuando la veían enferma porque sabías que el interés era lo que llenaba sus vidas. Lo confirmaste cuando murió y se acordaron de ella hasta la lectura del testamento.

Pero todo eso lo superaste, o creíste hacerlo, sólo por el hecho de mudarte de lugar. ¿Acaso encontraste algo mejor?

Por supuesto que no, porque ahora estás convencida de que los hilos que te sostenían uno a uno los fueron debilitando y el peso de tu alma te dice que ya no puedes más. Te enoja saberte así ante el mundo porque hay gente que como tú, ha vivido desgracias y las enfrenta. Tú ya no quieres más.

Es fresca la imagen de tus triunfos escolares, reconocimientos, primeros lugares en certámenes de alta exigencia, contrastado con todo lo que pasaba en tu casa, donde tu madre no pudo más contigo y tus hermanos y decidió tirar la toalla. Se empezó a alejar, ya no contaban con ella y cuando estaba, todos discutían; pero tú, por ser la más pequeña eras la más incomprendida por los incomprensibles, al grado de que te volviste el objeto donde tu madre y tus hermanos desquitaban toda la furia que llevaban en su interior, cómo dolía, ¿verdad? Llegar a la escuela con golpes que nunca pudiste explicar, eso cuando te podías mover, porque hubo ocasiones que ni de la cama te pudiste levantar.

Seguiste esperando porque siempre fuiste impaciente. De nada te sirvió, comenzaste a bajar de calificaciones y librate hasta donde pudiste los últimos meses en la secundaria.

Entraste a la prepa y creíste que iba a cambiar todo, sin embargo, no fue así. Sólo fue el comienzo de una espiral por la que fuiste descendiendo. Cambiaste tus problemas por un mundo de alcohol y drogas. Pasabas las materias a través de sobornos y cuando dejaste de tener dinero supiste sacarle provecho a tu cara y delineado cuerpo, no sólo para pasar, sino para seguir manteniendo tu asqueroso vicio. Toda la escuela sabía con quién acudir: tanto maestros como alumnos y trabajadores

pasaron por ti. Con cada acostón perdías una parte en un abismo que nunca quisiste enfrentar.

De pronto tu vida cambió, cuando lo encontraste y descubriste que el verdadero amor hace cambiar la perspectiva de las personas. Él nunca te peló, porque sabía la reputación que te acompañaba. No te importó y comenzaste a hacer tu lucha. Le demostraste que sí podías cambiar y empezaron a salir. Sin embargo, él empezó a desconfiar de ti diciéndote que eras una puta, siempre le dijiste que el pasado no cambia y se debe de construir hacia delante para forjar un mejor futuro, pero hizo caso omiso. Te reprochaba una y otra vez tu drogadicción, aunque le demostraste que por él la habías dejado, se largó y te dejó el corazón en la mano como siempre y como nunca lo habían hecho. Fuiste a suplicarle que no te abandonara porque él era el fuego de tu pasión, la luz que hallaste en el camino, la puerta que abrió al llamado de un alma desesperada. Le explicaste que era el amor de tu vida, que su cariño era la bocanada de vida que te ayudó a seguir para no tirarte en el camino y que a diferencia de todos los que te habían desnudado, él desnudó tus sentimientos y encontró un corazón que amaba y sentía, pero estaba protegido por una coraza porque la vida se había portado como un perro rabioso que con cada mordida te había infectado el alma más y más.

Fue en vano todo. No quiso escucharte. Te encerraste en tu mundo de alcohol y no salías de tu cuarto, soñabas que rockeros de otras épocas venían por ti. Eso era lo que creías: ser de otra época. Siempre pensaste que hubiera sido mejor vivir en la época de los sesenta, participar en los movimientos

estudiantiles, luchar por la causa social durante la revolución de Cuba, ir a los hoyos funkies, ver a Jimmy Hendrix o a Janis Joplin. Sin embargo, nada de eso ocurrió y seguiste apagando tu llama, ¿qué más podías perder si nunca tuviste nada? Tu madre y tus hermanos se preocuparon y después de forzar la chapa te encontraron totalmente congestionada, de urgencia te llevaron al hospital. Aún te preguntas por qué lo hicieron, piensas con coraje que hubiera sido mejor morir en ese momento, así no te habrías vuelto parte de aquella muerte. Ahora te agobia la culpa porque sabes que si aquella noche no hubieran discutido por tu necesidad, él no hubiera cruzado la calle abruptamente y estaría aquí, no contigo, pero vivo.

Sigues en tu azotea llorando su muerte, tu muerte. Crees que ya no es posible que broten más lágrimas y sin embargo, salen de toda tu alma tan dolorida. Sacas la navaja que afilaste antes de subir, la luz de la luna refleja en la hoja y hace más tétrica la escena. Tomas una de tus muñecas, piensas que ahora debes de cortar en sentido vertical y no horizontal como en otras ocasiones. Clavas la navaja y un dolor llega a tus entrañas, sientes el frío de tu mano y con rabia empiezas a cortar tu piel, desgarras tu vena, te das cuenta de que un hilo de sangre poco a poco se convierte en un chorro incontenible, te detienes un momento porque el dolor es insoportable. Escuchas cómo cruje tu piel con la navaja por dentro. Por fin crees que con eso es suficiente y metes la muñeca en el balde que habías llenado con agua. Tu cuerpo se debilita, tus párpados pesan cada vez más y crees que ahora sí renacerán las alas que tu destino arrancó,

para poder volar lejos. Ves todo blanco y tu cuerpo cae mientras la luna ilumina amargamente la azotea.

Un gran momento dejaste de saber de ti, el frío te despierta y un olor a alcohol te pica la nariz. Abres los ojos y estás en la cama de un hospital. Tu madre tiene una cara de tristeza que tratas de adivinar si es de enojo o decepción. Tus hermanos te ven con un gran alivio al saber que no te has ido. Pero tú, tú vuelves a maldecir al destino por no arrancarte de este mundo, del que ya estás harta y en el que siempre has estado muerta en vida.



# Los muertos no cuentan cuentos (drama para leerse en mini actos)

Marco Antonio Manjarrez

## I

—Desde esta altura puede verse casi todo el centro del valle —dije—. Como ves, no es muy grande. Ése, que parece elefante, es el Cerro de la Teresona. Nunca debes ir allá, porque espantan. Ese bulto de en medio es el cerro del Calvario. Tampoco vayas, ahí roban. Y este terreno pelado era el Parque de los Venados, ahí matan.

—Veo que no hay muchos lugares adonde ir por aquí.

—Ya te acostumbrarás, como todos. Lo mejor es que no salgas de aquí sino es para irte a tu casa.

—¿Y la pintura?

—No es pintura. Es mural. Lo pintó un wey de Tenancingo.

—¿Así que ustedes vienen seguido acá arriba?

—De vez en cuando. No nos dejan subir cuando hay niebla.

—Supongo que alguien podría resbalar por aquí con toda esa niebla. ¿Nunca ha pasado?

—Una vez. Hace casi un año.

—Desde aquí no parece una caída mortal.

—No fue desde aquí. Este acantilado puede dividirse en tres partes, de dos la caída no es fatal. La tercera nomás tiene boleto de ida.

—¿Y la vieron?

—Sí. Salió en el *Metro*. Hijos de la chingada. De todo hacen carne, ya sabes, “buscaba la verdad y encontró la muerte”. Era de...

—...

—Mira, cayó por ahí, entre esas piedras afiladas. Dijeron que se había tirado sola, pero el caso es que en las fotos llevaba la mochila. ¿Te das cuenta? Por ahí, entre esos matorrales, un poco a la derecha, ¿ves? Bueno, por ahí subimos al otro día, ¿sabes qué encontramos?, pues nada menos que un libro.

—¿De qué?

—Una *Historia de la alquimia*. Una vulgar edición del Fondo de Cultura. Le faltaban hojas, donde venían las ilustraciones. Qué curioso, ¿no?

—Yo también me aventaría si tuviera que leer algo así.

—Pero, no entiendes. Es que no lo estaba leyendo. Alcanzó a agarrarse de él cuando lo aventaron. Si vienes en la noche con nosotros te enseñó las páginas que le faltaban al libro.

—...

—¿Qué tal licenciada en suicidio?

## II

*Empezaron a fumar desde temprano. Iban directo. Ya se habían saltado a Búnbury y Héroes, iban en Chavela y San Pascual. Pink Floyd aguardaba. Algo se dijo de Homero y unas aladas palabras. No quería volver sobre el tema, pero el alcohol era demasiado guarro para entretenerse mucho y había que hablar de algo.*

—Hay quien dice que cada vez que cometemos un acto prohibido se abre una puerta oculta en nuestra mente o algo así. Lo que la gente llama magia o brujería no es sino la manifestación de los pensamientos del espíritu, como los sueños.

—¿Dónde leíste eso?

—Por ahí.

—Y tú, ¿has cruzado la puerta?

*El silencio fue incómodo. Les cayó como sandía en ayunas. Alguno pasó los ojos por el piso asqueroso. Alguien dijo que iba al baño. Dos salieron a masturbarse mutuamente en la oscuridad. Luego vino la historia de rigor.*

—Y bueno, ¿no me ibas a enseñar los dibujos?

—No son dibujos. Son símbolos. ¿Qué sabes del exilio de los judíos en Babilonia en el siglo v antes de Cristo? Sabes que la próxima semana entregamos el ensayo sobre el *Gilgamesh* y quiero discutir la influencia del pensamiento judío en el texto y el origen de la escritura. ¡Qué te parece!

—Bueno, me parece que estás forzando el...

—¡Piénsalo! ¡La cacería del oscuro Enkidú a través de los bosques del Líbano! ¡La fe en la existencia de una flor ultraterrena que devuelve la vida a los muertos! ¿No es el tema cristiano del fruto prohibido, la sabiduría y la traición? ¡La puta traidora, la deshonra y la expulsión! ¿Qué tal, eh?

—Es un tema difícil y realmente no he leído sobre...

—¡Hasta he pensado que tú podrías ayudarme! Creo que el tema es algo muy tuyo.

—No, lo que pasa es que no quisiera...

—Quiero que me ayudes a buscar un libro. Un libro que no encuentro. Aparece en el catálogo de la biblioteca, pero no está donde debe. Estará mal acomodado por ahí, ¿podrías? Qué tal el lunes en la tarde...

*Come on, now / I hear you're feeling down / I can ease your pain / get you on your feet again...*

### III

—Ven, por aquí. Mira, el libro no lo encuentro donde debería estar. Alguien pudo meterlo en otro lado. Ahora ven, por acá está el libro que trae la referencia. Éste dice: *Simbología esotérica del arte oriental antiguo*. Las páginas centrales: “el sincretismo religioso entre el paganismo babilónico y la tradición cabalística de la diáspora...”. Más adelante: “el mito fundacional judío halló en Babilonia el sustrato ideal que más tarde daría origen al Pentateuco; por primera vez la idea de Dios se unió a la idea del Libro...”.

—Bueno, yo pienso que la escritura de la Biblia es incluso anterior a...

—¡No pienses! ¡No has comprendido! La traducción podría ser deficiente. No estamos hablando de la simple *escritura* de un libro, sino de un libro vivo. Mira esto: “Una de las sectas heréticas más radicales rompió con los preceptos de la tradición judeo-cabalística. Fueron condenados por sostener la creencia en un único Dios-Libro. Es posible que algunos hayan escapado, huyendo en dirección al suroeste, hasta el archipiélago griego, donde habrían excavado galerías subterráneas que terminarían convirtiéndose en el famoso laberinto de...”.

—¡Pero, es que toda la tradición cabalística tiene fundamento en el libro como Dios! ¡Sólo estamos perdiendo el tiempo!

—No entiendes nada. Escucha, para la cábala el Dios-Libro no es más que una metáfora. Pero, para esta tradición oculta, el libro es Dios mismo y el secreto de la inmortalidad. ¡Pero para probarlo necesito encontrar ese libro!

—Ese libro no existe. Estás mintiendo, dijiste que aparecía en el catálogo, pero he agotado todas las posibles coincidencias y no hay nada. Es mentira.

—...

—Bueno, es verdad... mentí sobre lo del catálogo. ¡Pero te digo que el libro existe y está aquí! Porque... Porque...

—Vamos, ¿ahora qué vas a inventar?

—Porque yo lo soñé... ¡Es verdad! ¡El libro está aquí! Sólo necesito que tú lo encuentres por mí.

—¿Y por qué tengo yo que resolver tus sueños?!

—La flor ultraterrena que devuelve la vida a los muertos, ¿recuerdas? Los símbolos arcanos hablan del hacha de doble filo, que es en realidad un libro abierto... ¡Esa flor es *el libro*! Pero, para traerla del más allá hace falta una llave, un código. Esa llave es lo que conocemos hoy día como *código genético*...

—¡Estás enloqueciendo, maldito nazi! Has visto demasiadas películas de Bergman. Yo me largo.

—... ¡tú tienes ese código! ¡Espera! Dijiste que tu abuelo tenía sangre judía... ¡Entonces tienes una llave! En mis sueños yo encontraba una de las llaves y ahora te he encontrado a ti. ¡Sólo tú puedes traer ese libro!

—Y déjame adivinar, ¿no está *por aquí*, verdad?

—No. Pero puedo conducirte hasta el laberinto...

—...

#### IV

—Ahora relájate. No pienses. Concéntrate en dormir, sólo en dormir.

—Necesito saber cómo es tu libro...

—No. Lo sabrás cuando lo encuentres. Yo te guiaré a través de los cuartos, por medio de los símbolos que iré trazando a tu alrededor mientras sueñas.

—Sigo pensando que deberías ser tú quien se meta en tus propios sueños...

—Quédate tranquilo y respira. La noche apenas comienza y los caminos de la muerte son intrincados.

—¿Cómo resolveré el laberinto?

—Con el tiempo. Todos los caminos son el mismo. Sólo dime una cosa: ¿te asustan los perros? El sendero que lleva a la Ciudad de los Muertos está guardado por el espíritu del señor de los perros. Es inofensivo para los condenados, pero con los intrusos suele ser muy celoso y voluble. Si lo encuentras prosigue firme y no retrocedas. Perderte es su trabajo. Ahora silencio. Con este primer símbolo te serán revelados los caminos que conducen a la última de las moradas.

## V

*Los primeros rayos del sol pasaron por entre las persianas. El olor de los libros se hacía más intenso conforme avanzaba la luz del día. Estaba soñando que un perro lo olisqueaba, recargando contra su costado el hocico duro. Era uno de los conserjes de la biblioteca que lo estaba picando con su escoba.*

—¿Y usted qué? ¿No tiene casa o qué? ¿Quién chingá le dio permiso de quedarse a dormir aquí? ¡Órale, órale! ¡A rayar el piso de su casa, escuincle cabrón este! Inches chavos, me cai.

*Vio la losa del piso emborronada de un gis nacarado. Todavía alcanzaban a distinguirse círculos y cuadrados superpuestos. La náusea le hacía ver el conjunto de trazos como los engranes de una precisa maquinaria cósmica que conservara aún la inercia de su impulso primordial. Había algunos libros botados de sus estantes.*

## VI

*En la noche hablaron aparte. La música no era buena y no había dinero para tomar mezcal.*

—Es importante que trates de recordar los detalles. ¿Qué fue lo que viste?

—Todavía me duele la cabeza. Vi...

*Que las puertas de la Casa de la Muerte son dos Por una se llega a ver lo que hay dentro La otra es sólida y tiene echado cerrojo*

—¡Sigue!

*Soñé que estaba muerto y era el sueño más hermoso de mi vida porque ya sabía que estaba muerto y mi espíritu flotaba sobre el mármol de la losa Recuerdo que sonreía porque era feliz*

—¡Demonios, no! Pero dime, ¿estabas realmente muerto o te veías muerto a ti mismo? ¡Si te veías significa que entonces no estabas dentro!

*Luego desperté y supe que estaba vivo y quise regresar, pero cuando llegué otra vez las puertas estaban cerradas y yo quería entrar porque quería estar muerto Pero no podía Sólo podía ver adentro porque por esa puerta se podía ver pero no pasar*

—¡Aaah qué su puta madre!... ¿Estás seguro de que tu abuelo realmente era judío? ¡A lo mejor sólo era otro asqueroso polaco...! Habrá que probar otra vez.

—Pero esta vez iré solo. Ya conozco el camino.

## VII

Era muy temprano. Recuerdo que la mañana estaba helada y la niebla volvía a cerrarlo todo a la vista. Las flores de camino a la cima estaban negras y maceradas por el hielo. Cuando llegué, él ya había traspasado la baranda de piedra. La vigilancia mal pagada no se atrevía con este clima. Necesité acercarme mucho para saber que esperaba de pie justo al borde del acantilado. No alcanzaba a verle los ojos. Su voz resonó terriblemente impersonal, amplificada como un eco por el vacío a nuestro alrededor. Esto fue lo último que me dijo:

*Las murallas que rodean la Ciudad son infinitas y cíclicas pues no hay modo de entrar por voluntad en ella Pero en la noche del banquete de los muertos de entre ellas se verá levantarse las dobles puertas Para los convidados bastará una llave sola pues les hará pasar y no volver Pero el que quisiere volverse procure una segunda llave distinta a la primera...*

—Entonces, lo has traído. ¡Lo trajiste! ¡Déjame verlo!

*... pero el tiempo que allí se entre es poco y recuérdese bien esto que las puertas vuelven a cerrarse y mudan su cerradura con cada amanecer y aquel será cautivo por siempre entre estos muros y escuchará aullar a los perros que a lo lejos lamentarán a coro su miserable suerte*

Aullidos y ladridos lejanos empezaron abajo. Venían en camino.

—¡Date prisa! ¡Baja de ahí! ¡Detesto a esos cochinos perros! ¡Aviéntame el libro!

Tenía que traerlo de regreso a como diera lugar. Pero cuando dio el primer paso hacia atrás me heló el espanto, si eso aún

fuera posible. Yo juraba que no habría más terreno bajo sus pies y lo vi flotar entre la niebla como un fantasma. Algunas piedras rodaron cuesta abajo enfureciendo a los perros.

Brinqué la baranda manoteando a ciegas, como si creyera posible apartar de mí esa cortina pegajosa de niebla. Resbalé una vez y de milagro no acabé en el fondo. Quedé completamente paralizado. Él me habló una vez más:

*... soñé que estaba muerto y era el sueño más hermoso*

—¡Dame la mano! ¡Apúrate! —le grité. No me escuchaba.

*Soñé con un libro dorado... en él está escrito todo lo que es ha sido y será En él estábamos tú y yo Y estaba escrito este día Pero sus páginas fueron redactadas por la mano de un hombre muerto y por lo tanto pertenece a la Biblioteca de los Muertos Y hay sólo una forma de traerlo a este mundo*

—Aquí está el libro que me pediste...

—¡NO! ¡Imbécil! ¡NOOOO!

Permanecí inmóvil. El largo tiempo que pasó hasta el primer impacto no lo puedo explicar. Debe ser un fallo del cerebro o algo. Fue un golpe solo. Un solo crujir como de rocas o de huesos o de ramas verdes.

El libro quedó en mis manos. Menos algunas páginas sueltas que siguieron flotando mucho tiempo después de que los conserjes lograran quitarme de encima el montón de perros enloquecidos que ya empezaban a arrancarme la ropa a mordidas.

Ayer tuve otra vez el sueño de los cuartos.

Telón.

## Cuesta abajo

Gabriela Ballesteros

Ella contemplaba la inmensidad de la nada toda vez que se perdía en las disquisiciones absurdas de sus recuerdos. Días atrás había tenido que soportar la manera en que sus sueños se desvanecían al tiempo que su prometido la abandonaba por otra mujer. Ahora sólo podía recordar los interminables días en que preparaba y emocionaba una boda que únicamente era real en sus pensamientos, del mismo modo en que escuchaba los consejos de amigos y familiares para salir de ese laberinto que pronto provocan los porqués incontestables. Finalmente, todo sucede por algo aunque no tenga sentido que suceda, aunque el corazón reniegue de su propia naturaleza y se dedique a endurecerse para no llorar por algo que valió la pena pero ya no. Ha de llegarte otro que te dé lo que mereces, pensaba al

tiempo que de sus labios salía un humo con olor de ausencia y color de antaño.

El viaje había sido recomendación de sus amigas; representaba la oportunidad de retomar la vida de soltera que había llevado antes de su compromiso. Si hubiera una palabra para cada persona, ella estaba segura de que le correspondía “seducción”. Pero ahora, la extrema fragilidad de sus sentires le impedía volver a ser la de antes. Además, sus ideas habían tomado un cierto matiz melodramático o estoico. Comprendía la delicada constitución de la mujer: la extrema tristeza de su cuerpo es capaz de afectar la salud de sus pensamientos, y éstos pueden quebrar la lógica de sus emociones; aunque, finalmente, a nadie le importe lo que el cuerpo de la mujer sienta o lo que expresen sus ideas o aquello que le duele a sus emociones. Realmente sólo caminaba por las callejuelas coloniales de aquella ciudad que no le pertenecía. Se regodeaba en el absurdo fluir de los transeúntes a su lado y fumaba ávidamente, como si fumar y andar dieran paso a pensar y ordenar.

Al cabo de un rato tuvo una idea: concluyó que nadie tiene patria, por lo menos aquella que tiene un nombre de país y una identidad nacional, un trozo de tierra y raíces entremezcladas en tradiciones. Esto la mantuvo ajena a su tristeza por largo tiempo, hasta que recordó la tarde aquella en que, con la complicidad de su amante, robó un cuarto: “Mira cómo me contienen —decía con un brillo excepcional en la mirada— nuestros cuerpos se contienen mutuamente; como si tú, mi hermoso niño, fueras mi tierra y yo la tuya... Quiero ser ciudadana tuya, hazme de ti, déjame habitarte y hábitame toda...”. Ella ya no

tenía patria. O por lo menos fue lo que pensó al tiempo que una paloma picoteaba su zapato derecho.

Era joven, nadie le calcularía más de veintitrés ni menos de veinte. Veintidós años, pensó, hace tan poco tenía sólo quince... El tiempo la volvió a sacar del sufrimiento; volvió a tener una idea: el tiempo es una noción subjetiva y aprendida; en realidad sólo percibimos el tiempo a partir de la conciencia. El tiempo duele cuando uno lo toma en cuenta para todo, por eso ella prefería considerarlo poco, a pesar de saber de su angustiante fluir hacia la muerte. Se quedó quieta con los ojos abiertos, comenzó a respirar con mayor rapidez, tuvo miedo de morir, ¿o de vivir? No lo supo.

El cigarrillo, que se había consumido casi entero, la despertó de sus cavilaciones cuando quemó sus dedos. La frágil línea en la que se hallaba la hacía ir de la nostalgia a la reflexión interior y de ésta a la observación del exterior. Una niña de tres años correteaba con un globo de colores que se movía contra el viento. Ella miraba embelesada a la niña. Últimamente, los niños —sobre todo los bebés— le hacían sentir algo extraordinario y desconcertante: la hacían llorar de nostalgia. Esto la volvió a sumir en sus pensamientos. Antes no concebía la nostalgia futura, y ahora era la única que sentía. Todo aquello que oliera, supiera o se viera como vida la enloquecía: disfrutaba del brillo del sol, de su calor, de las aves y los árboles; del mismo modo, se soñaba dando a luz, amamantando a un hijo suyo, vistiéndolo, arrojándolo. Lloraba. Una lágrima escurría por su mejilla. La secó con su mano derecha y encendió otro cigarrillo.

Necesitaba un café, así que se levantó y echó a andar hacia una cafetería. Escogió una mesa al aire libre y pidió su natural americano con toneladas de azúcar. Los recuerdos dolorosos se esfumaban a cada sorbo, porque beber café le daba la posibilidad de pensar con mayor soltura sobre el futuro. La vida sigue, concluyó; pero le pareció insuficiente. Como iba vestida con una escasa minifalda, los meseros se esmeraban en atenderla, incluso peleaban el turno para ir a servirle la siguiente taza de café. Ella miraba a su alrededor y dejaba que aquel paisaje coloquial la embriagara, más aún después de un par de cervezas que fluían densamente a través de sus venas.

Entre tantas sensaciones, miró a lo lejos a un hombre que cargaba una maleta de cuero. Sin pensarlo demasiado concluyó que era un pintor. El hombre, de unos veintiséis años a lo mucho, se sentó justo frente a ella. Efectivamente era un pintor, pues sacó un pequeño trozo de papel y comenzó a pintar una especie de rama seca; a ella no le sorprendió tanto el hecho de que pintara algo tan simple, sino que lo hiciera con café. Café y fuego fueron los únicos elementos que utilizó para realizar su obra. Desde su mesa, ella podía admirar perfectamente los trazos que las pequeñas y rollizas manos del hombre realizaban. Por primera vez en su vida tenía la posibilidad de observar la creación del mundo, pensó, y entonces se dedicó a contemplarla con serenidad y placer.

Después de observar al pintor de breves manos y sonrisa suave, y cuando al fin la pintura yacía terminada sobre la mesa, ella reflexionó sobre el ensimismamiento provocado en todo artista, pues no es que el escritor escriba: se escribe toda vez que

escribe; el pintor sólo traza sus propias formas sobre el lienzo; el poeta sólo se canta su propia voz. Ella entendió que en realidad a los artistas no les importa comunicarse con el otro o decir algo, pues finalmente crear es un acto hedonista de dioses, un hacer por hacer, porque se desea o quiere nada más. Nada ético obliga al artista, aunque debajo de su obra subyazca todo el universo, todo el poder, toda la moral y toda la normatividad, es decir, toda su carga humana. Pero en el fondo, negado, los artistas *no desean ser seres humanos corrientes*.

Pareciera como si los creadores se enroscaran en su propio ego sin posibilidad de enroscarse con otro de igual raigambre, mucho menos con alguno mayor. El celo del artista es tan intenso que preferirá mil veces la soledad a compartir el triunfo o la derrota con otro de su misma calidad. Y, sin embargo, es imposible reprocharles su egoísmo, pues ya bastante peso deben tener con la sensibilidad que los obliga a arrastrarse y sentirse seducidos sólo por sus propios pensamientos o aquellos que les son lanzados por la inspiración; ya bastante deben tener con el sufrimiento de ser dioses en un mundo donde el amor le pertenece sólo a los mortales.

Esta disertación sobre el amor y los artistas la hizo caer en la cuenta de la irrealidad que vivía toda vez que pensaba. Entonces tuvo una idea de esas que a veces se enredan entre nuestros racionales pensamientos, de esas que siempre son rechazadas porque son locas, porque son sencillas o, simplemente, porque son absurdas como la existencia: pensó en dejar de escribir. Ella se levantó y caminó hacia la mesa del pintor. “Hola, yo canto estrellas y destejo las madejas del viento

para escribir mis versos. ¿Puedo ver lo que has pintado?”. Claro, ésa debió haber sido la respuesta, pues ella se sentó al lado del hombre y comenzaron a charlar ávidamente. Los cigarrillos y cafés no tardaron en convertirse en un verdadero desfile multitudinario, incluso ordenaron algo para comer.

¿Qué pueden hacer un pintor de historias y un escritor de imágenes juntos? Esto se preguntaba ella al tiempo que sacaba un cigarrillo que se dejaba escapar de entre sus labios como humo. Dos artistas sólo pueden conversar de arte cuando entre ellos no hay mayor vinculación que el arte. Pero al cabo de un tiempo ella comenzó a sentirse agobiada. Ese hombre de sonrisa suave parecía hablar sólo de *su arte*, se envanecía cada vez que ella le preguntaba sobre tal o cual tema, como si él fuera el único pintor sobre la faz de la tierra. En ese momento ella decidió marcharse, miró el reloj de la iglesia que se hallaba frente a ellos y se despidió con un breve movimiento de mano. Después de pagar su cuenta, ella tomó un rumbo indefinido.

Durante el tiempo que caminó por aquellos caminos que no le pertenecían, varios hombres le propusieron acompañarla, conocer su nombre, escuchar cuando menos el saludo de su boca; pero ella no estaba ni para conquistas ni para compartir su caminar sin rumbo. Mucho menos para conocer a alguien que pudiera tomar el lugar material de sus sentimientos amorosos. Ella seguía fumando y andando, como si estas acciones pudieran darle un cauce preciso a sus pasos, a sus cavilaciones absurdas, a su vida entera.

Mientras caminaba y un perro se interponía en su andar moviendo la cola, pensó que nada tenía que hacer en esa ciudad

colonial que no le pertenecía. Pensó en el motivo que la había llevado a realizar el viaje y le pareció uno muy desconocido y absurdo: había ido para tratar de organizar su vida, para tratar de olvidar todo hecho doloroso, para salir de ese laberinto absurdo que causan los porqués incontestables, para descubrir algún tipo de patria... Porque la habían dejado, porque estaba triste y pensativa, porque se sentía sola, todo eso parecía ahora tan lejano. Ya había alcanzado la cima de un pequeño montículo para este momento y, mientras observaba la inmensidad del horizonte, las casonas pueblerinas y los verdes de una explanada, todos sus recuerdos le parecieron lejanos, tan lejanos que casi podría afirmar que nunca habían sucedido en la realidad.

El sol acariciaba su espalda y frente a sí tenía un paisaje lleno de motivos para una buena charla, para un buen poema, para una buena postal si hubiese llevado consigo la cámara fotográfica. Fue entonces cuando aquella conclusión precipitada, aquella que le había parecido demasiado poco, retumbó nuevamente en su pensamiento. Ella miraba hacia el infinito toda vez que se perdía en las cavilaciones de su existencia: la vida sigue, concluyó así, sin más, al tiempo que el sol se llevaba consigo los rojos y violetas de su sangrado corazón. Del otro lado, la luna se asomaba tímidamente como la mayor de las promesas: era una luna llena, una luna con patria de luna, como ella.



## Sin escapatoria

Jazmín Carrasco Hernández

*Alfredo es mi mejor amigo.* Siempre que la madre Lulú me regaña y me deja sin comer, me guarda un pedazo de su pan y lo pone debajo de mi almohada; después de que la madre Cecilia apaga la luz y todos los niños del orfanato están acostados, me lo como sin hacer ruido, de lo contrario si alguien me escucha querrá que le dé también, en la cena nadie queda satisfecho. El otro día Alfredo estuvo llorando, su papá le dijo que su mamá no lo quería y por eso se había ido a vivir con otro señor; mi papá era un borracho y nos pegaba porque mi mamá no le daba dinero para comprar cerveza, le dije para consolarlo; también me puse a llorar, cuando la madre Lulú nos dijo: “Váyanse a ver la televisión”. Rocío, la hermana de Alberto, le ayuda a la madre Lulú a lavar la ropa y los platos. Nora y Rocío siempre están

juntas, se la pasan riéndose a escondidas de la madre Lulú, se hablan al oído para que nadie las escuche.

Nora y Rocío son las más grandes del orfanato, están flacas y pálidas, usan zapatos de agujetas y no las dejan usar pantalón. A las seis de la tarde es la hora del rosario, la madre Lulú nos forma y nos obliga a hincarnos, cuando rezamos, sólo repetimos las frases finales, en realidad nadie sabe las frases finales, cantamos y nos burlamos porque cambiamos las palabras, por eso nos situamos al final de la fila para que la madre Lulú no nos escuche, porque podría ser motivo de perder la cena. En la mañana hace frío para bañarse con agua fría, por eso me escurre el moco, estornudo mucho, me da sueño, entonces corro a esconderme detrás del cuarto de Rocío, atrás de la lavadora vieja, ahí a veces hay ratas, ni a Alfredo ni a mí nos dan miedo, entonces nos sentamos en cuclillas y nos abrazamos como abrazan a Miguelito el niño más pequeño del orfanato.

Cuando no hay visitas la madre Lulú grita mucho, no nos deja salir a jugar porque dice que ensuciamos la ropa, su cara parece de señor enojado, es flaca, me da miedo, su traje de monja la hace parecer un fantasma que nos persigue a cualquier lugar, ella puede hacer todo lo que quiera con nosotros. Conozco a todos por su nombre y por su apodo, también recuerdo a los bienhechores, vienen cada fin de semana, con una sonrisa nos preguntan: “¿Cómo te llamas?”. Contesto correctamente porque probablemente si me porto bien puede que me regalen algún dulce y si les pido su reloj hasta me lo obsequien. Algunos bienhechores traen ropa y dulces, a la mayoría les gusta cargar a los niños pequeños; me gusta que nos visiten, sólo en ese

momento nos dan toda la comida que pidamos, también nos dan dulces y refresco, nos visten con ropa nueva, nos acarician el pelo, algunas personas hasta nos besan.

Entre nosotros nadie sabe de dónde viene, nadie quiere hablar de ello porque nos pone tristes; tan sólo nos gusta jugar a las peleas, para ver quién es el más fuerte; correr y burlarnos del que llegue al último; quitarnos las cosas entre nosotros, también a veces nos defendemos en la escuela de los niños que no son del orfanato.

Estoy en cuarto año de primaria, es la segunda vez que curso este grado, no me gusta estar en la escuela, allí también están friegue y friegue: siéntate bien, no te pares, haz tu tarea, estudia para el examen, regrésale el lápiz a tu compañero, pon atención, cállate. ¡No se cansan de fastidiar! Y en el orfanato de nuevo: fórmense, coman, duerman, callen, recen...

Ayer la madre Lulú dejó las llaves sobre su cama y mientras se bañaba las robé. Son demasiadas, no sabré distinguir entre la llave de la puerta del dormitorio y la de la puerta principal. El ruido de la puerta se escuchó y decidí dejarlas de nuevo sobre la cama, salí corriendo, mi cuerpo sudaba, decidí irme a esconder con Alfredo. Entonces le dije:

—Y si nos escapamos... podemos caminar lejos, muy lejos de aquí. Nos ponemos a limpiar vidrios en algún semáforo, así nos darán dinero.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Alfredo— Además, la otra vez que sorprendieron a Rafael le dieron una paliza, y no quiero romperme la pierna, no podré saltar la barda, es muy alta.

—No vamos a saltar, le quitaremos las llaves a la madre Lulú —le dije para que no tuviera miedo—, y nos llevaremos comida en las mochilas —añadí—. Mañana en la noche le dices a Rocío que la madre Cecilia te pidió pan y lo guardas, yo también le pediré a Nora, aquí vamos a esconder los cuadernos, nadie se debe enterar, es un secreto entre tú y yo —le advertí—, te prometo que cuando salgamos te compraré unos dulces para ti solo, en la primera tienda que encontremos. Alfredo, prométeme que no se lo dirás a nadie —insistí, hasta que lo confirmó.

—Te lo prometo por diosito, te lo prometo.

La madre Lulú, igual que el día anterior, dejó sus llaves sobre la cama y antes de irse a dormir se bañó. Tomé sus llaves, salí descalzo, me dirigí a la alacena de la madre Lulú allí donde guarda sus oraciones y el rosario de plata, me santigüé frente a la imagen de la virgen y tomé dos billetes, cerré. Salí y me fui adonde se encontraba Alfredo con la mochila, en nuestro escondite secreto.

—Vámonos —le dije; sin embargo, objetó:

—Tengo frío.

—Espérame, ahorita vengo —respondí.

Entré al cuarto donde guardan la ropa que regalan al orfanato, había una montaña gigante que llegaba al techo, busqué dos chamarras y salí.

—Mira lo que te traje, toma la mochila, apúrate —le dije.

—No veo nada —comentó.

—Yo tampoco, está muy oscuro, agárrate de mi mano.

Metí cada una de las llaves hasta que acerté con la indicada para abrir, mis manos estaban heladas, tenía mucho frío. Abrí y las tiré. Salimos. Seguía igual de oscuro, tan sólo una lámpara se alcanzaba a ver lejanamente, esquivamos los árboles hasta llegar a la carretera, pasaban los carros demasiado rápido, tocaban las bocinas al pasar junto a nosotros, me asustaban, nos orillamos, pero la carretera era demasiado angosta. Caminamos durante largo rato, hasta que las piernas se tambaleaban.

—Tengo sueño —me dijo Alfredo.

—Ya mero llegamos —contesté.

Entonces Alfredo tropezó y se dejó caer en el pavimento. Cada vez pasaban menos carros y solamente veía las luces de algunas casas, los árboles se agitaban y aullaban con el viento. Un camión de carga se acercaba y no conseguía levantar a Alfredo, me puse a llorar, vi las luces y no conseguía moverme, el conductor giró rápidamente el volante y se estrelló contra un árbol. Con el impacto Alfredo despertó mientras yo seguía llorando asustado. Los carros comenzaron a detenerse ante el inesperado accidente, las patrullas llegaron, la ambulancia se llevó al chofer y a nosotros nos regresaron al orfanato. La madre Lulú nos regañó y nos dio una paliza, nos dijo que jamás íbamos a entender y que no tenía por qué perder el tiempo en reprendernos, si de todas formas éramos incorregibles. Hoy es Navidad, Alfredo y yo estamos castigados.



## Arder entre sombras

Eduardo H. González

Diego insiste en llamarme, hace apenas un par de horas que le di de comer, y nuevamente está molestándome, parece que nunca queda satisfecho. Sin embargo, debo ser más comprensiva, únicamente me tiene a mí. ¡Pobre!, parece que él lo sabe, me mira con sus pequeños ojos, y hace ademanes para que no lo pierda de vista. Creo que su intención es decirme que él está aquí para acompañarme.

Otra vez mi mamá dejó la puerta cerrada con llave, no podré ir a la escuela y mañana tendré que mentirle de nuevo a la maestra, no puedo decirle que ella me encierra en este cuarto. Yo no quisiera que mi mamá saliera todas las noches, se lo he dicho, y ella sólo me mira y sonrío de manera extraña. Lo peor es cuando llega con algún hombre, y se pasan toda la madrugada

bebiendo y acariciándose, mientras yo, escondida detrás del ropero tengo que esperar a que los dos se hayan dormido totalmente borrachos.

Tengo miedo, no he querido decirle a mi mamá, pero el hombre del cabello enmarañado, con el que se emborrachó hace apenas dos días, intentó subirme la falda. Le di un golpe con toda la fuerza que me fue posible, cayó al suelo. Afortunadamente estaba demasiado ebrio para sostenerse en pie. Pero no quiero que vuelva a pasar, por eso debo esconderme bien cuando mamá vuelva a traer otro hombre a la casa.

Diego ha permanecido callado desde hace tres días, creo que presiente algo. Me acerco y le hablo, pero él apenas se mueve. Mantiene su cabeza inclinada mostrando el sufrimiento que lo ha cobijado. Además no ha querido tocar su alimento, aunque le he rogado para que coma un poco, no tiene la fuerza suficiente para hacerlo.

Es extraño, pero sobre la mesa, el desayuno aún está caliente. Hace mucho tiempo que mi mamá no me prepara nada, siempre duerme, ¡claro, como se desvela tanto con esos desconocidos!, pensé que tal vez esta mañana quería agradarme consintiéndome con el almuerzo. Pero me asusté mucho cuando vi al hombre, al del pelo enmarañado. Intenté correr pero me tomó por un brazo, sentí que iba a desmayarme por el miedo que me provocaba. Me habló tratando de tranquilizarme. Me dijo que él había preparado todo para mí, pero su mirada maliciosa lo delataba, me sujetó con fuerza, yo manoteé tratando de rasguñarlo en la cara. Pero él no retrocedió, me dio un golpe en el estómago y me arrojó contra el muro, ya

no pude defenderme. Abusó de mí con toda la calma que le fue posible.

Diego ha enfermado, creo que no soportará más, no he logrado ni siquiera que beba un poco de agua, y su cuerpo tiembla demasiado, lo he cubierto con un paño, pero sólo mira desconsolado cómo su vida se acaba. Ojalá se alivie, si lo hace, ya no discutiré con él y le permitiré hacer todas las travesuras que quiera. Si muere, quedaré completamente sola.

¿Cómo vivir con esta angustia? Esperar que todas las noches se abra la puerta y aparezca el hombre del pelo enmarañado. ¿Y si le digo a mi madre lo que ese individuo me hizo?, tal vez ella cambie, soy lo único que tiene y debe protegerme. Pero ella únicamente piensa en beber y acostarse con hombres. Creo que he comenzado a odiarla.

Hoy me ha lastimado como nunca, se introdujo en mí de forma brutal, sentí que me desgarró por dentro. ¿Cómo es posible que mi madre no se dé cuenta de lo que está pasando? El líquido que escurre de mi entrepierna no se detiene. La vida se me escapa por los hilos de sangre. Mañana cumpliría trece años.

Diego ya no respira, por fin el sufrimiento ha terminado, Diego, mi acompañante. Ahora ya no tendrá que soportar la enfermedad que lo hacía padecer tanto, la que provocó que sus alas se desmadejaran impidiéndole el vuelo que yo prometí darle si se recuperaba.

El aire mece la jaula que, sola, cuelga del muro.



# Fenómenos

Mariana Delgadillo Medina

**Mis amigas siempre dicen** que en mi apartamento pasan cosas extrañas, sucesos sin explicación; “de otro mundo” las han calificado. Exageran. Aunque en algunas ocasiones realmente me sorprendían ciertos “fenómenos”, digámosles así, que solían molestarme por algún tiempo. Terminé acostumbrándome a todos ellos; tal vez fui perdiendo gradualmente la capacidad de sorprenderme, asqueada de las fantasías, volviéndome indiferente; pero lo de hace poco fue desesperante.

Desde la vez que una diminuta sirena apareció en la pecera y a los pocos días sirvió a mi gato como entremés, creí que se habían agotado las visitas raras y que ya no se harían presentes seres extraños que se comieran mi cereal favorito, que cambiaran la programación del televisor, o me estorbaran en el

momento de seducir a algún invitado, amigo o desconocido, quienes por lo general salían despavoridos.

Recuerdo que era de noche y hacía frío, de esos fríos que llegan a los huesos y un poco más allá. Tal vez hasta el alma.

Era diciembre, y por todo el edificio se escuchaban los villancicos —rancieros y transformados— de las series musicales de lucecitas que anunciaban la Navidad y su ola de compradores compulsivos: el mes más cursi y con más tráfico de todo el año.

Y de pronto sucedió... no sé ni cómo, pero en el pasillo del apartamento encontré una hada del tamaño de un querubín que cantaba con una voz muy aguda y, de alguna manera, contagiosa. ¡Lo último que me faltaba!

Sé que era del tamaño de los querubines porque hacía dos años uno de esos seres simpáticos y risueños había aparecido en el cuarto de los trebejos, llenándolo de luz y perfume de flores recién cortadas; escribiendo su taxonomía en las paredes con una especie de crayón indeleble que hasta la fecha no he conseguido limpiar. No me di cuenta cuándo se fue, solamente un día dejé de escuchar la trompetita que siempre cargaba en su hombro con ayuda de una cinta dorada.

De esta nueva aparición supe inmediatamente que era una hada... conozco su descripción.

Cuando era pequeña, algún adulto mal intencionado me regaló uno de esos libros de cuentos para niñas bobas y soñadoras; con historias de gnomos, arcoíris, príncipes y princesas y, por supuesto, hadas. Yo digo que esos regalos tienen la intención de alejar a niñas y niños de este mundo y colocarlos en uno irreal, del que sólo regresan cuando el príncipe las ha dejado

con lágrimas en los ojos, las manos vacías y el corazón terriblemente accidentado.

Lo primero en que pensé fue perseguirla, capturarla y meterla en una gran bolsa de celofán. Así, sin más, ponerle un gran moño verde y llevarla a la oficina. Sería el regalo más original en el intercambio para el día 24. Pero después pensé en la serie de explicaciones que tendría que dar, en el acoso de mis compañeros por conseguir otras semejantes y en la pérdida de mi privacidad. Así que ni lo intenté.

Pensé también en agarrarla a escobazos contra la pared, con fuerza, sin compasión a su perfecto rostro ni consideraciones al relumbroso vestido azul que portaba; si no moría quedaría aturdida y la lanzaría a la calle. No le quedarían ganas de volverse a aparecer por aquí y ensuciar las paredes recién pintadas, con el polvillo violáceo que se producía cada vez que emprendía pequeños vuelos en el pasillo. Después de un momento me di cuenta de que ésta era una idea muy cotidiana: la violencia, el asesinato o los golpes... la deseché. Después de todo, yo no soy como el resto de los seres cotidianos con los que comparto este mundo de locos.

Reí mucho ante mi autodescubrimiento como un ser particular y único —por lo menos en ese momento— y el hada me imitó, y para ser sincera nunca había escuchado una risa tan melódica, dulce y relajante; hacía mucho que nadie se reía en mi compañía... Pensándolo bien, hacía mucho tiempo que yo misma no lo hacía o, por lo menos, esbozaba una risa sincera desde el corazón: una sonrisa tibia y rojiza con los labios agrietados por la desmemoria.

Me tranquilicé. La risa del hada y mis carcajadas lograron borrarle la ira de las manos, la cabeza y los instintos, así que caminé hacia el viejo sofá del abuelo y me recosté en él, esperando que todo fuera un sueño.

Pero el hada hizo lo mismo, fue cuando me di cuenta de que era la realidad la que habitaba la casa y nos acompañaba a las dos.

Sin darme cuenta empezamos a hablar. Le exigí, tajante, una explicación por su presencia, por la osadía de invadir mi casa y mi vida, por poseer toda la belleza y perfección posible en su diminuto cuerpo, por sus años de inexistencia durante mi gris y fría infancia, por su tardanza en llegar a mi vida. Ella sólo me observaba. Sonreía y observaba.

Nunca contestó a mis preguntas, sólo reía. La muy descarada me contemplaba con sus ojos inyectados de azul donde debería reinar el negro, con su larga melena verdusca y perfumada a sándalo, con sus diminutas manos que giraban en círculos y desprendían calor y brillo, con la paz de su aliento.

No fue mi culpa, yo traté de ser paciente, le di tiempo para sus respuestas, y todo pasó tan rápido que aún no he recreado por completo el instante preciso en que le robé el último aliento, la última sonrisa y la última palabra que no alcanzó a articular.

Cuando alejé mis manos de su cuello, todo su cuerpo estaba rígido y demasiado azul; comenzaba a oler mal. Supongo que pasó mucho tiempo. El suficiente para asimilar lo que hice: matar a una hada. Matar la única ilusión que aún guardaba en la fría caja que guardo en el pecho.

En fin, espero que se corra la voz y no vuelvan a aparecer por aquí otros de esos fenómenos tan ridículos y pasados de moda. Confío en que la lista esté agotada. Ahora, me preocupo por encontrar un gran regalo para el intercambio de la oficina. Sé que, definitivamente, no será una hada. Creo que estarán bien un cepillo de dientes eléctrico y naturaleza muerta, tan muerta como el hada que enterré en la maceta del rincón y que ha comenzado a florear azules campanas musicales.



# Víctor Chandley, multiasesino

Jorge Sánchez Jinez

Porque Jesús le había dicho: “¡Sal de este hombre, espíritu impuro!”. Después le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?”. Él respondió: “Mi nombre es Legión, porque somos muchos”. Y le rogaba con insistencia que no lo expulsara de aquella región.

Evangelio según San Marcos, 5, 8-10

## Víctor Chandley era su nombre.

Como todo personaje de cuento fantástico, provino de la imaginación. Resueltamente su autor decidió que caminara por un sendero hecho de polvo de estrellas —blanco, muy fino—, bordeado por piedrecillas de río que recordaran la piedra filosofal de los alquimistas, y pensó que de pronto encontraría un prado lleno de flores, a donde un aroma a nido de pájaro le

guiaría hasta una mujer que, nacida en una novela rosa del siglo antepasado, percibiría su figura encorvada.

—Buenos días, distinguida señora —dijo Chandley, e inclinándose hacia adelante hizo un gesto de cortesía.

—Buenos días —contestó en un murmullo la mujer, notando un aroma rancio en el hombre y advirtiendo algo de falso en sus palabras.

—Pasaba por aquí y me preguntaba si sería tan amable de ayudarme a encontrar algo que busco desde hace algún tiempo —colocó en la tierra un costal que cargaba en la espalda.

—¿Es un objeto? Si se trata de eso creo que resultaría complicado para mí ayudarle. Este día espero a mi amado, nuestro encuentro está pactado a la hora sin sombra —tras una nube de la bóveda celeste el astro amarillo se acercaba al cénit.

—No, no lo es. Más bien es una dirección —Chandley se frotó la barbilla con la mano derecha—. Seguramente mi autor, un jovial cuentista, ha tenido un problema y aún no me ubica en un cuento específico.

—Oh, ya lo veo. Esos descuidos no son del todo voluntarios, yo misma he sido víctima de ellos. La intención del autor, sin embargo, jamás es la de producir sufrimiento en nosotros los personajes, habitantes del espontáneo mundo de las palabras. Mi autor, por ejemplo, cuida de mí en todo momento, no hace sino inventar historias donde el paisaje es hermoso y la fealdad no existe. Usted sabe, utopías, mundos mágicos, lugares felices... —en ese instante un colibrí posó su vuelo en una florecilla cercana a los pies de la mujer—. Pero no se preocupe más. Sígame —le dijo ella y lo condujo a las postrimerías del

prado a donde un aljibe tenía adosadas en el pequeño techo cinco flechas de madera con inscripciones que indicaban distintos caminos.

Chandley levantó atentamente la mirada, encontró las flechas y leyó los títulos de cuentos memorables: “Alí Babá y los cuarenta ladrones” (anónimo, versión de Sir Richard Burton), “La cenicienta” (versión de Jacob y Wilhelm Grimm), “El patito feo” (Hans Christian Andersen) y “Funes el memorioso” (Jorge Luis Borges).

—No entiendo —dijo él, escueto, sin quitar los ojos de las flechas de madera. Se rascó las mejillas adoquinadas por una barba rala.

—Las flechas —le explicó ella, motivada por la parsimonia de la hierbabuena y la frescura de las acacias— indican historias a donde puede dirigirse. Si se decide por “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, usted se encontrará rodeado de hombres que guardaron un tesoro de joyas incontables. El tesoro fue robado por un hombre, la banda lo perseguirá, pero una mujer de nombre Morgana lo protegerá de distintos intentos de asesinato.

—Ahora entiendo, tengo buenas opciones.

—Usted decida, aunque debería tomar en cuenta que los primeros caminos lo llevarán a lugares ya explorados. Elija en función del autor —le recomendó la mujer, acomodándose el moñito azul que ordenaba su cabello.

Si él se dirigiera al primer cuento, su pecho luciría un collar de oro y en los dedos uno que otro anillo con un diamante en filigrana. Esa historia también le confirmaba la existencia de un

dios creador. No obstante de escuchar ambas realidades, decidió no ir por allí.

Por un momento pensó en llevar consigo a la mujer de este cuento, pero entonces entendió que ella le cuidaría los pasos, que ella se convertiría en Morgana y él en Alí Babá. De esta forma desechó tal opción porque temió disolverse en la figura de un personaje centenario y no ser más Víctor Chandley, quien ahora miraba una flecha, verde como las otras, pero sin inscripción alguna.

—¿Lo conoce? —preguntó él refiriéndose al cuento desconocido.

—Desde luego que no. Pero eso mismo lo hará interesante —la mujer se cubrió del sol con un chal que llevaba en los hombros.

—Tomaré el último camino, como usted dice.

—No se arrepentirá —reiteró la mujer alisándose el cabello lacio.

—Usted tampoco —pronunció Chandley con la voz disminuida como si hablara para sí mismo.

—¿Qué dice? —se dibujó en ella un gesto interrogante.

—Nada. Sólo me gustaría corresponderle con un objeto significativo.

—Es muy amable de su parte —la mujer se sonrojó un poco.

—No es nada —con ambas manos, como un niño curioso, Chandley rebuscaba dentro del costal.

Ella miró atenta cómo extrajo una bola de pelos color negro. A la mujer le recordó un mago que sacaba flores o palomas blancas frente a sus ojos de luna. Los dientes disparejos y los ojos

avizores formaron un gesto de maldad en el rostro de Chandley, que ella tomó, sin embargo, como un detalle bienintencionado.

—Le gustará —dijo él lanzando de inmediato la madeja de pelos en el rostro de la mujer.

Sin librarse de los hilos negros, ella echó a correr a través del prado. Pisando las flores, lastimando el tallo de un alto girasol por aquí, entristeciendo la ternura de una begonia por allá, deshojando margaritas —me quiere, no me quiere— se sintió como un gigante destruyendo un poblado, y lanzó gritos des-pavoridos cual golondrina viviendo en la agonía.

—¡Usted está enfermo! —repetía una y otra vez—. ¡Está enfermo de edgarallanpoenia! ¡Váyase de aquí!

Chandley disfrutó el acto de lanzar la bola de pelos a la mujer. Levantó una vez más la mirada, lentamente, hacia los letreros del aljibe, y tomó la dirección indicada en la flecha verde sin inscripción, porque el polvo de estrellas bordeado por las piedrecillas de río sólo continuaba por ese camino; los restantes eran de pasto seco y tierra endurecida. “Verde que te quiero verde”, susurró Chandley para sí mismo, pensando en el camino. Entonces un miedo secreto que había cargado hizo implosión, y su pecho se insufló alegre, riendo a carcajadas marcadas por el ritmo de la respiración alocada.

En aquel momento reculó hacia donde estaba el costal negro, negro como una herida, y al igual que aquel miedo, decidió abandonarlo en este cuento, para siempre. Levantó los brazos al aire, enderezó la espalda, se sintió ligero. El costal ya no le encorbaba la espalda.

Caminó por varios minutos preguntándose si esta vez el cuento al que llegaría sería el adecuado, el que él creía perfecto para sí mismo. El anterior le produjo rechazo. El cuentista que le infundió la vida sabía que Chandley necesitaba algo distinto, una historia que en todo caso fuera mejor que la del prado repleto de flores. Al cabo de un tiempo se distinguió un parque de diversiones. Allí vio la figura de un párvulo columpiándose.

Víctor Chandley se aproximó.

—Hola, niño —se colocó a un costado del columpio, divertimento metálico que desprendía un aroma de chocolate y fresas.

El niño no hizo caso del otro personaje. En cambio comenzó a disfrutar de un pirulí extraído de su bolsillo izquierdo, lo despojó de la envoltura y se lo llevó a la boca.

—Hola, niño, he dicho —dijo Chandley subiendo el volumen de la voz.

—No debo hablar con extraños —sentenció el pequeño, girando el rostro hacia un lado.

—¿Quién te ha dicho esa mentira?

—No es una mentira, es una forma de prevenir cualquier abuso —dijo el párvulo, infranqueable, seguro de no contradecir una recomendación elemental.

—Tonterías —Víctor chasqueó la boca.

—No diré más —dijo el párvulo.

Chandley se sentó en el suelo, a un costado del columpio a donde se mecía el niño, quien de pronto se detuvo y sacó del otro bolsillo una libretita azul y con increíble destreza ejecutó la

lectura de algo que parecían unas lecciones, al tiempo que cedía al embrujo hipnótico del pirulí.

—Luego del guion largo puedo decir lo que sea dictado por el escritor —dijo con entusiasmo y siguió con la lectura—. En cuanto el escritor lo ordene (en su ordenador) es menester (nótese la calidad del lenguaje) hacer mutis en la historia, sin importar si un personaje tiene o no deseos de hacerlo.

—Eso es pérdida de tiempo, niño.

—No lo es, Víctor Chaaandley —contraatacó el pequeño mirándolo a los ojos, mostrando su pericia, dotado de conocimientos secretos—. Este libro es el *Manual del personaje perfecto*.

—Tonterías, insisto. Tú deberías crear tus propias reglas y no hacer caso del escritor.

—Nooo —gritó el niño y se mostró medio enfadado.

—Yo, por ejemplo —dijo Chandley con un gesto de maldad—, creo mis propias reglas.

A sabiendas del poder que le permitió descubrir el nombre del personaje que tenía enfrente, el niño permaneció expectante, a la caza de un error sintáctico o una distorsión tipográfica. Luego de un momento, ambos sucedieron.

—dE ese libvritoh las palabras no obvedezcas —repuso Víctor, y de allí en adelante cambió su manera de hablar.

El rostro dulce del niño mutó a uno invadido de miedo: percibió una indudable sedición en contra del lenguaje.

—Usted no debería estar en este cuento —dijo titubeante. El pirulí cayó al suelo y con él la intención de aplicar un correctivo lingüístico.

—eStoy y eso ya representah que del escritor la vboluntad sobvre mí no eStá siempre.

—Pero, pero... —tartamudeaba— podría llegar en cualquier momento y desaparecerlo. Es muy arriesgado lo que está haciendo.

—yO así no lo creo. mIra cómo las palabras destrozó y a desaparecermeh de la existenciah nadie ha venido. mIra cómo gritando estoi y no cambia el mundo.

De pronto aparecieron unas lágrimas incipientes en los ojos del niño.

—¡a llorar ahora vas, me faltabah sólo eso!

—¡Señor, por favor. Mi escritor dice que los personajes debemos hablar de acuerdo con reglas sintácticas y usted está incumpliendo ese mandato —le mostró el librito al hombre— ¡Léalo, léalo! —dijo e invadido de tristeza y miedo se soltó a llorar; las lágrimas brotaron de sus ojos como de una fuente.

—yO queremos jugar con el lenguaje, y tú no capaz eres de impedirlo —se burló, trazando un juego incongruente entre el sujeto y el verbo, al tiempo que metía la sintaxis en un caleidoscopio alrevesado.

—¡Inconcebible! —injurioó el niño, adjudicando la palabra inconcebible al hombre que tenía enfrente, así como al acto mismo que ejecutó por medio de las palabras, las sabias palabras.

Sin otra cosa más que decir, Víctor Chandley hizo mutis en esta historia.

—dE aquí me largo. uN mui ingenuo niño eres —le recriminó al personajito y sus pies retomaron la ligereza del polvo de estrellas.

Caminó, de nuevo, por largo tiempo y al cabo de estas palabras llegó a un cuento cuyo escenario era una ciudad iluminada con luces mortecinas, emitidas por faroles sujetos de los altos postes a cada orilla de las calles.

Los autos abandonados, aparcados eternamente en el olvido de una callejuela descuidada por la gente, lucían desprovistos de llantas o chimuelos, debido al cristalazo dado por un ladrón fugaz. Cacharros de metal estrujando el aire, bolas de papel tiradas al piso; los autos abandonados de esta ciudad eran costras del paisaje urbano.

En una esquina, que practicaba el divertimento del eco con el miau miau de un gato y mostraba un aquelarre de sombras, se desarrollaba la siguiente escena.

—¡Te lo advertimos una vez más, Federico, suelta el arma! —dijo un policía ayudado por un altavoz.

—Ni en sueños. No lo haré —Federico tenía un par de niños amarrados por la espalda, sentados en el piso, con gruesas cuerdas junto a él; con un revólver colt apuntaba a uno de ellos.

La combinación de las luces azules y rojas de media docena de coches patrulla se veía en esa cuadra de la ciudad.

—¿Qué sucedió con las cámaras de televisión? —preguntó, colérico, Federico; media hora antes había pedido la llegada de reporteros para filmar el trueque de los niños por un rescate de cinco de los grandes que pidió a cambio de ellos.

—Pronto llegarán —dijo el policía encargado de hablar con el altavoz, un hombre alto, grueso de cuerpo.

—Mi paciencia es débil —Federico quitó el seguro al revólver en actitud de jalar el gatillo; los policías lo notaron y el miedo se sembró en sus rostros.

—¡No lo hagas! —se escuchó del altavoz; el hombre se rasaba con nerviosismo la barba de candado.

Parecía que Federico no hubiese visto los rostros desesperados de los policías ni escuchado la súplica salida del altavoz. Entonces paseó el arma por la piel del niño, la acercó a su cuello y estuvo a punto de disparar.

—Si yo tú fuerah me detendría —una voz masculina rompió el juego en ecolalia del miao miao.

La inesperada llegada de Víctor Chandley y su forma de manipular el lenguaje fueron percibidas por los personajes.

—federico, ¿al policía escuchaste no? —preguntó Chandley, que se había ocultado en un callejón cercano a la escena.

Algunos murmullos se escucharon entre los policías.

—¡Ese tipo está loco!

—¡Qué poca conciencia!

—¡No tiene idea de lo que hace!

—¡dE aquí muévete, diablo pobre! —falto de temor, Chandley desató las cuerdas que atrapaban a los personajes. Luego en tono sarcástico agregó:—qUe los niños se acerquen a mí, dejen.

—Eres un idiota —Federico le gritó en la cara al bienhechor.

De pronto, el policía del altavoz se acercó a ellos y le dio un empujón a Chandley.

—Eres un grandísimo idiota. ¿Alguien te llamó aquí?, ¿por qué demonios te entrometes en un cuento que no te corresponde? —el policía estaba furioso; los párpados inferiores de los ojos le temblaban.

—Ese niño debía morir —le gritó Federico—. Eran los deseos del escritor de este cuento.

—yA, ya, para tanto no es.

—¿Por qué no te largas?

—mE iré yo, pero una especieh de recuerdo dejar devbo antes. uN personajeh como yo no irse puede así como si pasarah nada.

—No dejarás algo tuyo aquí. Te acabaré con mis propias manos —Federico lanzó el revólver al suelo y en su lugar enseñó un escalpelo que llevaba oculto en el pantalón.

Le atrapó el cuello a Chandley con un brazo en un intento de asfixiarlo. Tras cada palabra el dolor se volvía más intenso. La piel de Chandley se tornó roja y luego morada como una función de luces; entonces, hasta que se tornó verde, soltó un bufido lastimero.

—mE dueleh pocoh, un poco sólo —masculló el agredido, que sacando fuerzas de quién sabe dónde, empuñó el escalpelo con fuerza y lo clavó en la costilla izquierda de su contrincante, sacándolo con rapidez; se tomó tiempo para recobrar la normalidad en la respiración— ¡eSo y más un poco te mereces, yo somos invencible! —le gritó al cuerpo sin vida tirado en el suelo.

Se pasó por los labios el escalpelo, sanguinolento, y una vez limpio lo lanzó contra el cuerpo inerte de Federico. Los policías enmudecieron: no sabían cómo actuar. Jamás habían presenciado que un personaje matara a otro personaje sin el permiso previo del escritor de modo tan sangriento en una historia. Se quedaron boquiabiertos, respirando lentamente, atrapados por una especie de miedo. De forma inconsciente, los policías miraron al asesino. Ninguno se atrevió a acercarse a él. Lo dejaron ir, temerosos de ser víctimas de alguna artimaña de un personaje tan imprevisto. Chandley corrió por la calle y dobló en una esquina; se perdió en un callejón inextricable y no se detuvo hasta cansar un poco sus energías. Dio al fin con un vasto parque en cuyo centro se erigía una biblioteca. Desde lejos miró sus paredes de granito y ventanas límpidas que dejaban relucir cuantiosos volúmenes. Al llegar a la entrada abrió la puerta.

Se admiró de la soledad de la biblioteca: filas de estantes con libros para acoger su capacidad de destrozo.

—¡uNa sorpresah todah! —dijo lleno de júbilo al ver un libro con la siguiente ilustración en la portada: un hombre de pobres carnes sosteniendo una adarga, ataviado con una armadura, montado en un caballo flaco; ambos, animal y hombre estaban acompañados por otro (por otro hombre) regordete, barbado y bonachón, que, a juzgar por su postura corporal, hacía de escudero a quien montaba el animal.

Tomó el libro y, aprovechando su condición de personaje central, lo leyó por completo. Descubrió que aquel hombre vivía conforme a una idea loca de ser caballero andante, combatir

molinos, caravanas y cualquier malandrín; todo eso en aras de la justicia. El protagonista de ese libro paradigmático, por alguna razón inexplicable, le pareció aburrido. Descubrió que el libro se componía de dos volúmenes. Entonces arrancó de tajo el segundo, lo echó al contenedor de material reciclable, y el primero lo modificó de tal forma que, en los capítulos iniciales, el protagonista moría a causa de un traumatismo craneoencefálico, materia gris expuesta.

Chandley se divirtió al modificar la historia de un libro que él no conocía como el más clásico entre los clásicos, y de esta forma cambió también el contenido de muchas historias, mutiló otras cuantas dejando inconclusas obras maestras de la literatura, anuló los nombres de autores reconocidos, y para finalizar la barbarie tergiversó novelas y textos ilustres, quedando éstos con títulos como: *El extraño caso del Dr. Gulliver y Mr. Hyde*, *Veinte poemas de amor y un principito desesperado*, *Las mil y una Iliadas*, *Así hablaba Harry Potter*, *Cien años de Kama Sutra*, y así propició otras alteraciones literarias que por su extraña composición de palabras o estafalario contenido resultan ininteligibles. Mantuvo los destrozos hasta fatigar los estantes, luego el cansancio lo contuvo. Buscó una silla en la biblioteca, caminó entre los estantes sin hallar alguna; fue cerca de la entrada, a un lado del recibidor, donde encontró una, encima de ella reposaba un libro, lo tomó entre las manos, se sentó, lo hojeó hartamente extrañado por la suavidad de sus pastas y hojas; de pronto lo cerró.

Encontró el título en la portada, lo leyó: *Víctor Chandley, multiasesino*. Advirtió su propio nombre en el título, y aunque tuvo la idea de destruirlo como los otros, alguna emoción

secreta y su propio nombre impreso le advirtieron que no lo hiciera. Harto emocionado entonces buscó desesperadamente el nombre del autor, deseaba conocer quién era su dios, el autor de todos sus días y sus palabras. Imaginó la emoción de tener un padre frente a sí, o al menos saber de él, como sucedió con la mujer nacida de la novela rosa o con el niño aleccionado en las artes del personaje perfecto... En esos pensamientos estaba cuando escuchó un tumulto de pasos fuera de la biblioteca. Miró por una de las ventanas y vio apostados a los policías del cuento anterior.

—¡Tienes una orden de detención en tu contra! —gritó el policía que antes tuvo el altavoz.

Víctor salió del edificio.

—¿sOn cuáles los cargos?

El policía aún mostraba un poco de temblor en los párpados inferiores, a pesar de lo cual leyó las acusaciones.

—Sedición contra el lenguaje, maltrato de un personaje infantil, allanamiento de cuentos ajenos, asesinato sin el permiso previo del escritor, evitar la muerte de víctimas predestinadas, y edgarallanpoenia.

—¿eDgarallanpoeniah?

—¡Vamos, Víctor, recuerda a la señora a la que lanzaste una bola de pelos de un gato negro!

—¡dEmonios! —por un instante Chandley se vio preocupado, no podía creer que esos policías hubieran conseguido filtrarse hasta la biblioteca, no lo entendió, pero estaba dispuesto a afrontarlo— ¿dEtenermeh piensan?

—Desde luego. Cuanta menos resistencia opongas todo será más rápido. Sólo te ataremos, subirás al coche patrulla, y recibirás instrucción literaria.

—¡nUncah! —gritó ahora, convencido de su inocencia, al tiempo que urdía una estrategia de escape—. Mañanah no hice nada que castigado ser deba. aYer mismo de ustedes escaparéh.

—Deberías entregarte. Ya te han preparado un castigo justo en la escuela: lectura de textos clásicos, vivirás la recapitulación de tus historias tres veces al día, antes de comer y después de ir al baño; comerás frutas y verduras; pero, sobre todo, estarás obligado a vivir en la poesía, te convertirás en el hijo pródigo del creador y estarás atado entre un verso tejido en filigrana y dormirás en camas de aguanieve —dijo el policía, que en este momento se descubrió como un bibliotecario frustrado.

—¡hOrribvle suenah! —dijo mofándose—. yO ero un personaje invencibleh. aYer mismo escaparemos de ustedes.

—Víctor Chandley, será mejor que nos dejes colocar nuestras esposas en tus muñecas, porque esto será como dar luz al arcoíris o apagar la luz del cielo y colocar la luna como un moño a una princesa —dijo un segundo policía, descubriéndose así un segundo bibliotecario frustrado.

—mE algoh diceh que ustedes con A la escuela iré no —dijo manejando a su caprichoso antojo la sintaxis de este diálogo. Y en un ataque de histeria gramatical agregó:— ttiempos seremos el de yo mejor lOs personajes todos. Detenermeh momento puede nadie en este. Soy soy yo el que. Una recapitulación o cualquier castigo no me harán daño, porque yo pertenezco a este cuento. Yo soy Víctor Chandley, multiasesino.

—Chandley Víctor pronunció seguro mismo de sí, como en tiempo mucho lo había no sentido.

—¡Eso crees! ¡Atrápenlo! —gritó el bibliotecario frustrado a cargo de la detención y junto con sus compañeros corrió tras el acusado, quien volteó de inmediato a la biblioteca, mirando la siguiente leyenda en una pared antes de cruzar el umbral de la puerta que luego se cerró:

FIN

Al ver aquello, los policías bibliotecarios frustrados intentaron entrar, forzaron la perilla y golpearon los goznes, pero sus intentos de nada sirvieron: la puerta estaba atrancada. Lanzaron guijarros contra los cristales, que no cedieron: el cuento había terminado. No sabían qué explicación iban a dar cuando volvieran a donde les exigieron la captura de ese personaje sedicioso.

del libro aquel que de Chandley el nombre tenía, el pie de imprenta —que contiene el nombre del autor— el editor omitió por un descuido fatal, y irremediablemente Chandley Víctor escapado de la justicia había.

## Los zapateros

Omar Gómez Díaz

—¡Quítate, que vengo bien enojado! —le gritó el Loco al Cuasi y le dio un empujón que lo mandó al suelo y le tiró la tinta para zapatos en el mandil.

—¡Chale, baboso!, ¿qué te pasa?, ¿ya viste lo que me hiciste? Me lo había regalado mi jefecita, ora me lo pagas —comenzó a chillar el Cuasi mientras trataba de limpiar su mandil con una franela.

—Ya deja de estar fregando, que no tengo tu humor —dijo el Loco.

—¿Pos qué traes pues? —preguntó el Cuasi, limpiándose.

—La Chabela es una méndiga.

—¿Qué te hizo?

—Casi nada, la acabo de cachar con el Moco.

—¿El de la carnicería?

—¿Qué, hay otro?

—No manches, ese cuate está bien cucho.

—Pus con él...

—¿Y qué le vas a hacer?

—¿Yo?, ¡que se friegue! Si le gusta el aguayón y las patitas de puerco, que se lo quede.

—Tas ardido, eso es lo que tienes.

—Bueno, y ultimadamente, ¿a ti qué?

—No seas como yo era antes, te pasas de bestia, me cai; yo que tú iba y mataba al baboso del Moco enfrente de ella, para que sepa quién manda.

—Sí verdá. Me cai que orita le clavo la charrasca de cortar suelas, esa está bien filosa, se la revuelvo en las tripas y se va a ver bien vaciado, saliéndose lo seboso por la panza. Y aquella viendo, porque no la voy a dejar que se vaya, me tiene que respetar la canija... ¡Ai me cuidas el changarro, y ya no fíes nada ¿eh?!

El Loco, haciendo honor a su nombre, salió con el filo en las manos y la sangre en los ojos. Salió con el paso de quien va a cobrarle una deuda a alguien que se acaba de sacar la lotería. El Cuasi lo miró salir lleno de admiración, asombro y temor de sus propias palabras. Se lo imaginaba lleno de sangre del carnicero, tragándose su corazón, sacándole los ojos —bueno, a los catorce años, la imaginación es tan pródiga como la cantidad de películas que se va uno a ver al cine— y a la Chabela abrazando al glorioso Loco que la despreciaba por infiel.

Como a los diez minutos, el Loco se asomó vacilante a la puerta de la zapatería, traía el abdomen rajado y los intestinos de fuera; el Cuasi, aterrado, trató de auxiliarlo, pero el Loco lo apartó con una mano y fue a recargarse al mostrador. El olor a excremento era insoportable.

—¿Qué te pasó? —le preguntó el Cuasi en lo que era casi un grito.

—Sacó el machete —dijo el Loco agarrándose las tripas.

—Y la Chabela, ¿qué hizo?

—Ya déjala, ya no la quiero —alcanzó a susurrar el Loco y se desplomó sin vida.

Afuera, la bola de curiosos no se hizo esperar.



## Soñar con osos polares

Arturo J. Flores

Esperó un año completo para ponerse aquella corbata a rayas y ahora no recordaba cómo anudársela. Su papá había muerto muchos años atrás y no tenía a quién preguntarle cómo hacerlo. Iba en el tercer intento y se le hacía tarde, pero Samuel quería que todo luciera perfecto, así que trató una vez más. Había planchado el pantalón la noche anterior, aunque lo guardó desde hace mucho en un lugar donde no pudiera arrugarse. En el último año comenzó a caérsele el cabello, así que decidió utilizar una boina.

Karen abrió la puerta y casi no fue capaz de reconocerlo debajo de toda esa ropa. Lo invitó a pasar y ella misma le ayudó a quitarse el abrigo, la bufanda, las orejeras y los guantes. Cuando por fin apareció el rostro de Samuel entre aquel

montón de cosas, la muchacha le dio un beso en la boca. Los labios del hombre estaban helados.

—¿Quieres un café?, todavía es temprano —dijo ella y se encaminó hacia la cocina sin esperar la respuesta.

Samuel accedió, aunque por dentro hubiera querido que se fueran en ese preciso momento. Al final recapacitó, de cualquier manera había apartado los lugares desde hacía un año. Le costaron una fortuna, pero valían la pena. Se sentó en uno de los sillones de la sala.

Mientras Karen volvía, Samuel se quedó mirando los osos polares. Nunca supieron quién compró ese cuadro, pero había estado en la familia de su novia desde hace tanto tiempo que ni siquiera su abuelo lo recordaba. No era la gran cosa, pero él se sentía enamorado de la pintura. Representaba a dos osos polares que descansaban encima de un bloque de hielo. Cuando ella se convirtiera en su esposa, quería ponerlo en la casa que comprarán.

—Toma, corazón —expresó Karen mientras le extendía la taza.

En ese momento, Gabriel, el hermano menor de la muchacha, entró en la sala.

—¿Van a ir, verdad? ¿Cómo le hiciste, pinche cuñado? Debes haber estado pegado a la computadora durante meses para conseguir esos boletos.

Samuel le devolvió una sonrisa que provocó otra en Karen. Era una ocasión especial. Lo había planeado desde hacía mucho tiempo. Hoy le pediría matrimonio a su novia.

—Ni pedo —dijo Gabriel—, yo tendré que verlo por televisión.

Camino al mirador, se apreciaban interminables filas de automóviles. También una peregrinación de personas deseaba acercarse. Miles de policías se hacían cargo para que las cosas no se salieran de control. Cada año, los científicos se daban cita en el mirador para atestiguar el fenómeno. Tomaban notas y fotografías. Las principales bandas de rock ofrecían conciertos previos al espectáculo y los hombres más poderosos del país tenían reservados los mejores lugares. En éste y otros puer-tos de la tierra.

Se lanzaban sólo unos pocos boletos a la venta. Contadas emisoras de radio se daban el lujo de obsequiar alguno entre sus escuchas y a los enfermos terminales se les permitía pre-senciarlo sin costo.

Cuando Samuel y Karen estaban formados y se acercaban a la valla que los separaba del mirador desde donde se podía ver la playa, comenzaron a escuchar gritos.

Tres policías sometían a un hombre.

—¡Suéltenme, hijos de la chingada!

—¡No traes boleto, tú te vas a chingar a tu madre!

Cuando pasaron junto a Samuel, el tipo logró zafarse y se abrazó a él. Samuel no supo qué hacer.

—¡Te lo juro, hermano! ¡Hubo una época en que él brillaba en lo alto todo el tiempo! ¡Nosotros tenemos la culpa de que nos abandonara! ¡Todos lo saben!

Los policías sujetaron al extraño y lo jalonearon hasta que soltó a Samuel.

—¡Pero él volverá para reclamar su reino!  
Se lo llevaron. Samuel se alisó la gabardina.  
La pareja se abrazó.

—¡Guau! ¡Esto es la locura! —dijo Karen, que poco a poco se iba recuperando del susto.

—¡Avancen, por favor! —les dijo otro policía—. ¡Sus localidades en la mano!

Veinte minutos después, ambos habían encontrado sus lugares. El gobierno había dispuesto tribunas especiales que rodeaban los lugares de honor. Esas butacas, como las que ocupaban Karen y Samuel, son las que una empresa privada se encargaba de vender.

—Ese loco, ¿qué te dijo? —le preguntó ella.

Él le respondió, inquieto:

—Era uno de esos que cree en la Teoría.

Karen esbozó una sonrisa y volvió a mirar al frente, a donde se veía el mar helado y las gruesas nubes apretadas de siempre. Se sentía mucho más frío aquí que en el resto de la ciudad.

Samuel observó esas nubes y dos de ellas le parecieron osos polares retozando encima de un bloque de hielo. Había una teoría, cada año los periódicos la consignaban, según la cual hace muchísimos años hizo calor en la Tierra, pero por razones desconocidas dejó de suceder. Ahora el Sol salía únicamente diez minutos al año y sólo era visible en muy pocos lugares sobre el planeta. Era el momento en que la brisa soplabla tibia. El astro se elevaba desde el mar y hacía un breve recorrido, antes de apagarse igual que la llama de una vela. El planeta entero lo

seguía por televisión. De hecho, era una de las pocas veces que la encendían porque la electricidad y el resto de los combustibles eran muy caros.

Por el sonido se anunció que restaban muy pocos minutos para que iniciara el fenómeno y Samuel sonrió complacido. En su corazón hubiera deseado que las cosas fueran al revés y tal vez existiera un universo alterno en donde así fuera. Ahí nunca estaría nublado. Entonces tendría sentido haberse puesto aquella corbata a rayas, porque no traería abrigo que la cubriera. Quizá ahí hiciera calor todo el tiempo y únicamente, durante diez minutos al año, soplaría el aire helado.

Pero hoy saldría el Sol en éste, su mundo, y en esos diez minutos le pediría a Karen que se convirtiera en su esposa. Eso era lo único que importaba.

Se metió las manos en el bolsillo y sintió que su corazón se detenía. Ya no estaba el anillo.

Pensó en el tipo loco que lo había abrazado. Él se lo habría llevado.

Samuel se puso de pie sin pensarlo y comenzó a correr hacia la entrada.

Alcanzó a escuchar a Karen que le gritaba, pero sólo volteó para decirle, con señas, que no tardaría en regresar.

Cuando llegó con los guardias de la entrada, comenzó a explicarles atropelladamente que necesitaba salir a buscar a una persona.

—Si abandona el mirador, no puede regresar, aunque tenga boleto.

Pero a él no le importó y se lanzó a la calle. Gritaba desesperado en medio de esa multitud cubierta con abrigos, bufandas y cobertores. El gobierno había instalado pantallas para mirar la salida del Sol y miles de familias se habían ubicado en tiendas de campaña, para seguir el fenómeno. Se improvisaron fogatas.

En su carrera, Samuel se estrelló contra un hombre enorme.

—¡Fíjate, pendejo! —le dijo el tipo, con aliento a brandy.

Samuel no quiso hacerle caso, pero el borracho le cerró el paso.

—¡Dame tu abrigo! ¡Tengo frío! —le ordenó.

Como no obedecía, el hombre empujó a Samuel y lo tiró al piso. Después se sentó en su estómago y comenzó a golpearlo en la cara.

En ese momento, el escándalo que reinaba a las afueras del mirador, con los vendedores de vino y comida caliente, los algodones de azúcar y las camisetas alusivas al fenómeno, cesó. Todo mundo quedó como hipnotizado mientras en las pantallas iba naciendo un filamento dorado en el punto donde el mar y el cielo se juntaban. Poco a poco ese filamento se convirtió en una esfera de color naranja.

La gente continuaba hipnotizada, incluso el tipo enorme se quedó estático, encima de Samuel. Y él olvidó el anillo y a Karen. Aquello era lo más hermoso que hubiera visto jamás. Incluso que los osos polares del cuadro en la sala de la casa de su novia.

El aire comenzó a calentarse poco a poco, cada vez se sentía más como un aliento humano en las mejillas. Parecía que el tiempo se había detenido.

Alguien, en medio de la multitud, gritó:

—¡Ya pasaron once minutos!

Lo primero fue un suspiro generalizado, que derivó en el estupor total. Los gritos, la fiesta y el caos.

El calor iba en aumento y pronto hubo quien se atrevió, por primera vez en mucho tiempo, a quitarse el abrigo. Después, los sacos y las chamarras quedaron tirados por doquier. Hubo quien se tropezó con las bufandas que todos abandonaban. La policía estaba estupefacta y no detuvo a la multitud que se acercaba al mirador. La gente deseaba ver el espectáculo en primera fila. Algunos ya iban con el torso desnudo y se apretujaban a las orillas del mirador.

Así transcurrieron veinte minutos.

Samuel había regresado para buscar a su novia, pero ya no distinguía personas, sino un montón de cuerpos desnudos. El mundo era color carne y la gente se apretaba y bailaba con los brazos extendidos al Sol.

Después, el suelo comenzó a quemarles, incluso para quienes traían zapatos. El cielo era demasiado brillante para tener los ojos abiertos.

Samuel, como pudo, se subió en el cofre de un auto.

—¡Karen! —gritaba desesperado.

La gente empezó a tirarse al mar, para huir de ese aire que quemaba al respirarlo. Había pasado casi una hora con Sol. La

piel de muchos se había puesto roja y comenzaba a arderles. Algunos se retorcían en el piso.

—¡Vuelve a reclamar su reino! —gritaba una voz en medio del barullo.

Los cuerpos enrojecidos se desplomaban por el desfiladero hasta el agua y los gritos de dolor no dejaban escuchar otra cosa. No faltó quien aprovechó la confusión para robar. Samuel se bajó del coche y caminó hasta detenerse en la orilla del mirador y observó el cielo. Ya casi no había nubes. Los osos polares habían desaparecido.

Karen debería estar en donde estuviera el calor, porque él únicamente encontraba calor en sus abrazos.

Decidió tirarse también.

# Que qué me pasa

Ana Rocío Guzmán

¿Que qué me pasa?

Me pasa que no quiero saber más de ti.

Que no quiero empezar a preguntarte más cosas.

Más querré saber.

Más.

Me conozco.

Querré preguntarte qué pensabas cuando decidiste  
pensarme,

conocerme,

penetrarme.

Pensaré en los caminos de mi cuerpo. En cómo te revuelves en  
la cama, en cómo jalas las almohadas. Pensaré en tu manera de

gemir tan femenina y en la mía, tan masculina. Pensaré en los silencios. En el *ven para acá*. En las casas abriles y los señoríos de Chalco. Pensaré en que yo ya decía mamá y papá cuando tú viniste gritando al mundo con la primera bocanada de aire... y ahora, ahora tú me haces gritar mientras preguntas si es que me gusta penetrarte.

¿Que qué si me gusta penetrarte? Híjole. ¿No me oyes? Seguro en el video tomado con tu celular se oyen mis orales deleites pornográficos al diez por uno. Berreos del gozoso —glorioso— advenimiento. Me excita en varias escalas tónicas meterte mi pito plástico (se llama Pedro Páramo ¿sabes?) quien resbala divertido por obra del lubricante base silicón.

¿A cuántos más se los has hecho?

¿Celos? ¿Tan temprano? Si apenas hoy nos conocimos (y hoy es nuestra primera noche).

Tú eres el único —miento. Dulce me besas—. Quieres más ¿verdad? Qué bueno porque yo también.

:D

Más.

Más.

No quiero saber más de ti.

No quiero saber tu nombre completo porque entonces querré saber la historia de todos tus ancestros. La manija de la cama que se mueve, el lubricante que se asoma por los dedos y no queremos saber nada más que nuestro placer y nuestro placer que nos parece incompleto. Mañana dirás que te duele el vientre porque no acabaste y yo te pediré disculpas porque

cuando me vine la quinta vez ya sólo quería dormir (mas nunca dejar de mirarte).

Y tú, inesperadamente altote, tan abruptamente lindo, me tapas en esa fríisima madrugada de viernes con el abrazo de tu cuerpo caliente. Fuerte, contundente. No hago nada por quitarme las cobijas de encima que me enrarecen la respiración. Me aprieto como oruguita friolenta y dejo que poses mis manos sobre tu pubis recortado. Todas las veces que muevo las manos, las recolocas ahí. ¿Desde cuándo la lujuria pura dura a oscuras media luz alba amanecer nueve de la mañana?

Por eso no quiero saber nada más de ti.

Por eso ya no te busco en el teléfono y por eso nunca me he atrevido a marcarte para preguntar cómo has estado. Me espero paciente. Miento, nunca paciente. El ansia me carcome, me perfora los pulmones, esos que me hacías explotar del cansancio y mi condición de obesa fumadora. No puedo creer lo guapo que eres, ni lo alto. No puedo creer las horas que me levanto sobre ti y las veces que de placer me desbarranco. No quiero, no puedo seguir pensando que esto lo seguiremos teniendo a plazos. No quiero pensar que en unos días me llamarás y en otro sólo encontraré un amargo silencio amargo.

Por eso no te pregunto esa estúpida pregunta después de hacer el amor: ¿me quieres?, ¿mucho?, ¿poquito?, ¿algo? Porque quererte sería mi ruina y no la ruina inmediata sino la de muchos, muchísimos años. No quisiera preguntarte si me quieres y que me digas por compromiso: sí, algo. Mejor me

quedo con tu preciso abrazo, largo, largo, largo. Horas sobre la cama bajo el manto ingrato en una ciudad que nos mira poseernos y apenas mirarnos. Por eso no te pregunto si me buscarás mañana, el próximo jueves o hasta el viernes santo. Porque apenas ha pasado una semana de no verte y te juro que ya no me aguanto.

Por eso me duele, me duele tanto, que después de sesenta y ocho mensajes de texto en el celular, terminaste por silenciar ese hablar tecleado. Porque yo no tengo iniciativa. Una antigua maldición me dejó a destajo esta incapacidad de buscarte —mi amor— por miedo al rechazo. Porque esto que es sexo sin amor, no pudiste controlarlo. Qué ganabas con quedarte a dormir y de mí abrazado. Qué ganabas con expeler sin razón ese binomio artificioso. Qué ganabas con besarme de nuevo bajo el foco del baño. Para decirme otra vez: ¿le seguimos?, ¿recomenzamos?

Por eso ni siquiera te llamo por tu nombre y lo demás no quiero atesorarlo. Porque no tengo el valor de esto que vivimos, hasta sus últimas consecuencias empujarlo. Sólo una semana de no verte y me quema este cuerpo que no te ha buscado.

Ahora me queda ladrar mi frustración, con amigos, con extraños. Siento que un día de éstos, en mi fiebre, en mi delirio, hasta a mi marido voy a contárselo. (Soy reimpúbil para el sexo casual.)

## Los ojos del gato

Ernesto Adair Zepeda Villarreal

De a poco se disuelve lo que resta del sol en el horizonte, mientras la tarde se rinde al frío. El mismo que reptaba por entre las ropas hasta confundirse con el del alma, o al menos con esa sensación de fracaso que parece acompañarme siempre; como un espacio hueco. El alma solía significar tanto cuando las palabras todavía tenían importancia. Resulta difícil oler el aire a mi alrededor, enviciado e impreciso. Sin embargo, con claridad se descubre el aroma de la sangre suspendido en él. Se está extendiendo por la calle. De alguna manera siempre ha estado allí, con cada inhalación, a la espera. Mi cuerpo mismo huele a esa sangre. No tiene importancia saber de dónde viene ese vaho. Quizás emane de las mismísimas entrañas de la tierra, quizás sea cierto lo que dicen y huelga mi propia muerte. Me

siento exhausto, como si toda la vida hubiera estado huyendo de algo, y hoy, justamente hoy, no tuviera más alternativa que postrarme a ese destino desconocido. La noche cae.

En la esquina de la calle puedo ver un semáforo. Parece averiado. Al centro de la calle, su luz roja permanece estática, inamovible. Tengo un poco de miedo. Dentro de ese foco pareciera haber un iris que mirara fijamente. Algo así como un cíclope. Pero no cambia. No puedo ver ningún automóvil sobre el asfalto, ninguna luz encendida, ni a nadie. Sólo los edificios parecen reales; su deteriorada arquitectura se amontona a cada lado de la calle, como una mueca. Cada tantos metros las farolas dejan escapar de sus bombillos una pálida luz que cae en medio de toda esa oscuridad como un charco. El ojo del cíclope se mantiene inamovible, contemplando. Me escabullo por esos intervalos de luz y sombras que hay en el camino. Tengo que salir de este sitio.

Realmente estoy exhausto. No estoy seguro de cuánto tiempo he estado así, escapando de un enemigo sin rostro. Ni siquiera puedo asegurar que exista. Pero el miedo sí es real. Me ha acompañado desde hace tiempo. Permanece. Siento que en cualquier momento alguien vendrá de entre las sombras y se pondrá frente a mí. Es difícil estar seguro, ya que hasta hoy nunca ha venido. Sólo tengo esa sensación. La noche parece eterna. Jamás termina. No hasta que la luz del sol aparece sobre el horizonte, y llena con su furia ese vacío que son las sombras. Y siempre es posible que la luz no vuelva a aparecer... Mis piernas, mis hombros, las líneas que cruzan el rostro, cada insignificante átomo de mi materia se contrae. Me siento inmóvil,

pesado, torpe. Como si no perteneciera a la misma realidad que observo. Hay una distancia, lo sé, esa barrera invisible que no me permite estar en contacto directo con el mundo. Me siento ajeno a mí mismo, retirado, descontento con algo que es parte de mí, pero que no conozco aún, algo de mi esencia. Sé que mi cuerpo y mi espíritu están desconectados de alguna manera. No sé por qué. Algo en mi mente debe estar roto.

A ambos lados de la calle se levanta una sucesión de puertas desconocidas. La mirada se aturde con la seriación de números, que se extiende con la misma velocidad que los marcos. La vía es interminable. La frustración de no alcanzar el final de esas calles se apodera de mí. Únicamente puedo escuchar el chasquido de mis botas contra el suelo. No me detengo. Avanzo. Un poco de cólera se despierta en mi interior... si pudiera moverme más rápido. Pero es inútil. Dentro de mí hay demasiado peso, sedimentos acumulados tras los ojos, bajo la lengua... arrastro mi propio peso... y no hay manera en la que pueda escapar. El vaho se eleva desde las alcantarillas. Hay fantasmas en esos cúmulos de vapor que se pierden apenas los toca el viento. Necesito encender un cigarrillo. Por mi costado pasan sin detenerse las cuadras, atestadas de concreto y vidrios. Tengo que descansar. El tizón del cigarro palpita frente a mi rostro, apenas caen las cenizas.

Hace mucho frío. La carne en mis brazos se sacude con violencia. Está aquí. La brisa de la noche me ha encontrado finalmente y comienza a envolverme en su arrullo gélido. Toda la piel del rostro se tensa; en cualquier momento se va a rasgar. Los huesos son como navajas incrustadas bajo los músculos.

Tengo que seguir moviéndome. Aun el aire dentro de los pulmones se torna espeso. Es difícil respirar. El frío ya está dentro de mí. No debo detenerme ahora, no puedo permitirlo. Siento que me ahogo. El viento que pasa encima de mí me aplasta el cuello con su peso.

La noche se está cerrando. En la superficie de los pulidos cristales se ve el reflejo de lo que la luz toca. La claridad de esas imágenes es aterradora, casi como estar mirando los objetos reales de los que se desprende el reflejo, pero indefinidos y más vívidos. Las líneas curvas dibujan el contorno de las figuras, doblándolas hacia un centro único. Esas retorcidas versiones de la naturaleza me persiguen más allá de las superficies donde reposan. Dentro de mis ojos existe esa *deformidad*. No lo sé. Es posible que ésa sea la naturaleza exacta de dichos cuerpos y lo demás sea una mentira.

Estoy lo bastante cerca de una estación del metro. Supongo que ése podrá ser un buen refugio. Necesito alejarme de las calles, de la noche. A cada instante me siento más fatigado. Apenas y puedo seguir moviendo las piernas. Un túnel que corre bajo la tierra es un buen refugio. El aire me oprime el pecho. Respiro con dificultad.

Uno de los callejones por los que atravieso lleva a la entrada del metro. El olor es insoportable. También la basura a su alrededor lo es. Esos montones de papeles arrugados, los charcos dispuestos a las orillas de los muros, la distancia métrica entre cada piedra... Es difícil creer que alguien se tomara la molestia de acomodar con exactitud toda esa basura, pero es más difícil no creer que sea así. También la luz es

diferente, particular. No es que sea oscuro sino más bien pobre. Después de todo, la oscuridad es una ausencia. Aspiro con la mayor fuerza que puedo, pero quema. La laringe me arde. Sin embargo enciendo un cigarrillo. Camino lentamente, como si me arrastrara.

Bajo con cautela por los escalones. Reconozco la estación. Ya he pasado por aquí: no recuerdo cuándo o por qué, pero lo he hecho. Mis evocaciones más primitivas de este sitio son idénticas a lo que me encuentro mirando. Este lugar no cambia. Es constante a través del tiempo: las micas de las ventanas turbias, el polvo acumulándose en las esquinas, las verjas de hierro des pintadas que cortan los letreros. También yo soy un naufragio dentro de estos muros. Es posible que de igual manera yo también sea un ente constante, inmutable. Primero la oscuridad, la *mal formación* de las cosas, y ahora esto. Los músculos de la garganta se precipitan hacia el interior, ahogando los sonidos que tratan de ser palabras. No veo a nadie, sólo quiero escuchar mi propia voz. De un momento a otro creo sentir una mano que me presiona el cuello... mi propia mano. Camino hasta los andenes.

Debe de ser el cansancio. Es extraño. Dentro de mi cráneo hay una tormenta de vidrios rotos, de efigies fragmentadas que colisionan entre sí, cada recuerdo. Pienso en toda la gente que conozco, a la que creo conocer, pero me parecen tan lejanos, como si nunca hubieran existido, como si fueran tan sólo un recuerdo que no puedo saber qué tan cierto ha sido. Pienso en cada uno de ellos, sin dolor o euforia, sin compasión ni orgullo... Las personas que he conocido son mi familia,

lo que me define a través de ellos. También son mis amigos, los efímeros que he dejado marchar a plenitud de sus caprichos. Pienso en ellos... en cada uno de ellos... lejanos de toda existencia... Ajenos incluso a mí. Al igual que las figuras en la superficie de los vidrios, soy una construcción arquetípica que se deriva de los demás, soy una línea curva trazada en diferentes puntos. No existo si no es a través de otros. Los recuerdos se agitan dentro de mi cerebro. Y no tengo la certeza de que sean genuinos. Sólo la sensación de que algo no está bien. Si no hablo de ello, quizás no importe. Esta colección de fisuras e instantes es el vestigio de mi propia soledad. Un leve temblor en las manos va tomando fuerza.

Escucho el silbido del metro acercándose por el túnel. Me acerco al borde del andén...

Los brazos cuelgan sin gana. Un escalofrío atraviese mi cuerpo hasta disiparse en la punta de los dedos. Ya casi llega hasta mí la furia cinética de los carros del Metro. Creo que hay un único orden dentro del universo. No es una revelación, es más bien como recordar los pequeños detalles que omití del todo. Lo más importante son los detalles, siempre.

Siento cómo la oscuridad va rodeándome aunque no la veo. Ausencia. La atmósfera se coagula. Es difícil mantener los ojos abiertos. El suelo se transmuta en una masa líquida. Me hundo en ella. Tengo miedo. Creo que me estoy durmiendo. La vista se nubla, y yo, sólo me dejo caer.

Y caigo...

Y caigo...

Y caigo...

Despierto. Apenas ha sido un parpadeo, pero el cuerpo se siente completamente entumido. Miles de cosas rondan por mi mente. La mayoría no son importantes, quizás ninguna lo sea. Los ojos reconocen el sitio donde me encuentro. Es la misma estación de antes. Pienso un movimiento en los dedos, y éste ocurre. Parece lento. La idea del tiempo me incomoda.

La lengua sabe como a sangre. Un flujo eléctrico llega hasta el cuello, luego se disipa. Una y otra vez emerjo de la nada, pero no pierdo la conciencia. Tengo que esperar a que cada fragmento de mí se reúna nuevamente, a que me sienta completo. Espero tendido sobre el suelo del andén.

Algo toca mis dedos. Aparece de la nada. Los lame. Yo permanezco acostado boca abajo, el pecho contra las losas pulidas. Tengo los ojos abiertos, y sin embargo no lo puedo ver. Es una figura borrosa. Hasta mis oídos llega un arrullo muy débil. Está en todas partes, incluso en mi cabeza.

La claridad retorna a mis ojos. Todo en la estación parece seguir igual. Quizás la luz es lo único que ha cambiado, se ha empobrecido; reducida hasta ser un simple fulgor agotado que escurre de las paredes. Lo que me lame las manos es un gato. Está acostado a mi lado y es pequeño. No es un cachorro, simplemente es pequeño. Eso parece. La tonalidad rosada de su lengua resalta por el lustre negro de su pelaje. Él me mira, con sus ojos pálidos, fijos en los míos. Fue él quien me despertó, quien me trajo de vuelta de la ingravidez del sueño. Es un pequeño gato negro, tan pequeño...

Los músculos me arden. Hago un gran esfuerzo para incorporarme. Es difícil. Parecería que fuera la primera vez después

de mucho tiempo. Me levanto. El felino mantiene su calma. No parece asustarle mi presencia, mis movimientos. Ronronea con naturalidad. Por un momento creo reconocer ese sonido. Hay una especie de familiaridad entre él y yo, algo así como una simpatía, o cuando menos, la predisposición de una. El gato también se levanta. Nunca deja de verme. Estiro las piernas. Camino un poco a lo largo del andén, luego regreso sobre mis pasos. Adonde voy el animalito me sigue, siempre ronroneando. No sé por qué pero su ronroneo parece hueco. No se ve feliz ni descontento ni nada. Simplemente ronronea como si no supiera otra cosa más que hacer.

Los movimientos me siguen pareciendo torpes, demasiado lentos. Sé que aún es de noche, mas no tiene relevancia. El tiempo ahora es para mí como una diminuta esfera, en cuyo centro estamos perdidos. Es así. Estamos atrapados. La profundidad de esta soledad rebasa los límites naturales que en mi cuerpo existen. Es infinita. Todo un océano que se aleja en miles de direcciones, a diferentes velocidades, en diferentes momentos. Sólo somos el gato y yo, uno junto al otro. Abandonados a la contemplación de una realidad fragmentada. Tengo que encontrar la salida. Regreso sobre mis pasos.

Los primeros pasillos se parecen demasiado unos a otros, más de lo que recuerdo. Continúo buscando. Una habitación conecta a otra, y a otra y a otra. Siempre es el mismo pasillo, una variación dentro del mismo espacio. No sé cuántas veces recorro mis propios pasos. Pero siempre son los mismos pasillos a los que termino llegando, de diferentes direcciones, en diferentes formas. Y todos ellos desembocan en el andén.

Es como atravesar cada fragmento de un espejo roto. Avanzo, avanzo, avanzo, y siempre tengo detrás de mí el andén, desde donde me observa el gato. Daría la impresión de que todo lo demás ha desaparecido, con excepción de este laberinto subterráneo. No existe una salida. No la encuentro. Quiero apartarme de este sitio, huir de sus desgastados muros, distanciarme del andén despoblado y del felino. Pero dondequiera que voy, él ya está allí, observándome en silencio.

Su ronroneo delicado permanece dentro de mi cabeza. Es inútil. Todos los corredores, todas las escaleras, los puentes, las puertas, desembocan al mismo lugar. Tengo miedo. Miedo y la sensación de que ya no hay nada más que esto. El andén es el centro de este caótico mundo de pasajes y repeticiones... Me doy la vuelta y camino hasta el final de este pasillo, donde está la puerta del andén.

El mundo ha desaparecido. Tiene que ser él quien se haya desintegrado con la oscuridad. No puede ser de otra forma. La lengua sabe a sangre, pero no tengo sangre en el rostro, ni en la boca... quizás cuando me dejé caer.

Lo sé. Solamente restamos nosotros dos para contemplar esta tragedia. Me detengo, dejo de correr. No tiene sentido seguir intentándolo. Tengo que resignarme a esto.

Los maullidos del felino llegan desde todas las distancias.

Sin hacer ruido llega un carro hasta el andén. No me sorprende que no haya un conductor dentro de la cabina, sino oscuridad. Todo el tren contiene en su interior las sombras silenciosas que desde siempre me han perseguido. El felino comienza a caminar en círculos a mi alrededor. Cruza por

mis piernas con una especie de ternura. Parece que le agrado. Todo ha terminado. Lo sé. Fuera de esta luminosidad pobretona y ufana, nada queda. Ya no pertenezco al mundo que creo recordar.

Las puertas de los vagones se abren. El minino permanece frente a las puertas, mirando lo insondable. Las sombras en su interior son como una niebla que no puede salir del perímetro de las puertas. No quiero entrar, pero lo tengo que hacer. El gato me mira, maúlla con insistencia y penetra hacia el interior del vehículo. Temo a lo que haya más allá de esas puertas de acero, a lo que hay en la profundidad del túnel que se extiende infinitamente. Pero no puedo permanecer aquí. Yo no pertenezco a este laberinto subterráneo. Después de todo sólo estoy de paso y éste es mi vagón.

Camino hasta la entrada por donde desapareció el gato, sus maullidos continúan dentro de mi cabeza. Me adentro en la oscuridad. Las puertas se cierran. La violencia del timbre llega hasta mis oídos para avisar la salida. El tren se pone en marcha suavemente mientras nos internamos en la lobreguez del túnel. El ronroneo del gato no cesa. Muy atrás quedan los vestigios de aquel andén en el que dejé ir todo cuanto era, todo cuanto creí que era. Nos alejamos con la oscuridad que nos cobija. Apenas alcanzo a notar el brillo de sus ojos apagándose.

## En la esquina neutral

Alejandro Solano Villanueva

Sintió que se le recrudecía la cólera;  
los ojos le centellaron terriblemente,  
como llama, debajo de los párpados;  
y el héroe se gozaba teniendo en la manos  
el espléndido presente de la deidad.

*La Ilíada*

Y se quedó solo en el vestidor. Antes de la pelea todo mundo especulaba. Que va a ser como Julio o como el Púas. A mí me dijeron que tiene una pegada como la de Mano de Piedra; no, pues así ni Pepe el Toro le rompe la madre. Ahora, afuera, en la arena, Andrés escucha una jauría de comensales encarnizados que reclamaban su pobre actuación. No podía pensar. No quería pensar. Casi parpadeaba por impulso, y cuando cerraba el ojo izquierdo venía a su memoria el rostro moreno del cubano.

El dolor se volvió más punzante. De momento sintió un tremendo sopor que terminó por tumbarlo en la mesa donde estaba sentado.

Una y otra vez, las palabras de Macario retumbaban en sus oídos. Pendejo, eres un pendejo. Se mezclaban con los gritos y las rechiflas que se escuchaban a su alrededor. Se llevó las manos a las orejas y desesperadamente intentó darse la vuelta para no oír el concierto de insultos que giraban en círculos concéntricos sobre su cabeza. Cerró los ojos y lanzó un tremendo grito que asustó al mismo eco del vestidor solitario. ¡A la mierda! ¡Váyanse todos a la mierda!

Sin esperarlo, sin presentirlo, los sonidos fueron tomando forma y se convirtieron en la mirada café de Macario. Asustado, Andrés volvió a abrir los ojos. Se sentó con un movimiento brusco en la mesa y comenzó a sudar; más que en el ring, más que frente a la pera, el sudor recorría la frente, los párpados, la nariz, el pecho, como aquella primera vez. No sufras chamaco, no sufras. Sufrir es para los pendejos, siempre le decía Macario; enjugaba sus lágrimas y besaba sus ojos y lo arropaba entre sus brazos.

\*

Su padre lo había llevado por primera vez al gimnasio. Recordaba vagamente que era el mismo donde de pequeño esperaba horas enteras a que Macario y Felipe dejaran de entrenar: siempre fueron buenos amigos. Después de cada sesión de *sparring* el entrenador los llamaba, los corregía y después los

mandaba a bañar. La madre de Andrés decía que Macario era una mala influencia. Si no lo sabré yo; seguramente se lo lleva con las *güilas* de la Merced; si no lo sabré yo que duermo con él cada noche. Y Andrés escuchaba sin nada qué decir, aunque siempre le pareció gracioso cómo su madre pronunciaba *güila*. Era como si fuera a vomitar algo asqueroso, pero, por decoro, apretaba los dientes y lo regresaba al pozo de donde brotaba.

Cuando su padre lo llevó al gimnasio, para que fuera un hombre de a de veras y no un afeminado como los de los comerciales de champú, su madre se quedó en el coche. No quiero ver a Macario. Y ay de ti, Felipe, si mi hijo se vuelve una fichita como ese señor. No mames, siempre le contestaba Felipe. Te lo advierto, Felipe, te lo advierto. La mujer se quedó callada. Andrés miró a su madre con resignación, bajó del auto y entró al gimnasio detrás de su padre.

Macario lo miró de pies a cabeza y después centró su atención en los ojos azules del muchacho. Pues tiene la estatura y la complexión, pero éste es un asunto de huevos, cabrón, de huevos, ¿entiendes? Y se llevó la mano a la entrepierna y presionó su sexo en su puño. Felipe asintió con la cabeza, después le dijo algo al oído a Macario y se fue. Nunca fue el sueño de Andrés ser boxeador, pero quería intentarlo, darle una oportunidad al deporte, a su padre, a Macario.



Ya vámonos Andy, ya no hay nadie y tu mami vino por nosotros, dijo Ruth. Había pasado algunas horas callada, esperando a que Andrés volviera en sí. Él no notó su presencia hasta ese momento. Las rechiflas y los gritos habían cesado, sólo estaba la voz chillante de Ruth en el vestidor. Sí, ya voy. Sólo me cambio; espérame afuera. Alguna vez Macario le dijo que se cuidara de esa chamaca. Es sólo una distracción, una puta que te quiere coger, luego se encontrará a otro. Así son las culeras. Tú único amor debe ser el box: es como tu madre y tu amante; come box, bebe box, coge box, y no te andes con pendejadas. Andrés no sabía por qué, pero golpeaba con más fuerza el costal.

La voz de Macario entraba como ácido por sus oídos y el aliento de amargura se estancaba en su cuello. Se acercaba demasiado cuando le corregía la postura o le daba alguna instrucción. Andrés sentía a veces cómo la barriga redonda le tocaba la espalda y el sexo rozaba la hendidura de las nalgas. Respiraba más rápido y sudaba lo suficiente para dejar la camiseta hecha un mar salado de nervios. Una vez, ya no lo soportó más: estaba entre excitado y molesto. Nadie tenía el derecho de entrar a su intimidad así; volteó y empujó a Macario fuera del ring. No se ponga así, Andresito, yo nomás quiero enseñarle. En aquellos días no pudo dormir, dejó de ir a entrenar, intentó olvidarse del box.

Quiso hacer otras cosas: jugar fútbol, estudiar arte o literatura, hacer el amor una y otra vez con Ruth. Pero no sucedió. Ella se empeñaba en no tener sexo hasta que Dios dispusiera

una vida de felicidad eterna para los dos. El mundo fuera del gimnasio era terrible, tantas cosas qué elegir y tan pocas instrucciones para hacerlo.

Cabizbajo, aburrido, noqueado, Andrés regresó al gimnasio. Ya ves cabrón, te pinche dije. Y Macario lo abrazó tan profundamente que parecía un encuentro esperado por largo tiempo.

El día que Andrés regresó, rompió su marca por minuto en la pera, aprendió a dominar el gancho y el volado, y dejó sin careta al *sparring*. Parecía revitalizado, feliz. Macario lo observaba en la esquina, veía en el muchacho un grande, un guerrero, un dios. Es todo, aplaudió. Vamos, a bañarse.

Mientras el agua caía sobre su cara, Andrés pensaba que no había nada ni nadie que perturbara esa paz. Macario entró a la zona de regaderas. Te conseguí tu primera pelea en la México. Andrés lo escuchó y volteó sorprendido. No tengo el nivel aún. Claro que sí. No seas puto; es con un pinche cubano culero. Macario se acercó al marco de la puerta del pequeño cubículo donde Andrés se enjuagaba el cuerpo por última vez. Observaba cada parte de su espalda, cada movimiento de sus músculos; después, la mirada se posó indiscreta, lasciva, en los muslos y finalmente en las nalgas de Andrés, que se erguían redondas y regordetas; coronaban la perfección del cuerpo joven, alentaban el deseo.

Andrés no lo presintió siquiera. De momento, el aliento acre de Macario se depositó suavemente en su nuca. Nervioso, Andrés se mantuvo firme ante el embate del intruso. Macario lo tomó por la cintura y Andrés volvió a sentir el voluminoso estómago en su espalda, pero esta vez no había nada entre ellos, ni

siquiera la delgada tela de la playera; sentía el vello que brotaba del ombligo y que cosquilleaba en su espina dorsal. Entonces, el sexo de Macario se colocó en la hendidura de las nalgas. Andrés se sintió asqueado y excitado al mismo tiempo. Los dedos de Macario recorrían con sutileza el pecho, bajaron suavemente hasta el abdomen. Estás duro como una estatua. Eres una pinche roca que ningún cubano culero va a romper. Macario colocó en la palma de su mano el sexo virgen del muchacho, mientras el suyo buscaba romper la castidad de sus entrañas. Andrés sintió cómo el agua que caía de la regadera entraba despacio, conforme el miembro se abría paso. Al principio sintió mucho dolor, pero notó que jamás se había sentido así. La respiración se agitó, el cuerpo se mantenía firme, la mano iba y venía con violencia, hasta que el silencio nació en los oídos de Andrés; las piernas temblaron, todo se volvió un vacío recóndito y placentero. No supo cuánto tiempo pasó, pero recuerda con claridad, en el vestidor donde ahora está solo, que su cuerpo se llenó de olor a manzanilla y azufre, y que se elevaba al techo con el vapor del agua caliente. Nadie podrá romper esta linda cara y este hermoso cuerpo. Vas a partir madres. Eres mucho mejor que tu padre. Y le dijo esto durante un mes hasta hoy, cuando todavía retumbaba en sus oídos: eres un pendejo. Y se quedó solo en el vestidor.

\*

Cuando vio a Felipe en la tribuna, Andrés perdió la vertical de su entrenamiento y no pudo evitar imaginar a su padre con

Macario haciendo el amor, tocándose los cuerpos mutuamente. Se llenó de celos, hasta lloró un poco antes de que cayera el golpe final en el pómulo izquierdo.

\*

Por fin salió del vestidor. Ruth y su madre esperaban en el coche. ¿Y papá? Se fue con el mugroso de Macario. Ándale, vámonos, ya es noche. Súbete Andy, por fa, tu mami ya está cansada. Dentro del auto, su madre le dijo que no quería que volviera al gimnasio y que tenían que ir mañana a elegir el traje para la boda con Ruth. Andrés no pudo pronunciar palabra ni de odio o resignación, ni de amor o aceptación. Tomó la mochila que había dejado abruptamente en el asiento, abrió la portezuela del auto y, sin más, desapareció en la oscuridad de Dr. Carmona y Valle.



## Petrarca en el vacío

Anel Díaz

*Una pesada cabeza que se empeña en doler, un regordete cuerpo con la piel reseca, la barba crecida y las demás partes que se despiertan al sonido del ring telefónico. La mano sudorosa descuelga pero el aliento de la boca jamás contesta. El cuerpo se incorpora, pone un disco compacto en el aparato reproductor de música; el esqueleto se sienta y el cerebro articula recuerdos que incitan al pensamiento vacío. Una segregación de hormonas excienden al organismo, hay sudoración, infinita intranquilidad, llega la idea de que aún no se tienen domesticadas las emociones —la inteligencia que domina a la ira es un capricho que a la naturaleza nunca se le pudo ocurrir—. La pesada y grasienta cabeza es punzada con golpes rítmicos de sangre como púas aceleradas que van, cadenciosas, del sonido al silencio y del silencio al ruido ensordecedor.*

## I

No puedo salvarte Laura. No, mientras siga dominado por la impotencia, por su tranquila aspereza, por su indeseable incertidumbre.

Necesito pensar que me traicionas y que, a sabiendas de ello, sigo a tu lado. Me causa un sangrante confort idolatrarte. No, no te puedo salvar porque no quiero alejarte de mis hechizos mentales en los que juegas el papel de diosa y víctima moribunda. Recuéstate y mira el techo mientras yo me muevo; encuéntrate con tu destino para descubrir que he sido yo y nadie más que yo y lo sigo siendo. Deliciosa Laura.

De pronto has dejado de ser mi Laura para mostrar las sombras de tu mirada y al final del día y su noche, te pareces más a mí. Soy y eres la mierda que todos somos y nadie acepta. Juraste que no y luego confiesas que sí. ¿Qué otras falsedades esconde la verdad? ¿Quién puede soportar la existencia sin necesidad de evadir realidades? No quisiera repasar las líneas que me enfrentan a ti y a mí, me da fiereza la individualidad. Pensé que era un vacío incurable mas resultaste ser la escondida cavidad en el pecho donde guardamos nuestra colección de insondables, de mareas grises que ahogan y disuelven no sé qué. Es el horror, la carne, lo que no queremos pensar, Laura, y, sin saberlo, siempre tenemos presente.

Laura y yo seguimos vivos por cobardía y por valentía, por miedos encontrados cuya fortaleza de colisión nos mantiene en este punto medio de la existencia: la semiagonía.

Mi confusión no va más allá de la infantilidad pero envejece al anciano que ahora soy. Ya han pasado los años, Laura, ahora eres una tímida eternidad, monstruosamente real y dolorosa en la que me hundo sin poderte jamás tocar, aun después de todas las veces que te he trascendido. Laura, no eres el problema a resolver ni la cosa para contar; eres la propina a la tristeza del cambio, mi convicción de sobrevivir hasta encontrar mi antes del principio, donde nada tiene un nombre.

Laura, recita tu cuerpo con los movimientos de tu vestido, apóyate sobre los hombros del mundo y cual bailarina, duerme sobre el vapor de la borrasca. No te equivocas, no te sigo ni te busco porque te quedas donde estás, lejos y toda enarbolada en mi irrigación nerviosa, en el pecho y en tus párpados, en la parte trasera del cráneo. No, es cierto, no quiero decir nada, quiero guardarte mi voz, te escucho, te sonrío, te regalo mi atención pero háblame Laura, que yo no sepa que te duermes cansada, levántate dormilona, inflama al viento de suspiros.

No estoy enfermo, estoy en un cierto estado por ti, Laura: en el estado de villanía. Me nutres al no venir. Todo lo que no eres es justo lo que me importa, tus ausencias son las que me dañan y me unen más a ti.

No cerraré los ojos una vez más. Para no mirarte, para no detenerme a pensar en ti. No cerraré los ojos, apagaré mi mirada concentrándola en el vacío de un punto cualquiera, para no verte, para no pensar en ti, no escuchar las venas, olvidar el corazón que susurra órdenes todo el tiempo. No cerraré los ojos para no recordar la luz en su pureza radical, no no no.

No has estado, te has comprimido hasta explotar y compasarte en las olas del cálido viento que mece el encierro al dejar los ojos en descanso. No volveré a pedir un sueño, para mí será un solo día perpetuo todos los años y todos los años serán un día que no avanza porque se desvanece en el laberinto de la música que no escuchamos pero que entendemos, como tú, Laura, como tú.

Sin la tragedia, sin los arrebatos que enardecen al sufrimiento, ¿qué soy?, ¿en dónde me entierro?

No sé si quiero cambiar mi manera de platicarte, de suplirte, de llorarte así. Permanezco indeciso entre tu sonrisa y la satisfacción de verte sufrir. No encuentro el punto medio en el que pueda relacionarme contigo, me horroriza entender que no eres mía, que no eres la única sustancia con la que impregno la vigilia. ¿Sabes a qué le tengo miedo, Laura? Tal vez sea a dejar de intentarlo todo por perpetuar las noches hasta el día, para que la tarde se me revele.

Algo se ha apagado, aquí, sobre las lámparas de las habitaciones, sobre todo lo iluminado. Algo mohína los objetos, mis ojos están bien, fui al oculista. Sigue habiendo algo, lo noto. ¿Tú no? Ahí está, en todos lados y a cualquier hora mientras la oscuridad no anochece. Fíjate bien, Laura, recuerda cómo reías antes, coteja con el presente y admítelo, di que veo como todos, como tú, di que me entiendes porque sé hablar, que converso contigo; di que te acaricio porque tus manos han oxigenado mis músculos, di lo que sea para que yo te oiga y no me dé cuenta de que sigues sin estar aquí, presenciando mi existencia. Ayúdame, pierdo la vista.

Sé que si me acuesto quedaré rendido ante el cansancio, mas temo soñar contigo. Permaneceré de pie y con los brazos cruzados a esperar mi último aliento de vigilia para poder dormir tan inconsciente que, por un momento, en mi viaje onírico, logre olvidarme de ti y gozar instantes de paz aunque, sinceramente, creo que experimentar una ausencia profunda de ti, para mí, es imposible.

La mente es el gran invento del corazón fracasado. Cada vez que el corazón aprende una nueva palabra que no satisface los significados del mundo, articula pensamientos para la mente, todas las veces que suspende un llanto, descompone la naturaleza y crea el arte.

Confabulo tu historia a favor de que sea mía, solamente mía y tú ¿qué haces? Niegas mi esfuerzo, acotas mi esperanza a los vulgares procesos de la realidad.

Lo que pasa es que tú no sabes las cosas que pongo al servicio de los extremos donde te jalo, ni siquiera sospechas que todo yo soy una ofrenda a la intensidad que se vierte en nuestros pechos a causa de los sufrimientos más hirientes; no sabes que nuestra felicidad se la debemos al dolor. Yo sé, sé que no quisiera que así fueran las cosas, pero, de tu mano, no podrían ser de otra manera.

Laura —el laurel que vitorea a mi alma, laureles de espadas, hojas de flecha, tallos de fiebre—, hago todo por perder y tú, en tu gloria y santidad, me miras, te apiadas, te reclamo, me enfermo de bilis... Te sientes culpable, tanto, que el que gana soy yo. Somos la guerra que no termina porque no busca la paz ni la conquista. Somos despiadados por placer.

Tu aroma Laura. Hueles a lo que huele tu casa, tu almohada, tu ropa, tu cuello. Es el mismo olor de humedad que se niega a envejecer, de un sudor maléfico e intransigente como abundante. Tu tufillo no evoca las estaciones del año ni momentos del día, nada que no seas tú. Ni en tus axilas se concentra tanto como en la parte trasera de tus orejas —ni tus flujos femeninos ni tu saliva saben a lo que hueles—, tal vez ese efluvio tuyo sea la expresión, inconsciente, de tu piel cuando se empeña en dejar su avisamiento. Excitas mi ternura, lo indecible.

Tú, inmundísima, divina desesperación, muelle imposible, trotamundos hermosa, impenetrable espejismo, ladrona. Tú que te has olvidado de mirarme cuando mi deseo, todavía.

He pensado en otro tipo de vida, tranquila.

Te dejo ir y ya te has ido. Por último te canto y ya no me escuchas, pero aunque te alejes hasta el olvido, nunca podré decirte adiós.

Digamos lo que tengamos que decir y larguémonos. Violencia: punto necesario al conocer. Conocimiento: miedo a volver a ser el mismo. Necesidad: tú. Miedo: miedo.

## II

Sin remedio cuestiono al dolor, al tan necesario dolor que usa mi humanidad para mostrar su abyección. Canto al dolor porque vale más que mil de mis sonrisas, así soy: genuino y perdurable.

Sólo adoro lo que no acepto porque no trato de comprenderlo. No te adoro, Laura. Te congelas dentro de tu abundante

llanto —bello terror— para cerrar en ardiente ira. He perdido el sentido de cómo me gusta verte, nada más recuerdo que tus facciones se parecen a la idea que tengo de lo inconcebible, basta decir que mi referente a la palabra imposible son todos los grados físicos de tu existencia —sobre todo tu aroma—. Así eres tú, te creo las aventuras, el futuro naranja, el amor. Tu boca es la dulce e incansable imprenta de lo inaudito que los embriagados de mortal vida somos los únicos que podemos llegar a creer. Te denominamos Laura, aunque no cumplas, aunque estés ausente, aunque no prometas. Seguirás siendo el peor de los mundos reales por estar fundada en un dilatado ego contagioso y contrayente.

*El cuerpo de la música. Cuerpo musical. Cuerpo y música. Cuerpo musicalizado. Corporeidad musicante. Cuerpecito como música. Música sobre el cuerpo. Musiquismo en el cuerpo. Música desde el cuerpo. Cuerpo entre música. Dentro de la música, cuerpo. Música por cuerpo. Cuerpo para la música y a música sobre el cuerpo también suena tu voz.*

Por los poros de mi espalda entró un frío perpetuo proveniente del respaldo que me proporciona la pared. Ando con ese frío incurable, que me es más pesado al medio día cuando al sol sólo le interesa calentar mi cabeza dilatando ideas que trato de olvidar durante las tardes. Ahora, las noches no representan ningún problema porque a partir de las 7 p. m. el calor de mis olvidos y despistes me abraza; la sangre de mi espalda queda inamovible (mejor dicho, coagulada) en espera de que den las 8 p. m., hora en la que mi inventiva es posesionada por sus

propias pasiones. Por las mañanas de los días siguientes tengo mucha hambre y ganas de que se haga tarde.

Poco a poco, muy lento, voy a despertar mañana y, sin forzar el recuerdo de ti, dejaré que vengan a mí las imágenes que conforman mi integridad diurna, sin enojos pensaré en ellas, no las describiré, no las cuestionaré. Descansaré esta noche y mañana —con el cuidado de no abandonarme a la inerciaaudiovisualmasiva— desayunaré.

Laura ha estado pensando todo el día y soñando toda la hora de dormir en los cómo y porqués. Véanla en su cama con los ojos abiertos, mirando el techo y sin verlo, imaginando lo que sería aquel día, arreglando en su cabeza los ínfimos detalles, dando por hecho la situación y construyendo en su corazón los resultados. El objetivo de todo ello es un elemento de lo desconocido. El presente es toda razón para ocupar en algo la fantasía y su vida. Toda ella es interpelada cresta de irrealidades en función de un futuro que la espera, que arde en llegar, que la mantiene en pie y la levanta, en ese futuro en el que recrea la insoportabilidad de este día en el que ni por casualidad saldrán las cosas como ella organiza desde el vientre hasta las puntas de los dedos que tocan la cabellera para trenzarla. Con el cabello recogido —sin estirar la cara— sus ojos lucen más grandes, las pestañas en su casi interminable curva gruesa *supra* —mejoran lo inmejorable. Con el marco de una mirada espera la llamada que diga: “Ya estoy aquí afuera” y que tarda en llegar. El mal de la esperanza comienza a modelar figuras en la fragua de sus anhelos. Llega la llamada, Laura *ipso facto* revisa el bolso, los zapatos, el aliento —en ese orden y con el caos de siempre—.

Sale disparada al encuentro de sus previsiones, el semblante enrojece (los vasos sanguíneos más pequeños han explotado, es joven un corazón furioso) y los ojazos hacen gala de emociones fuertemente afectadas; un tipo, sin mirarla casi, baja del auto, la besa sin besarla, habla en oraciones simples, todas sobre él mismo y sus horas. Nadie miró a Laura hasta que excitó su virginal ansia por dejar de ver el espejo.

A menudo me da la ocurrencia de crear un personaje, y como nada más me da por pensar en Laura, ese ser sería Laura. Una Laura tal de mi invención que el texto diría algo así: “Entonces mi Laura respondió... luego de decir esto y aquello de esta manera, mi Laura suspiró por sus párpados que, de tanto llorar por mí, se hinchaban...”.

Laura, qué nombre tan reincidente, reiterante, acabalgado, rutinario y pedante. No tengo nada en contra tuyo, de veras, tampoco en pos de ti, mucho menos indiferencia. Sigues ligada a mí.

En un sopor de saber qué hacer y no hacerlo se me van todas las fuerzas. No me siento a gusto de no hacer, pero ese poder que tiene la antibúsqueda incansable de la no-felicidad hace que no me pare de mi asiento. El frío de la inacción me sobrecoge con la misma lentitud con la que, me parece, pasa la síncope de mi latido que se apaga, que se adormece profundo.

Obladí obladá. Estoy vivo y no quiero estarlo, pero tampoco quiero morirme, quisiera que Laura no existiera y estar en una eterna contemplación del Arte, beber del aire y levitar en su corriente, esparcirme en el matiz de la Pintura para volverme a estructurar en el Sonido, quisiera no querer nada más que eso y

a la vez quisiera no querer ni eso, ni la muerte siquiera. Querer algo único y constante, ganarle al descanso el furor en el que creyeron los héroes enloquecidos y los escritores borrachos y los borrachos de poesía. Querer creer que los verbos en infinito pueden alcanzarse en un estrecho abrazo de piernas, por un instante aunque sea.

Soy una bifurcación de novela, las esquirlas que suelta el final en la Tragedia, el sabor a cereza negra del vodka barato, el mar ensuciado por el desagüe de la ciudad, la canción que se pasó a guitarra porque el piano se averió, la roca sumisa al paso del transeúnte, las alas de lo no alado, el aceite extra virgen con el que se frieron las manos, el vapor de los amantes exhaustos, el recuerdo de los movimientos irrepetibles, el ritmo gracioso de un llanto pasado, el consuelo que nos desespera, lo que vagamente se entendió con claridad, sólo fantasmas. Fantasmas todavía.

Laura, ¿has estado consciente de que en cualquier momento morirás y que si ese momento fuera este preciso instante te irías sin la sensación de que “algo” te faltó por hacer? ¿Has estado así? La ropa limpia, los zapatos boleados y las uñas recortadas; no dolor, no cansancio, no espera, ni frío ni calor ni hambre ni sed de nada; sin una responsabilidad más allá de vivir sin saberte potencialmente hacedora de cosas pequeñas ni de grandes proyectos. Es cierto que cuando uno está así nos da por tararear melodías lindas que luego que el momento se ve interrumpido no se vuelven a recordar. ¿Dónde están todas esas

tonadas? Yo creo que andan en el mar de las ideas y luego de evaporarse se precipitan en inspiraciones. Tú eres la inspiración.

Cierra sus ojos, ve manchas irrepetibles de diversos colores sobre un fondo negro. El instructor de yoga lo induce a visualizar un largo camino de cipreses, cuyo fin es un kiosquillo blanco. Él sólo ve manchas sin una forma, sin poder enfocar alguna, las ve y no intenta tocarlas. Piensa que las burbujas son intocables aunque irresistibles al tacto. Las manchas en la pared inferior del párpado no son las burbujas. Hay cuatro tipos de objetos perceptibles al ojo humano: uno, la materia; dos, la anti-materia; tres, las burbujas, y cuatro, las manchas y todo aquello que vemos y los demás ojos no.

Una vez él fue a una cueva oscura en su totalidad, al principio veía igual que con los ojos cerrados, luego todo era negrura. Los ojos olvidan fácilmente, tal vez a ello se deba su sed de luz.

Trepar a un árbol. Mirar desde arriba. Aguardar y aguardar. Lo Otro viene solo, sin escalas, a lo lejos. Lo Otro es reconocible al momento, pero nadie que pueda contarle lo ha visto ya. Un día, todos estaremos arriba de un árbol. Un solo árbol corresponde a uno solo de nosotros, de lo contrario no funciona, no se puede mirar y lo Otro no llega nunca.

Te hice daño inventando la mutua absorción. Encaprichándome con la idea de la relación disolvente.

Por alguna razón estás leyendo esto y yo escribiendo.

[Fin = Por alguna razón dejaré de escribir al terminar el párrafo y tú seguirás leyendo].

La fuerza de esa razón nos invita a seguir, es paradójico pero se me ocurre que quiero hacer algo y mi cuerpo responde.

Tengo un callito en el dedo medio de la mano derecha. Son unas gruesas capas de piel que se ablandan con el uso o se endurecen al enfriarse. Bueno, eso ya lo sabes y todo aquel que haya tomado largos dictados también. A lo que voy: si te comes un chingo de zarzamoras entonces te empachas y Sócrates todavía no se muere.

Una nueva Laura se amontona en mis motivos porque me es indiferente como casi todo. Me concentro en su peinado, en sus cabellos desesperadamente lacios. Imagino cómo se verá por las mañanas y eso me enamora. Sus ojos, nariz, boca, cutis y dientes son armónicos cuando feos cada uno, lo que le da aires de particular belleza.

Pero no sabré cómo besas hasta que de tanto besarte me asfixie la vida que me cobra la muerte.

Ella sabía decirme la palabra precisa en el momento indicado. Me molestaba que no me diera la oportunidad de enojarme por algo. Me enferman las personas perfectas y sutiles.

Laura, das tus propuestas para inquietarnos. Para obligarnos a empezar de nuevo nuestra historia. No te pones a pensar que lo que nos haces matar de nosotros mismos pudiera ser el dolor que decidimos sentir alguna vez. Después de todo, si nadie es capaz de evitar la mortalidad, por lo menos sí lo somos en cuestión de acelerarla. El hecho de decidir es válido en sí y yo quería morir de otra manera, es decir, quería que murieras antes que yo y así poder admirar tu doloroso y lento deceso, entonces mi última imagen del mundo sería la belleza, la tuya. Mas me quebrantas las opciones que tengo de huida, llegas reincidente

a mis brazos para irte vencida de tanto amor o de tanto recelo o por la desesperación y luego, Laura.

Qué te piensas de mí. No me conoces. Crees que porque de vez en cuando entiendes mis gustos ya estoy descifrado por ti. Eres insulsa (arrogante, déspota, pernicioso) e ignorante en tu ignorancia; cállate, cállate ya por lo que más quieras. Cierra tu maldito hocico que me da asco verte babear soberbia. Te suplico que dejes de hablar porque me hieres y por ahora estoy cansado. Tenme consideración y guarda silencio un momento, pues pierdo la fe en mí.

Adónde se dirigen las oscuras golondrinas luego de repensarlas con el inflamado gusto de evadirme. Es decir, dónde andas cabrona, quiero imaginarme que me extrañas y que te sientes la mierda que me haces sentir a mí.

“Tita Tita, como yo te quiero, Tita, siento cosquillitas, Tita, en mi corazón...”. Es curioso, pero cuando nací, los gritos de mi madre fueron opacados por la canción “La Boa”: “Es la Boa, es la Boa...”, según cuenta mi abuela, quien ayudó a mi progenitora a traerme al benditomundomaldito y lo curioso no estriba en el oráculo a mi nacimiento sino que si yo soy boa, tú, en definitiva, no eres la princesa del Palacio de Hierro que te crees.

Qué bonito sería que sintieras un chingo de rencor carcomiéndote, como lepra interior, así, en el esófago y que nada de lo que te tragas te supiera. Eso sí, el chile yo creo que sí te ha de saber, ¿verdad, perra culona? Pero nadie te sabrá agasajar, yo ya te cogí hasta entre los dientes y ya te lamí hasta envolverte y vi tu mirada aun cuando dormías y escuché tus pensamientos sin el secreto de tu voz y recolecté el aroma de tu cabello cuando

llorabas en mi pecho y manoseé todas tus emociones que por mí despertaron y te deshice en culpas y te hice en sonrisas y me entretuve en tus brazos, te incendié despacio, te di mis ojos en la canción y te pedí perdón por ser tan pendejo.

Tengo lástima de mí mismo. La autoconmiseración me humilla hasta el gozo por no ser nada, una nada muy por debajo de las demás nada.

No valgo, no soy digno de respeto. Soy arrogante al hablar de mí mismo y eso explica la lástima que me tengo.

Me mido con respecto a la opinión que tienes de mí y si me dices que te agrada cierta característica que no tengo, soy vacío porque no soy tu totalidad.

Adiós, Laura. Hasta nunca.

—Voy tomándote en mis brazos. Estás sonrojada, impaciente y efímera.

—Tiempo, la dicha sin anaqueles.

—Me asquea siquiera sospechar de dónde saliste pero me fascina no poder contestarme por completo.

—La verdad somos todos.

—Apenas suena el teléfono y ya siento que te beso. ¡Ay de mí! Mi dolor y mi vetusta muerte.

—Si no me enamoro, ¿de qué sirve el pensamiento?

—Soy un estúpido.

—Ya la música no me consuela, los oídos se me pierden de vista y escuchan otras cosas, cosas verosímiles y certeras que me producen desconfianza. Aún me niego a creer todo el daño que te hice cuando ni siquiera nos conocíamos.

—Intento hacer la vida y como que no me queda.

—Odio con pasión el placer porque es un infierno que jamás satisface ni comienza por sí mismo, sino que encuentra su origen en la falsedad, en los escondrijos del vacío.

—Ya no tengo pasado, ni el olvido de su recuerdo. Lo dice mi tranquilidad, mi absoluta calma. El significado de las palabras ha mudado.

### III

Y cuando pase el fracaso con su éxito, nos visitaremos en la provocada sombra del sueño sin que el sueño signifique nada.

Entra un dancístico acompañamiento de gemidos de gata sonorizando la ciudad de los confundidos. Llueve un poco. No hay Luna, una vela alumbra amarillamente desde el cielo.

En su cama yacen los esposos, los niños se cuidan de no ser ahogados por los pechos de sus madres. Las chicas se masturban y los chicos piensan en el negocio de las drogas.

Huele a pornografía y a risa maniatada. Los objetos son de un mismo color violeta, la carretera brilla como grasa. Los perros tienen pegada la lengua en la boca de las coladeras en espera del cuerpo de su amo. Ha dejado de llover y ahora hiela.

Los políticos beben; la esperanza traga; la esclavitud deglute; el suicidio digiere; el engaño se alimenta; el miedo consume y el poder tiene hambre de trozos secos de sudor y de sangre. La ciudad ha entrado en la fase REM de su sueño, donde todo es deseo.

Qué te puedo decir cosa divina, que ya me cansé de esperarte y que esperarte es lo único que puedo hacer, eso es lo que me

queda como si fuera todo lo que hubiera tenido. Te espero impotente sin desesperarme y sin extrañarte. Ese problema tuyo no está hecho para mí, puedo dejar de ser yo para que seas e importarme un pito que desaparezcas de este texto y desaparecer yo, quienes a fin de cuentas somos tan pequeños que si en lugar de juzgar qué está y qué no está hecho para nosotros, lo inventamos cada uno por nuestro lado, importa un pito; sin embargo, lo único que me queda es esperarte porque es lo único que de ti tengo. Me aferro al pasado porque me importa un pito el futuro.

Puedo. Quiero. No debo. No lo haré. Que la luz artificial me caliente y haga hervir mis desconsuelos hasta condensarme en el techo plagado de tirol y moscos. Que los moscos me respiren, las arañas se los beban para después orinarlos sobre el piso. Que el ciclo se repita y una vez creado un nuevo cosmos habría que encerrar su existencia en una bola de cristal olvidadiza para que cuando llegue el niño que, jugando, rompa el cristal, todo su humo se disperse entre las nubes invisibles adonde todo lo viejo va.

Al huir me di cuenta de que mis pies ya no se detendrían sino hasta hallar el fin del mundo.

Caminé y caminé. Conocí muchos lugares. Mucha gente. Algunas veces me llegué a sentir cansado y también descansé (para tal efecto recostaba la mitad de mi cuerpo sobre la orilla de un muelle y dejaba a mis pies la ilusión de seguir caminando bajo el agua dulce o salada).

En mi trayecto nada me llegó a incomodar, ni el hambre o la sed ni los climas ni las caras bonitas que mi corazón se proponía perseguir y no lo lograba.

Cuando me hablaba la voz de mi interior para advertirme que lo que intentaba hacer sería mi perdición, después de cierto tiempo se convertía en música y toda vez que el sol salía yo iba sonriendo. Cuando el sol se metía, mis pies olvidaban su cansancio y se deslizaban sobre el desierto en el que se encontraban los espacios a esas horas. Pero Laura.

Cada vez me vuelvo más agnóstico de la religión serena, rúbrica de mis batallas en el nombre de tus agonías.

Eres los ciclos naturales sin su orden habitual, así, en tu mirada las aves amamantan al insecto y tus lágrimas son el agua que se interpreta como el aire donde nos ahogamos.

Tu música, tu cabello y el negro color de tus delirios es mi agnóstica religión severa. De esa manera obligas el crujió del lagrimal y la savia, que es filtro para el músculo, produce besos.

Me sé hombre cuando entrego todo y olvido al tiempo que tu flujo expresa.

Si te pido que me describas estaré errado, pues soy un objeto de tu narración, ensueños y karmas que se escurren de tu pubis.

Fuimos a la casa del hemisferio derecho de mi cerebro, allí acariciaste con tus pezones la sed que eriza la mitad de lo invisible. En un arranque de la creación fue soplado tu cuerpo, dador de canciones y de vivencias crapulosas de todo tipo. Insigne vello corporal. Belleza entripada. Minúsculos golpes de aguja

por dentro de los pies que despegan por todo lo ancho y azul de mi bullicioso esperma.

No hay un día que yo no te quiera ni un cansancio satisfecho en la actividad del odio (para dormir).

Se hacen buenas fogatas en un lugar donde el aire se ha consumido, pues bajo el espectro de una lágrima que se repite a sí misma no puede haber otra cosa más que la simpleza de la muerte.

Reincide mi esófago en intentar angustiarse. No cesa de negarse a la fiebre. Se hace voluta. Se encarna. Pero ni en toda la deformidad de su nihilismo, deja de recibir los golpes físicos de las cuitas constantes de mi bioquímico cuerpo.

Tendría que dar un final, una cara al recuerdo involuntario. Tendría que volver a hacer todo si lo que quiero es hacer algo.

Pensar que pude haber sido mil otras cosas. De niño recuerdo haber sido excepcional por brillante y ahora me dedico a sentir el dolor en todas sus formas en las que se pueda experimentar.

Me acuesto en mi cama y a la luz de un cerillo observo mi alrededor de tiradero, de basura y de mugre. Mi cuerpo (sobre todo mis pies) huele mal. He estado engordando, el sabor de mi lengua me recuerda que no he lavado mi boca. Tengo adolorida la parte que conecta los hombros con el cuello, supongo que de tanto no mirar al cielo me he encorvado.

Tengo que hacer esfuerzos de más para respirar el suficiente aire, pues las fosas nasales están tapadas a causa de mis alergias, las muelas de siempre comienzan a dolerme, el sonido del

segundero suena más y más fuerte a medida que me recuerdan que mañana tendré que ir al trabajo que odio.

Cené demasiado, creo que la digestión se me paró porque tengo hipo. Debería tomar más agua, últimamente mi orina se ha vuelto muy oscura y olorosa, a veces hasta me arde.

Me pregunto ¿qué estoy haciendo? Ésta es otra noche en que para dormir necesito masturbarme.

Dios, gracias.

Violencia por violencia; miedo por miedo; taquicardia por ruido y encierro. ¡Oh incontrolable esfínter de mis pasiones! recuérdame no expulsar las toxinas, regrésalas al torrente de mi sangre, que Laura no se entere de que no soy más que un humano.

Es tiempo de empezar a fumar, de bañarme con la influencia de una música que se enrolla con papel arroz o con una página de la Biblia. Llegó la hora de disfrutar un saxofón verde, un piano que queme la punta de los dedos y de un cuarteto de violines. Aunque al tiempo no le dé la gana de seguir quedándose en las angustias y se vaya para siempre de nuestra física concepción de la nostalgia.

El susurro de una veintena de perros ladrando a lo lejos, es la sonaja del tiempo con la que se entretiene la atención de aquellos que creen, infantilmente, en el reloj.

Siempre, nunca, a veces, de vez en cuando, de tiempo en tiempo, jamás.

Suena el saxofón de un hombre abandonado. Alguien rasga el saxofón que ha de ser tocado sin el acompañamiento de un piano (nadie canta tampoco). Se oye la frescura de un olvido,

de un empezar de cero luego de varios años, toda una vida esperando una llamada que no llegó.

Y Tiempo se sigue viniendo sobre nosotros. Nos acostamos y nos levantamos envueltos en un semen de crueldad y de fe.

El sonido de las letras que componen la palabra que es tu nombre, jamás ha acabado de serme del todo familiar. De esa y otras formas me resultas ajena, es decir, un tanto inexistente.

Mi necesidad o la gran añoranza de verte, abrazarte, sólo rozar levemente tu persona (o lo que sea que me demuestre un lazo con el mundo) fisura la inestructura de mis ardidés y también las resana.

¿Crees que el dolor sea un destino? Pienso que sí. Pienso que el destino es naturaleza y que ir en contra de la naturaleza propia es causa de una perpetua incertidumbre que en todo momento está a punto de desesperarse.

Un nosaberqué que sucumbe ante la acechancia de su desesperación, revuelve en sí los engranajes del dolor, entonces la maquinaria de la tragicomedia canta su tercera llamada, el fin es indiscutiblemente el mismo: a fuerza de sobrevivir se opta por el olvido. El alma sigue sonriendo, aprende, cambia; no importa qué proceso emprenda pues intermitentemente suda, por los poros del espíritu, multitud de hilillos de sangre que desembocan en caudales de coagulación cuyo color reflejado en el firmamento, inventa los tintes de la tarde, por eso la herida comienza un final que cada día se repite.

No sabemos, Laura, no sé si el dolor sea un destino aunque siento que sí.

¿Qué es que ha durado tanto tiempo incorruptible? Cierro los ojos y un tenue resplandor entibia mi pecho, inicia una lenta expansión del sentido de duelo que tengo por tu muerte, porque no dejarás de estar en mí, porque has dejado de querer estar conmigo.

Tiempo se mira los gestos en su reflejo y el espejo guarda al silencio aunque sonrío a media luz. Las gesticulaciones de Tiempo diminutamente llegan a marcar alguna diferencia entre el presente y el pluscuamperfecto.

Cómo te digo, cómo te explico la vida en sus vaivenes desde donde yo vengo, desde donde yo veo. También quisiera gritar a veces, también callar para siempre y tú no lo comprendes porque te la pasas diciendo que me quieres y yo me pregunto ¿para qué demonios? Yo tampoco sé por qué te quiero ni por qué te digo todo esto, aunque *todo esto* sea muy poco. No te atreves a decir más de mí porque no me conoces, porque estarías cometiendo el error de siempre con la persona que tal vez jamás regrese. Sé que te has llegado a preguntar cómo es que le puedes hacer para no sé qué con respecto a mí, pero sabes, Petrarca o como sea que te llames, aunque no te lo haya dicho como yo creo que se debe (es decir, de viva voz), yo también te quiero y, aunque digas lo que digas, mi problema, en definitiva, también lo compones tú porque estás hecho de la misma sustancia que yo.

Yo soy quien siempre quisiera sentir el color de la sangre en el azul de mis manos para avivar este pecho sin corazón. Pero tú ves en mí el cáncer que se incuba a través de las caricias que esparcen los sufrimientos, la enfermedad y la asfixia

que promete una cura sin cumplirla. Hacemos que la vida y la muerte se confundan hasta la pasión, entonces te transformas en ensueño.

Tú eres el disfraz del perdón, el recelo del rencor, la última estrella a la que nunca se le piden deseos, la confusión de un girasol en medio de un eclipse, un blanco descompuesto, la ceguera del vidente, el objeto del deseo más simple, el consuelo de tantos.

Todo el tiempo he estado aquí, desde que quisiste dármelo. Y también tu espacio. Todo este tiempo. Soy las voces de mayor dulzura en el coro de tus anhelos. Escúchame. Déjame ser las cuerdas frágiles del arpa que produce tu llano. No tengas miedo a tener corazón. Ni a tener el mío.

De una vez quisiera darte mi abrazo infinito. De una vez buscarte y encontrarte para entender que nada es por completo mío. Ni siquiera en su principio. Las cosas también son del aire y de su desgastamiento (los humanos son también de sus corazones —el corazón es de la intransigencia).

En una entrevista para la BBC que se le hizo al Hombre de Hojalata, se le preguntó:

—¿Qué hará con el corazón que le entregue el Mago de Oz?

A lo que él contestó:

—Lo usaré, por supuesto.

Es imposible, el amanecer es imposible, tal belleza me abruma, me inquieta, me deja endeble y feo. ¡Qué feliz soy, qué feliz me siento, qué locura la mía querer dar la vida, la vida toda por ser un solo amanecer, volver a ver el amanecer siquiera!

Tanto frío, y toda esa luz, estar en los extremos más opuestos al mismo tiempo sin conocer el equilibrio, es imposible.  
Morir es imposible.



## La cita

Eduardo Ortiz Muñiz

Beto leyó la carta que temblorosamente sacó de su morral.

Te espero en el cine Lago a las 3: 30.

No faltes, por favor.

Julia

Beto se había escapado de la escuela antes de la salida. No soportaba la idea de encontrarse a Julia y que se arrepintiera de haberlo citado. Lo primero que pensó después de leer la carta fue comprar un regalo y llevarlo a la cita.

Estaba excitado, lleno de energía. Caminaba por la avenida México y en las tiendas de regalos se detenía a observar los objetos cursis que los novios se obsequian. Desde que conoció

a Julia, se había enamorado como un loco. No le hablaba, pero ella lo había descubierto algunas veces observándola. Era un secreto, sólo lo sabían dos de sus mejores amigos.

Fue a su casa por algunos ahorros. Su mamá lo regañó porque se le hizo raro que llegara tan temprano. Beto inventó que lo habían dejado salir para traer dinero y comprar material para hacer un trabajo.

Después de convencer a su mamá, salió a comprar los regalos, pensó que si Julia lo había citado en el cine era para entrar. Hizo cuentas; le alcanzaba para las entradas, refrescos y palomitas, el pasaje, una rosa roja y una tarjeta con un pensamiento.

Regresó a su casa a comer; pensó en bañarse porque era su primera cita, pero su mamá no iba a creer que iría a hacer la tarea limpio. A escondidas se lavó la cara y se puso perfume. Salió rápido para llegar antes al cine y no hacer esperar a Julia. Llevaba la tarjeta adentro de su cuaderno y metida en su platera, la rosa roja. No estaba convencido de los presentes, pero no tenía más dinero para otros, ni sabía qué tipo de regalos hacerle a las mujeres.

La avenida Pantitlán estaba fluida, pero el camión iba lento y en cualquier esquina hacía parada, así que Beto tuvo tiempo de formular en su mente algunas frases que le pensaba decir a su amada: “Gracias por haberme citado; yo lo había pensado y estaba a punto de pedírtelo”, o esta otra: “Cuando te veo se me va el habla, por eso no te hablo”. No, mejor se le declararía de una vez. *Si ella me citó, es seguro que me diga que sí*, pensó.

Al llegar al cine, sacó los regalos y empezó a buscarla. No creía la suerte de salir con Julia, porque era muy popular por su

belleza y siempre andaban tras ella los que se consideraban más galanes de la secundaria.

Desde la taquilla, Luis observaba con incredulidad a Beto, que seguía buscando a Julia.

Faltando quince minutos para las cuatro de la tarde decidió abordarlo.

—Hola, ¿cómo estás?

Beto se sorprendió al verlo, pero de todos modos preguntó:

—Oye, ¿no has visto a...? —no terminó la frase cuando Luis interrumpió.

—Llegué antes que tú y te estuve observando. La verdad pensé que no era cierto lo de la carta que me mandaste.

—¿Cuál carta? —preguntó Beto.

—No te hagas, comprendo que no es fácil para ti, pero qué bueno que lo hiciste, yo no lo hubiera hecho, aunque me gustas mucho.

Beto no supo qué decir, pensó que sería una broma y en cualquier momento aparecería Julia.

—¿Y cuál película vamos a ver? —preguntó Luis impaciente.

Beto no le hizo caso y volteó a buscar a Julia, hasta que por fin preguntó:

—¿Viste a Julia por aquí?

—¡Ash! ¿A esa presumida? ¿No me digas que te gusta?

Beto no contestó, supo que había caído en una trampa. Dany Tower y Zamarrón tenían que ver con las cartas.

\*

Cuando entró a la secundaria, esos dos amigos comentaron que le gustaba a un chavo de tercero. La vez que los presentaron, sus compañeros empezaron a gritarles que eran putos. Los dos se sintieron avergonzados y sólo sonrieron.

\*

Luis tuvo que gritarle para volverlo otra vez a la taquilla del cine.

—¡Oye, compré boletos, espero te guste la película que escogí!

—No sé —contestó Beto y se dejó llevar ante la sutil insistencia de su amigo. Al pasar por un bote de basura tiró los regalos.

El cine era inmenso y oscuro; la mayoría de los asistentes lo utilizaban para fumar y cachondearse, los que se iban de pinta, para echar desmadre.

Se sentaron hasta atrás. Minutos después de haber empezado la película, entre mentadas de madre y gritos de “¡Ya llegué!”, Beto sintió la mano de Luis entre sus piernas. Pese a la vergüenza que sentía de estar con otro hombre y la decepción de no tener a Julia, fue cediendo hasta que le bajó el cierre. Cuando tuvo el pene fuera y la mano experta comenzó a masturbarlo, intentó cubrirse. Luis se acercó a decirle:

—Tranquilo, te va a gustar y nadie lo va a saber —le besó el cuello.

Beto se relajó y un gozo extraño explotó. Nadie le había hecho eso. En la inmensidad del cine se confundía: Julia se transformaba en Luis y viceversa. Cuando llegó el momento, antes del orgasmo, prefirió esa compañía a la femenina, con ella le hubiera dado pena.

\*

Los meses siguientes se fueron rápido. Olvidó a Julia, a Luis le habló hasta el fin del ciclo escolar. Después de la ceremonia, los bailables y las firmas en las camisas, Beto se acercó a darle un abrazo y le dijo que nunca lo olvidaría.

\*

Ocho años después de aquella despedida, Beto caminaba por la avenida Reforma, cuando vio venir un contingente. Era una marcha lésbico-gay. Reconoció a Luis, quien llevaba minifalda y una peluca discreta. Tuvo dudas y se acercó poco a poco. Luis lo recordó al verlo. Entre la euforia corrieron a abrazarse y se besaron.

—¿Cómo has estado? ¿A qué te dedicas? —preguntó Luis con tono delicado.

—Estudio derecho en la UNAM, ¿y tú?

—Teatro en el INBA.

Luis lo miró por completo.

—Oye, pero qué cambio, ¿desde cuándo saliste del clóset?

—¡Jamás! Soy casado y tengo dos hijos —contestó Beto, se arregló el pelo y lo miró insinuante.

## Χρονολογία de un escritor

Luis Alberto Sánchez Lebrija

El escritor acariciaba angustiado sus cabellos desaliñados y tro-naba sus dedos temblorosos por la desesperación. Iluminaba la habitación el resplandor de la luna, que se colaba por las cortinas, y el luciente destello cobrizo de una lámpara que se fundía con la argentina luz de las estrellas. Estaba rodeado por altas pilas de libros, como las torres de un fortín amurallado. Apenas podía deambular por la habitación sin tropezar y dar inicio a un fatídico derrumbe de edificios. Recordó los castillos de cartas que, en su juventud, armaba en las mesas de la uni-versidad. Rio instintivamente con visos de melancolía. Miró el premio colgado en el muro frente a su escritorio. Se vio en un estrado elogiado por la multitud y sintió el cálido y recon-fortante estruendo del aplauso. Ahora, aquel recuerdo sólo era

pasajero. Recorrió la habitación con la mirada y, de pronto, se figuró a sí mismo como un gigantesco titán, que azoraba las desprotegidas ciudades y recibía con orgullo las ofrendas de los habitantes atemorizados.

\*

Fui de los primeros en llegar al salón. Me senté justo frente al escritorio del profesor y saqué mi libro de la mochila. Comencé a dar lectura a las aventuras del astuto Ulises, mientras el resto del grupo llegaba. Miré de soslayo, sin levantar la mirada, a los compañeros que empezaron a ocupar sus lugares. Me alegré de ver en sus rostros el mismo entusiasmo, el asombro y la incertidumbre del primer día. Pensé en la matrícula y en quién podría ser el profesor. No hablé con nadie y, al parecer, todos buscaban reconocer a un amigo entre tantos desconocidos. Yo sabía de antemano que estaría solo; así había estado siempre.

Llegué sin el menor interés en las personas. Mi objetivo estaba bien definido. Francamente, no concebía como una posibilidad destacarme en el juego de las relaciones sociales, tan ajenas a mí. Sin embargo, desvié mi atención de la lectura y me interesé, por curiosidad, en las conversaciones que empezaban a suscitarse en aquel estrecho salón. Qué singulares son las personas que, pese a sus afanes de individualidad, ceden frente a las convenciones establecidas, es decir, los saludos y las preguntas introductorias que en los libros de idioma encabezan las lecciones —¿quién no recuerda la primera sección, “Introduce yourself”, de la antología de inglés?

Reflexioné sobre mi situación y me dije que sólo las dificultades de comunicación se superan con la práctica, tal como se aprende un idioma. Sólo mediante la interacción me haría amigable para los otros, aunque, de por sí, fuera antipático conmigo mismo; pero ¿con qué finalidad? Afortunadamente, era tan imperceptible que ni un alma atendió al cambio en mi semblante. Me cubrí el rostro con las manos y todo en derredor mío se oscureció. Quisiera decir que desaparecí por un instante, pero eso implicaría que era visible en primera instancia. No fue así, sólo me aparté a un lugar dentro de mí, más estrecho que aquel salón.

Sentí el abrumador peso de la soledad —¿por qué de entre millones de personas no hay una que pueda comprenderme?—. Yo no tenía la fortaleza del condenado a cargar sobre sus hombros el peso del universo, más bien, cargaba con el estigma del exilio tatuado en la frente. Un paria maldito arrojado de los brazos maternos. Un forastero trashumante sin hogar ni sitio dónde sepultar los pútridos restos de su existencia. Más todavía, me sentí burlado por un titiritero que jugaba tirando y tensionando los cordones de mi destino.

No me bastaba a mí mismo para tolerar esa aciaga realidad. Algo de los restos míticos de la humanidad chispeaba en mí, como las últimas cenizas de un fogón que no se consume. Allí, en las antiguas tradiciones y los pasajes cosmológicos, encontraba respuesta y alivio a mis inclinaciones fatalistas. Pensé en el paradisíaco Edén y la conformación del hombre. Las palabras bíblicas resonaron en mi cabeza: “Dios creó a la mujer de la costilla del hombre para su compañía”. Zeus dividió a los primeros

seres; seres duales separados por su arrogancia. Hombre y mujer vagando por la inmensidad de la tierra en busca de su contraparte.

—Disculpa, ¿te sientes bien? —escuché una voz suave y rítmica. Me reconfortó, pero no contesté. Quité las manos de mi rostro y tiré un poco de mis cabellos. Respiré profundamente e intenté balbucir una respuesta, aún con la mirada gacha. Finalmente me reí, estaba a punto de echar a andar el juego de pregunta-respuesta que tanto me mortificaba.

—¿Es a mí?

—¿Quién más? —por fin, levanté la mirada y la fijé en los ojos de mi interlocutor.

—Estoy bien, sólo fue un mareo.

—¡Oye!, estás más pálido que un fantasma.

Sus ojos se movían de un lado a otro con una expresividad asombrosa y me miré en el reflejo de aquellos ojos parleros que decían todo con un sólo vistazo. Yo no tenía una palabra para definirlos. Suspiré y me quedé inmóvil, contemplativo, sin decir más.

—¿Por qué me miras de ese modo? —dijo la muchacha que fortuitamente, y sin que yo lo pudiese imaginar, se sentó junto a mí.

—De entre millones de personas...

\*

Se detuvo. No estaba conforme con su trabajo. Le pareció que había llegado a expresar sólo sensiblerías. Nada de profundidad

en su texto. No producía el efecto estético que esperaba. Simplemente no sería un éxito. Nuevamente, el escritor miró el marco colgado en el muro. Una lágrima se escapó de sus ojos y recorrió sus mejillas hasta filtrarse por sus labios resecos. El sabor salino de su lágrima le causó un profundo pesar. Esperaba escribir un *best seller* y sorprender nuevamente a sus lectores defraudados, pero, simplemente, se entretenía con sentimentalismos. De la amargura pasó a la rabia en un instante y arrancó con estrépito el papel de la máquina de escribir. Un borrascoso mar de lágrimas astillaba sus ojos. El escritor llevó el papel hasta sus labios. Entreabrió la boca y, frustrado por su incapacidad, comenzó a devorar el papel que se enjuagaba y desteñía con las lágrimas y la saliva, tan negra como la tinta en el papel.

\*

—¿Por qué no me dices lo que piensas? Siempre te quedas callado mirando a quién sabe dónde.

—No sé, tal vez no sería capaz de tolerar la verdad, aunque la tuviera frente a mí.

—¿La verdad? ¿Quieres decir que todo terminó?

—No, no. Eso no es lo que quise decir. No malinterpretes lo que digo, ni pongas palabras de más en mi boca.

—Si no me dices lo que piensas, entonces, ¿cómo pretendes que te entienda?

—¿Tú eres capaz de tolerar la verdad?

—Es mejor que seguirnos engañando.

—¿Lo ves? Ahora tú insinúas que todo terminó.

—Te respondo con la misma fórmula: no pongas palabras en mi boca. Tampoco me respondas una pregunta con otra pregunta, sabes que eso me incomoda. ¡Anda!, dime lo que piensas.

—Pienso que... no sé. No quisiera exponer mis sentimientos de esta manera.

—¿Qué fue lo que te pasó? Ya no te quieres exponer. ¿Qué fue del espíritu de la aventura? Nada te turbaba, eras más intrépido, más arrojado, más sensible, más humano.

—Ya no sé ni lo que soy. ¡Ésa es la verdad!

—¿Y qué hay de lo que sientes por mí? ¿Lo sabes?

—No quieres un cansado monólogo.

—Sí, sí lo quiero, si con eso ponemos fin a esta situación.

—Sí, ese es el punto, poner fin a esta situación. Pero, a la vez, lo que me aterra es el final.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Que me estrelle contra las piedras de un acantilado.

—Otra vez con tus metáforas. ¿Por qué no te explicas?

—Eso es precisamente lo que intento hacer, pero no encuentro las palabras.

—Tú siempre encuentras las palabras, sólo haz un esfuerzo.

—Esta vez es más complejo de lo que parece.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Ni tú ni yo sabemos por qué las cosas tienen que ser así. Mientras más reflexiono más hondo es el abismo. Pienso

que estoy cavando un pozo en el que, tarde o temprano, vas a lamentar mi desdicha. Yo lo sé, todo empezó de un modo indescriptible. Simplemente puedo decir que es lo mejor que me ha pasado, pero ahora, no sé qué está mal. Quisiera resolverlo con una promesa, pero eso sería inútil. Los hombres no podemos darnos el lujo de prometer, somos tan efímeros como el tiempo. ¿Cómo hacer promesas que se extiendan hasta la infinitud? Me sentía atormentado, encerrado en un sitio tan estrecho, como una caja de males y desdichas para la humanidad. Tú abriste la caja, me sacaste de mi letargo. Sentí por primera vez la brisa del viento que se funde con el perfume de la libertad. Renací. Miré asombrado la luz del sol. No me importó dejar las cadenas ni las sombras de aquel abismo en que me encontraba. Todo eso era confuso e ilusorio. Vivía apartado en una caverna pensando en una realidad tan sólo aparente. Me mostraste el colorido de un mundo inenarrable, la belleza de las formas y el arte de amar. Ascendimos juntos hacia el firmamento, no como un padre y su hijo que se aproximan a las esferas del sol, sino como hombre y mujer que confluyen en un mismo punto. En la cima de la montaña contemplamos el orden de las causas y sus efectos. Fuiste en cada instante mi guía. Hilvanaste un hilo con tus suaves manos, con el cual me librate del laberinto interminable de sombras y pasajes sin salida. Juntos nos bañamos en las aguas del río del olvido. Dejamos por fin en el pasado los tormentos más amargos. Limpios de toda la molición e inmunición del mundo, desprendimos las grandes alas, como un albatros que rompe el viento. Nunca imaginé que tanta dicha

fuese tan frágil como la vida misma. Ahora que soy tan dichoso a tu lado, me sobrepuja el miedo de un hecho ingobernable. Siento cómo la vida se me escapa en un suspiro. Me da miedo pensar que la vida sólo es un sueño, un fantasma de la mente, una construcción falaz de la imaginación o de un demonio supremo que se burla de nosotros, dejando que nos solacemos con la virtud del albedrío, mientras corta de un tajo el hilo de nuestra existencia. Así voy en picada y me aparto de ti. Te miro ascendiendo con tu espíritu infranqueable, y yo sin fuerza para retomar el vuelo vertiginoso del amor. Voy cayendo sin alas y sin ánimo por la vida, amarrado insufriblemente a un destino fijado desde un principio...

\*

Las lágrimas retornaron a sus ojos. Vivía un duelo interno y no podía dejar de pensar en sus infortunios. Cada palabra, cada relato, cada pensamiento le recordaban a la mujer que ya no estaba. Allí, colgado en el muro, estaba su único recuerdo más amado: el premio que obtuvo después de conocerla; significaba el ascenso de su carrera, a la vez que la inspiración que emanaba del amor que sentía por ella. Desde entonces, los libros se acumulaban uno tras otro en la habitación que hacía años no dejaba. Sus lectores resintieron el abandono. Pronto dejaron de promover sus libros en las estanterías de la librería. El escritor se vino a menos, olvidó sus días gloriosos y la grandeza se esfumó al igual que su juventud, pero la fastidiosa vida no se agotaba. Sintió un vacío en el estómago, como muchas

otras veces. Tomó el papel de la máquina, como muchas otras veces, y se alimentó.

\*

10 de mayo de 201...

Y ahora ha llegado el momento de preguntarme cómo me siento. Todo comenzó con la pérdida más grande, mi razón de vivir. Era mi vida, impulso e inspiración. Es difícil describir la tristeza que cayó como piedra sobre mis hombros: una carga que he llevado a la cima con interminables fatigas y ahora, en el punto más alto, amenaza con ejercer la fuerza de su imperio en una sinrazón; descendiendo y ascendiendo en un eterno, e inútil, vaivén del destino. Pero como la vida, la pirámide reposa sobre la tierra que la cimienta, el ascenso es un recorrido arduo y prolongado. La cima se ve lejos a la distancia y en la cumbre la vista contempla toda la perspectiva.

Quiero conocer cuál es el resultado de este punto crítico y, con ello, el porvenir que me espera. La conclusión no está en la cumbre, sino en el trayecto de esta odisea. Por eso es que es para mí tan importante tu compañía. Eres mi reflejo y parte de mi entendimiento. La diferencia es que tú te encuentras en la cima, esperando el resultado. Reposas, a la espera de mí, para continuar con tu camino, robustecido por la experiencia y con ánimos briosos para continuar con el resto de esta historia. Eres la imagen de la continuidad, el porvenir y el destino: un continuo devenir que sigue narrando, con nuevo y

originario entendimiento. Allí es donde radica la estima que nos hermana. Eres el reflejo de mi ser, que se desdobra de mi pueril naturaleza y me mira a la distancia, incitándome a llevar la carga hacia la cumbre. La importancia de esta historia nos determina a ambos. Así, no hay motivo para suspender la tarea que nos es pretérita. Vaya que es difícil comenzar a hablar sobre sí. Baste la larga arenga que nos ha suspendido por un momento en introducciones, sin dejar hablar a la causa primera. Será complicado recordar muchas de las vivencias y posiblemente no estarán en orden cronológico. Todo mundo sabe que los recuerdos de la infancia son los más alejados en los terrenos de la memoria, pero aun con ello, hablarán por sí solos aquellos que logren salir del silencio del olvido...

\*

No podemos determinar a quién dirigió la carta que comenzó el escritor, porque, simplemente, no la terminó. Al igual que toda su obra posterior al encierro en su habitación, se alimentó con ella, insatisfecho de sus letras y mortificado por el final fatídico que le esperaba. Él mismo había huido toda su vida de la soledad, para finalmente terminar sus días solo y, únicamente, frente a un marco que encerraba todos sus recuerdos. Congestionado, sintió retorcerse los intestinos después de masticar con aflicción la carta. Trató de sobreponerse y le atribuyó el dolor a un malestar pasajero, pero su mal era más profundo de lo que él suponía. Dentro, en sus entrañas, se revelaban sus recuerdos, anhelaban ver la luz del día y romper las cadenas de su encierro.

El dolor era tan intenso que, después de tambalearse con las manos oprimiendo el vientre, cayó sobre la pila de libros. Las torres se desplomaron y sólo un montón de papeles regados sobre el piso le sirvió de cobijo.

Durante algunas horas se estremeció y fustigó el dolor produciendo más dolor, imaginando sus días de dicha. Estaba tumbado en el piso y en posición fetal cuando suspiró el último aliento. Días después, su representante, por quién hemos conocido la triste desventura del escritor, encontró su cuerpo con el vientre desgarrado, abandonado sobre los despojos de su obra, y envuelto entre papeles ensangrentados, un recién nacido que no dejaba de llorar. Nos dijo que en cuanto lo vio lo tomó en brazos y el niño lo miró con unos bellos ojos parleros que narraban con un solo vistazo toda la amargura de la vida del escritor.



## Maldita mujer

Paris Octavio Rojas Broca

Si sólo supiera soportar el amargo dolor que amortaja el alma. Si sólo entendiera cómo perdí todo en un segundo. ¡Besal, ¡besa, maldita mujer, besa!, a lo menos sufriré por mi destino.

La vida, mi vida, era natural, simple, sencilla, práctica... aunque aburrida y monótona. Hombre de oficina, buen salario, mi mejor edad. Trabajaba en unas oficinas de una marca multinacional, multiempresarial y multialgo más. Realmente no importa, al igual que no importa el departamento a las orillas de la ciudad, la soledad nocturna, el desazón matutino ni nada de lo demás. Realmente no importa.

El tema no es ése, mi odio no versa en mi vida mundana. ¡Por Dios que la quiero de vuelta! ¡Por Dios que era mala!, pero era mi vida.

Como ya dije, trabajaba en oficina. Archivaba papeles, manejaba cuentas, datos, personas y dinero, pero no era mi jefe. Ni cerca. Tenía un superior, alguien que sólo manejaba personas como números, sí, como números; uno de esos humanos sin humanidad, esas bestias que adquieren el poder por arte de magia, artificios mundanos, lamehuevos que avanzó como espuma de cerveza. MALDITO DESGRACIADO, pero no importa.

Lo que realmente importa es la mujer, la maldita mujer. ¡Carajo! En mal momento me vine a encontrar con la prueba de mi destino, maldita la hora en que la vi. ¡Fémina Luzbel!, ángel caído, Medusa de mi destino. ¡MALDITA MUJER! ¡Maldito yo! ¿Cómo caí en la red de esa araña? ¿Cómo oí ese canto de sirena, cual náufrago?

Lo recuerdo perfectamente. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo olvidarlo, de hecho?

Fría tarde de invierno, era un miércoles. Había salido de mi oficina a fumar un cigarro justo después de haber tenido una discusión con mi jefe... (bueno, exjefe), el señor H (odio el nombre del señor H, hasta la Biblia odia el nombre del señor H, por eso todos le decimos el señor H), por unos papeles que no estaban a tiempo, según él.

—¡Eres un huevón! Te pedí estos papeles para hoy ¡No puedes hacer nada bien!, ¡nada a tiempo! ¿Medio día no te fue suficiente? Doce horas, cabrón.

—Pero, mire, señor...

—¡No! ¡Mire mis huevos! Todos ustedes, bola de ineptos —dijo señalando con el dedo, apuñalando y sobajando con la mirada a todos en la oficina—, no pueden hacer una

S-I-M-P-L-E pinche tarea. A la mierda con ustedes. Doce horas y no pueden terminar. Uno debe mostrarles los genitales.

Maldito cerdo. Cómo me daban ganas de matarlo, DE MATARLO EN VERDAD, apretarle el cogote, pobre animal. Lo perdonaría si no tuviera todo que ver en mi desgracia.

Salí de la oficina. Saqué la cajetilla de mi bolsillo, tomé un cigarro, coloqué con delicadeza la colilla entre mis labios, subí el microtanque de gas a mi rostro, raspé la piedra y deje escapar gas... Casi como una coincidencia el fuego apareció. El tabaco encendió. Una calada, una enorme bocanada de humo. Entonces apareció, apareciste, en un aire de misticismo y lujuria. “Bellaca, ingrata”. Luz en la neblina, difusa, inalcanzable, cosa equívoca. Antítesis por antonomasia.

Un segundo fue suficiente para admirar tu belleza. Tus ojos de amazona, ¡Venus impávida!, blanca luna vestida de sol, cascada de fuego... voluptuosa figura. Estabas ahí, suspendida en el tiempo, detenida en el mundo, como si nada a tu alrededor importara ni existiera, como una pintura en museo: intocable, inalcanzable, impensable, impenetrable.

Me debatía entre cruzar o no la calle, caminar y preguntar la hora, el clima, tu nombre. Me recuerdo en el futuro, cruzando con aire de grandeza, una sonrisa en mi cara (sonrisa estúpida, por cierto), tirando el cigarro; te pregunto tu nombre... tú me lo dices y contesto que es mi nombre favorito, te doy el significado y sonrío (sonrisa estúpida, por cierto); tomas mi mano, preguntas mi nombre, digo que no importa, como no importa mi trabajo ni mi vida; no importan las estrellas ni los astros, no importa nada... pero sólo me recuerdo en el futuro. Nada

pasaría y sólo tenía mi cigarro y mi sonrisa, y cuando desperté... ya no estabas. SONRISA ESTÚPIDA, POR CIERTO.

“¿Dónde estás?”. Lejos, muy lejos. “¿Dónde fuiste? ¿Cuándo desapareciste?”. JAJA TAL VEZ NUNCA ESTUVO AHÍ. “Tal vez...”. Lejos... “Muy lejos. Tal vez” NUNCA ESTUVO AHÍ...

Te busqué como loco, desesperado, herido. Te busqué sin descanso. CON LOS OJOS, te busqué con ahínco en cada rincón, en cada espacio, en un solo tiempo y no estabas... ya no estabas y yo era un loco y ya no te buscaba sin descanso y ya no estarías nunca más y se sentía bien... mejor que nunca, de hecho.

Regresé a mi infierno de vida, paraíso comparado al bátrato que me harías vivir. Maldita mujer pérfida. Regresé. Mi jefe era una bestia enjaulada, víbora ponzoñosa, dragón demoniaco. Me senté. Seguí oyendo los balbuceos del mentado; mientras, mi mente te recordaba en ese lugar, divagaba entre probabilidades y posibilidades, me planteé diferentes situaciones, mundos, BOCAS, tiempos; pero eran sólo mundos queribles, nunca los consideré probables ni posibles, eran utopías que se tornaban distopías en segundos.

—Juan, Juan... ¡Juan! ¡Deja de soñar y atiende al cliente! Tengo mucha hueva de atender a la vieja esa, sea quien sea.

Me arreglé la corbata frente el espejo, Y QUÉ HORRIBLE CORBATA. Caminé a su oficina; abrí lentamente la puerta mientras decía:

—Buenas tardes, disculpe la tardanza. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes —eras tú—. Estoy buscando a alguien que mate por mí —Y puse mi sonrisa de estúpido. Rechacé mis

pulsiones y evité tu mirada de Gorgona; utilicé un manual o algo como escudo de Perseo y mi labia de espada. Pensaba degollarte, hacerte mía en ese instante, usarte, tenerte, embelesarte... hacerte mía, desgarrar tus ropas y tus carnes, penetrar tus sentidos y tus piernas, comerte en un acto de antropofagia nada sutil... ¡Hacerte mía! Llevarte al más alto punto del Olimpo, dejarte caer y dar un paseo en el Aqueronte. ¡Hacerte realmente mía! Pero tu veneno, pócima del olfato, me detenía y me embelesaba, ¡a mí!, ¡me embelesaba a mí! Y tus perlas, esas malditas perlas tan bellas y ofensivas a las mías que son—eran realmente estúpidas. ¡Maldita Gorgona! ¡Maldita mi suerte y mi carne débil!

—Entonces... ¿me puedes ayudar? —dijiste trémula e impulsiva; y yo no entendí, jamás entendí—. Sí —te levantaste y me abrazaste. Me llenaste de besos, caricias, abrazos, halagos, lágrimas y devoción. Y yo no entendía.

—¡Gracias, gracias, mil gracias, graciasgraciasgracias!

“¿Gracias? ¿Gracias por qué?”. Me diste un sobre, una caja e instrucciones. Entonces saliste con esa sonrisa de perlas inundada de felicidad y sal. Y tu aroma me envenenó, me sedujo y me idiotizó.

Por un momento todo eso era para mí. Tú también me habías visto al otro lado de la calle, me habías notado en este mundo lleno de... personas. Y ASÍ NO ERA. Me vi abriendo la carta, mirando tu hermosa letra, oler tu perfume. Una lágrima mancharía el papel y correría la tinta de la palabra... amor, PASIÓN, lujuria, alargando el placer, muriendo de sensación a cada palabra, a cada punto y garabato... Al final espero ver tu

sello personal, tu firma, “y el gesto de lujuria crece espeso en mí”, y espero ver tu...

—¿Nombre? ¿Su nombre? ¿Cuál es su nombre? ¿Cuál es su nombre! ¿Lo dijo? NO LO DIJO, jamás lo dijo.

Arremetí contra mi persona. “No le pregunté su nombre”. NO LO QUISO DECIR, NO TENÍA LA INTENCIÓN, JAMÁS LA TUVO o lo olvidó, sólo lo olvidó. ¡No! JAMÁS LO DIJO, JAMÁS TUVO LA INTENCIÓN, NO MIRÓ AL OTRO LADO DE LA CALLE, NO PRESTÓ ATENCIÓN, NO LE INTERESA. ¡Lo olvidó! No lo dijo porque lo olvidó, porque nada la incitó a decirlo. Lo olvidó. LA CARTA, la carta tiene una nota. “La carta tiene una nota para mí”.

Desbocado, busqué la nota. ¿La habría tirado?, ¿la habría perdido en mi embelesamiento?, ¿en mi idiotez? Quise romper el sobre, voltear la oficina, tirar las sillas, aventar las máquinas, destruir la mesa, destruir el sobre...

—Ahí está —dije casi en un grito.

Ahí estaba, una nota en papel naranja, rectangular, tinta negra, garigoleada letra, y tu olor. ¿Y EL NOMBRE?

Tomé la nota. Era un cuadro color naranja pegado en una esquina de la caja. Efectivamente, ahí estaba tu letra, esos garabatos que llevan tu sello personal, como la huella de tus dedos, el ADN de tus células... Podría reconocer esa gorda “g” en cualquier lugar, tan perfecta. Me bastó sólo esa vez para poder reconocer tu letra, tu manuscrita y continua letra. COMO ME AGRADA LA “Z”. Tu letra tan estilizada, tus mayúsculas sutiles, ortografía perfecta. ¿Y el nombre?

—¿Terminaste con la cliente? —“Se dice *cliente*, estúpido”, grité desde mis entrañas para mí mismo— A ver... —Me arrebató la nota, la caja y la carta. “No la leí”, QUE PENDEJO. La bestia me arrebató todo... la caja, la carta y la nota... y no la había leído.

—Nunca me tendrás —oí a la bestia balbucear con un toque oscuro y pavor— ¿Quién?

—¡La puta!... Hija de puta, puta... “Nunca me tendrás”.

—PutapUTAPuta. Hija de puta. LA PUTA, puta.

—Pe...

—¿Qué, cabrón? ¿Te molesta? Jajaja... ¡No mames! Qué quieres que te diga si la hija de puta es puta (?); camina como puta, habla como puta, se viste como puta, pero no le digan puta a la puta porque la puta se emputa.

—Y sólo me quiere a mí la muy puta... Pero no me tendrás, ¡PUTA!

Tomó todo y pisoteó la puta caja y los cristales se oían crujir y romper bajo sus pies, PUTA, prendió un fosforo y quemó la carta reputa y la vi arder frente a mis ojos. Aún recuerdo el calor de ese infierno.

—Puta, maldita puta, puta, puta. La puta que me parió, puta asquerosa, ¡puta! ¡puta madre! Puta puta ...

Y el dragón quemó y rompió, rompió y quemó; arremetió contra todo y todos; mató, aplastó, arañó, gimió, plañó, destajó, ardió, gruñó y destruyó... todo y a todos... y yo sólo era un espectador... siempre con el cáliz de sabiduría en su mano, yendo de arriba abajo, surcando el fuego, bailando una danza de muerte inevitable; con cada letra a su propio ritmo, danzando,

cantando, sonriendo y hablando, hasta que se percató de “eso” y lo engulló.

EL IMBÉCIL SE LO COMIÓ, se comió su nombre, “se comió el conocimiento”. No pude más. Tomé lo más filoso que encontré y me lancé sin Sancho a destruir al gigante, a cortar la garganta del dragón, a degollar a la bestia. Lo único que vi fueron sus ojos cirrosos, grandes como platos. LUEGO SANGRE... un montón de sangre y sangre y más sangre, fue hermoso, el olor, el sabor... y sangre y más sangre, pero aún estaba en la oficina y él aún tenía la nota atorada en la garganta, la saqué y la leí: *Tráelo ante mí.*

Vi tu nombre, maldita mujer, vi tu nombre y obedecí. En ese momento no lo sabía, pero ya estaba bajo tus hechizos, eras mi dueña y yo tu esclavo. DUEÑA y esclavo. Tomé la cabeza, HERMOSA CABEZA CHORREANTE, parlante cabeza regordeta de ojos perdidos.

(Putá, putá, putá, putá, putá, putá, putá)

Tomé la cabeza y la puse en una bandeja DE PLATA reluciente, brillante y corrí al ascensor. Apreté el triángulo amarillo que parpadeaba, los focos iluminaban el número de cada piso: 1: la multitud aclamaba la muerte del dragón; 2: FUEGOS ARTIFICIALES. APLAUDIENDO Y LLORANDO. ¡EL FASCISTA HABÍA MUERTO!; 3: mientras, la sangre alimentaría al pueblo; 4: (Putá, putá, putá, pérvida putá, putá hija de putá); 5: “y sería el rey del refrigerador marchando por las calles del mundo con ejércitos de chocolate”; 6: pero el cuadro de la pintura era diferente para ella; 7: BELLO Y MALO COMO SATÁN; 8: pues

llegaría el fin; 9: (y me matas por una puta [?] ¡PUTA!); 10: jo, jo, jo; 11: ji, ji, ji, ji; 12: JA, JA, JA, JA; 13: ¡ah!

Entré al ascensor y esperé pacientemente a que bajara con todo mi peso. Y por primera vez había silencio. Cuando terminó el descenso, corrí a tu encuentro. Todo era para mí; TODO y todo era por ti, por tu amor y tu cuerpo que olía tan bien y mi pasión inagotable de ti con deseos de antropofagia. Y te encontré en el mismo lugar de la primera vez, ¿la primera vez?; tan hermosa como aquella vez, ¿VES? Y fui a tu encuentro. Me recibiste con esas perlas añejadas, tan blancas, tan perfectas, tan valiosas, almeja de sangre protectora sangre y yo con mi sonrisa estúpida, POR CIERTO, y mis deseos de antropofagia crecieron más y más.

Y las letras, tus huellas en papel, danzaron a tu alrededor, y así debía ser, tú, impávida Venus rodeada del verso, blanca luna vestida de sol. Esa era tu “g”, tan regordeta con esa “z” tan estética que debías ser tú, cascada de fuego expandiendo el aura de tu ser, quemando mis sentidos como las letras eran tuyas y tú eras las letras; los versos elevando tu belleza, hiriendo la fealdad envidia de Afrodita, matando la lógica, razón del sentimiento.

Pero debías ser mía, así como las letras a ti, tú a mí, ser mía pues era tuyo, me TRAGAR EL TIEMPO Y CORRER A SU LADO, TENER LAS PERLAS, MORIR A SU LADO tenías a tus pies, comiendo de tu mano, palpando el cielo y el infierno, viviendo el SOLLOZAR EL PECADO, CORRER A SU LADO, VIVIR LA MUERTE MORIR AZULADO pecado constante, ¡pues debías ser mía! Introducirte en mi cuerpo, llenarte de mi SANGRE Y MÁS SANGRE, ERA TU CUERPO LO QUE NECESITABA, TUS

PALABRAS, TU ALIENTO sangre, comer tus carnes y correr a tu lado, besar tu cuerpo y morir a tu lado TUS LETRAS, TU PIEL, TUS HUELLAS, TU PELO, TU SER, Y HACERTE REALMENTE MÍA arrancar tus ojos y morir. La muerte era la única forma de hacerte realmente mía. Hacerte REALMENTE *mía*.

Crucé el río de alquitrán, límite de nuestro destino. Enloquecido por tus ojos amazónicos me guie hasta ti; llevando al señor H, cual mesero, lo entregué a ti, ofrenda para la diosa dueña de mi aprecio. Tú me recibiste con esas malditas perlas que empezaba a odiar, y me viste con el verde aro característico de ti, ese verde demoniaco que sólo yo podía ver. Lo tomaste y lo besaste, puta, MUY PUTA. Lo besaste y el dragón lo gozaba, lo sé porque veía cómo tenía los ojos en blanco muestra de su orgasmo infinito. Y tú sólo lo acariciabas y besabas y yo con mi SONRISA ESTÚPIDA, POR CIERTO, sólo veía cómo gozaba y gozabas, y no entendía. Y aún lo besas. ¿Por qué lo besas? ¿Por qué lo besa? ¿Qué no ves que estoy aquí para ti, para ti, maldita sea? No ves que estoy aquí por ti, traje el engendro para ti, vivo para ti, muero para ti. Toda esta línea lógica de placer y lujuria es para ti, pues soy tuyo, debo ser tuyo, quiero ser tuyo, tengo que ser tuyo, como la “g” o la “z”, como esos ojos verdes, como tu maldita sonrisa. ¡Maldita mujer! ¡Óyeme, maldita mujer! Ve que estoy aquí con mi sonrisa estúpida sólo para sentirte, sólo para... ¿PARA QUÉ? ...sólo para... Todos sabemos para qué. Para hacerte realmente mía.

Si sólo sintiera su suave succulenta sangre servida satisfactoriamente, sabor santo, satírico sello, suelto sembrado sobre sí, siervo somero saltando, solicitando salvación sacra... Sólo

supe sentir su sangre serpenteando, sobajando sus sentidos, su solución sulfurando sus senos. Simple sirena sin silbido. ¡Sí! Serenata silenciosa. Sólo así serías mía, Salomé.

Sólo así sustituí tu ser sembrándolo en el mío; sólo así entendí que el Mictlán se escondía tras la ventana de Castel; sólo así supe que era el silencio, sólo así satisface mi sed de ti; sólo así fui tuyo y fuiste mía; sólo así te puedo escuchar por el resto de la eternidad aunque te encuentres en silencio dentro de mí; sólo así fui libre de mí; sólo así olvidé el pasado.

Dime, Salomé, dime si tienen un círculo en el infierno sólo para ti y para mí.



## Señas particulares

Fabiola Monetti

**Abres los ojos.** El teatro terminó. Planeas escurrirte bajo las cobijas que te pesan como una bola de nieve. Lo crees con vehemencia, aunque nunca has visto la nieve. La imaginas terrible: blanco infinito, semejanza ciega. Eres ser de frío, pero no del que azota la espalda. Éste no da tirones, no te lleva a tus márgenes. Lo padeces y callas.

Te levantas. Te le escapas al sueño. Sales, sin yelmo y escudo, a la ausencia. Cada mañana te arrastras, pálido sol de enero, entre las ventanas. Ellas te miran. Te dan su reflejo mil veces más de lo que ofreces: una figura, crees, sorda a la muerte. Emulas una conversación matutina. Nadie responde.

Es lunes, y a pesar de que todos los días haces lo mismo, quieres creer que es diferente. Te apetece bajar al infierno. Pones

sobre la mesa tu desayuno. Deglutes todos los alimentos. Los tragas. Tal y como el día hace contigo. Como si la vereda se te echara sobre la sombra. Te bañas sin tener noción de tus pliegues, de tus escondites. Mientras te vistes mascullas canciones, quejas por lo que se te vendrá encima: la ropa, la soledad, todo el frío que no alcanzas a imaginar.

Sales a la calle y te sientes más solo. Caminas rápidamente para engañar al tiempo. La mujer que vocea el periódico. El perro afuera del zaguán rojo. Los niños que parecen felices. ¿Por qué habrían de estarlo? Si la vida, sabes, es una deformidad del azar. Una astilla de la nada. Un lobo perdido que viene a la ciudad a recordarnos que corre salvaje, que aún tiene voz para su rabia. El fuego y el silencio quemar igual.

Sólo hoy tropiezas en la esquina. Te sientes llamado a presenciar un acto místico porque tu vida se ha salido del curso habitual. Con mirada beatífica, como si te acabaran de dar en todo tu olvido, miras el cartel que está pegado en el poste. El mismo de siempre; del que te sujetas para sentirte eterno, como una mala estatua viviente. Ya percibes el calor.

Lees: “NOMBRE: FEDERICO RUEDA”. Eres tú. ¿Qué hace tu nombre en un poste? Te pierdes en la contemplación de tus zapatos. Se diría que alguien sólo puede percatarse de tu existencia porque tu color no es el blanco del yeso. Vuelves a leer tu nombre. Unas palabras más, en desorden. No quieres atragantarte con ellas; que caigan despacio por tu estómago, que ralenticen el exterminio. Ésa es su función. Te roban lo poco que tienes. Sí. Eres tú. Miras las manos que caen a tu costado como dos pañuelos sin iniciales bordadas. No hay líneas en

ellas que digan que eres. Volteas a tu alrededor. Todo igual. Sabes que en un parpadeo el mundo no va a cambiar. Ése era el juego de la niñez; entonces sí cambiaba. Ya no eres ingenuo para creerlo. Ves las flamas apareándose.

Caminas torpemente. Tropiezas varias veces. Repites algunas de las palabras que leíste: “ESTATURA: 1.75. PESO: 73 KILOS. COLOR DE OJOS: CAFÉ”. Buscas un espejo y te observas. Sí, son tus ojos. Corres al escaparate de la tienda, al vidrio. Sí, es tu peso, tu altura, pequeña comparada con el hambre del tiempo. Existencia apócrifa la tuya. Las ideas te llevan lejos. La mente es más rápida que la angustia, que tu candor al descubrirte.

Vas perdido entre la gente. Eres un oasis. Subes al camión que te llevará a salvo: a tu trabajo. Cuelgas del pasamano. Te dan codazos. Luchas por salirte de la fiesta de disfraces. No. Tú no vas a bailar con careta. No importa que las máscaras chillonas se rían; que la cordura sea un insecto que revolotea, pernicioso, en el jardín de la quietud. La quieres de vuelta. Te arde la vida.

Llegas al edificio. El elevador nunca sube. Siempre baja, como todo bajará. Tú has bajado. Cruzas la puerta de cristal con temple de pintura olvidada. De mar ante el que nadie se hinca. El mismo cartel en varios cubículos. Nadie responde a tus saludos. El silencio es más ruidoso ahora. La tormenta de tu voz cae sobre tu zapato de mármol. No hay nada sobre el escritorio. Sólo un cartel. ¿Quién se llevó tus cosas?, ¿quién tu calma de espejo?

Sales. Gente en la calle. Las golondrinas giran en la misma danza que ejecutabas sólo ayer. Regresas a tu casa. Nadie te espera. “EDAD: 42 AÑOS. LA ÚLTIMA VEZ SE LE VIO EN...”.

Recuerdas. Estás desaparecido. ¿Dónde te perdiste, Federico? Piensa, piensa. No caigas. Piensa. ¿Revelaste algún secreto? ¿Un águila te comerá el hígado cada tarde?

Te apropias de un cristal, de una puerta, de cualquier cosa que te diga que eres. Pero no basta ser. Necesitas estar. Ya no encuentras el café de tus ojos ni tu metro setenta y cinco. “PARA CUALQUIER INFORMACIÓN SOBRE SU PARADERO...”. ¿Adónde va a hablar la gente si te ve? No tienes opciones. Te resta sentarte a ver cómo te multiplicas de nada, cómo te quedas sin uñas, cómo te devora la oscuridad de las horas.

Lo piensas, trastabillo del ánimo. Pasas un rato dando vueltas en la calle, como animal carroñero: esperando que la muerte brille, porque ella no va a morir. Ahora lo sabes. No eras tú. La descripción era errónea. Tú no tienes los ojos cafés. Obsérvate. Los tuyos están huecos.

## No temas al otoño, si ha venido

Alonso Guzmán

Bienvenidos a la raza humana.

SNAKE PLISSKEN

Azul se había dado un tiro en la cabeza y todos sabíamos que Jazz se moriría con ella. La poli apenas preguntó gran cosa. Era evidente, obvio, que aquella masa rosada era lo que alguna vez hizo que Azul bailara en los atardeceres toluqueños sobre el cerro de la Mora. Tardes de rojo y verde, desde que llegó la nave nodriza a cubrir el firmamento del valle, a lo lejos, en el horizonte que antes reinaba el Xinantécatl.

Todos supimos que Jazz moriría con Azul; pero ella siempre había tenido esa posibilidad hacia la muerte. Decía por las noches: “¿Qué habrá más allá?”, o cuando el William Lawson's corría por el estudio: “¿Qué pinche vida es esta?” y Jazz movía

la cabeza dándole un jalón a su porro o a su mona y la abrazaba con sus brazos de negro indio, con su barba simulada de negro indio, con esa barba que le dibujaba el rostro como alfombra de pelos de gato. Se quedaban viendo el pedal del fuzz o la ventana o el verde de la noche iluminada por las luces multicolores de la nave nodriza a lo lejos.

Ojo por Ojo Records surgió justo en el día en que *ellos* llegaron y se pusieron sobre el nevado. Fue como un presagio que a todos contagió de mal agüero. En la fiesta tocaban Los Horrores de Guerra y entre los gritos de Demente (“No a la invasión yanqui”) poco a poco se fue oscureciendo la ciudad. Chambers, el otro productor de Ojo por Ojo Records, dio un trago profundo a su cerveza y escupió e intentó no cagarse. La nave gigantesca se acomodaba como un elefante redondo y metálico con la pereza de una isla sobre el volcán y se sintió cómo unos brazos fuertes apretaban el aire. Jazz tuvo ganas de correr a los brazos de su madre. La fiesta de inauguración terminó entre correderas y gritos y sólo los más ebrios se quedaron en la barra frente a las cervezas preguntándose qué chingados era eso. Chambers dijo que eran extraterrestres; Jazz pensó en el fin del mundo, Azul abrazó a Jazz con un miedo parecido al frío y Demente, drogado y asustado, comenzó a gritar en el micrófono: “No a la invasión de esos pendejos”, pero nadie lo escuchó.

Saska, el mono, llegó a su casa en lo alto del árbol más alto del jardín Cuauhtémoc y se prendió un plon de piedra. Era un mono muy piedroso y casi todo lo que ganaba pidiendo y robando en el centro se lo metía de piedra. Kan lo ocupaba para llevar crack a las orillas del Xinantécatl, allá donde no entra

nadie, sólo los junkies. Saska, el mono, no comprendía como era aquello del miedo, la muerte y la vida. Él entraba donde quería y no tenía ningún reparo, nunca le había preocupado; pero al ver los ojos de Kan referirse a las faldas del volcán sabía que su jefe tenía miedo y eso no era bueno para un jefe, así que Saska, el mono, sólo esperaba un poco para que Kan se equivocara y ¡pum! Una bala bien puesta entre ojo y ojo lo quitaría del mapa. Una bala de Saska, el mono, que mataría a Kan, le daría poder y sobre todo, le daría a Azul. Mientras pensaba en todo ello, allá, bajo la doble oscuridad del primer cuadro de la ciudad, con el viento verdoso del valle y el rumiar de los árboles que truenan como viejos huesos, Saska se relamía los belfos con el sabor de la piedra y el ensueño.

Chambers quedó de verse por la tarde con la rubia Petrucci en el centro para buscar a Jazz. El primer cuadro de la ciudad estaba ennegrecido por la sombra de la nave nodriza. Desde el primer cuadro hasta el volcán, la terminal, la antigua ciudad de Toluca, la de los españoles y los indios estaba oscurecida por la circunferencia acre y dura de aquella nave. Sombra de sombras, como si trajera en lo negro la tenebra de otro universo, lejana, estrellada, densa por todos lados. La rubia Petrucci estaba en la esquina de los Portales, se arreglaba la tanga que estrujaba su pene. No había aprendido todavía los viejos trucos de las vestidas. Chambers le lanzó un beso de lejos y la invitó a subirse a su Valiant destartalado. “Tree float” de The Ex sonaba en las bocinas carcomidas como una broma de mal gusto. La rubia había escuchado que Jazz estaba jodiendo a los junkies de las faldas del volcán: Raíces, Santa María del Monte, que ahora se

llamaban Ungainly Roots, Berg, debido a los cientos de drogadictos que venía de todo el país y del mundo a drogarse con la verde cagada de los alienígenas. En todos los continentes existían esas enormes naves nodrizas, pero estaba claro que algunos países no tenían el control para penalizar a los nuevos drogos que se extendía por millones. Así, los neoyorquinos preferían atiborrarse de crack, coca, anfetás y green haze bajo el volcán de Toluca que en su ciudad, debido al rígido control policial. La rubia Petrucci mostró una gigantesca arma de asalto que traía bajo el abrigo. “Esos deshechos no nos van a joder, mi amor”, le dijo a Chambers que bebía un sorbo de *whisky* caliente. Le pareció una idea muy chingona morir disparando junto a un horrible travesti.

Azul comenzó a ver a Saska en su ventana mientras Kan le acariciaba los senos somnoliento de heroína, agazapado en ese perfumado sillón enorme que combinaba con las tardes grises de la ciudad. A ella le gustaba abrir la ventana para oler el húmedo carácter del aire mezclado con el vapor verdoso que flotaba por todas partes. Una tarde, Saska, el mono, se quedó en la rama de un árbol frente a la ventana; vio cómo Kan chupaba y acariciaba los senos redondos de Azul, blancos como la empuñadura de marfil que sostiene el matarife en las horas grises. No dijo nada, Saska sólo era un mono, un animal que no imaginaba el placer. Se perturbó un poco, pero lo ignoró apenas Kan se recostó como siempre sobre el sillón y dejó la heroína libre. A Azul le gustaba estar con Jazz; apenas Kan dormía, ella tomaba el chuzo y se largaba de ahí por la puerta trasera, sin que nadie se enterara, hasta que los ojos de Saska comenzaron a seguirla.

Al principio tuvo miedo de ser descubierta por el mono. Pero lo pensó bien, ¿quién le creería a un mono? Por varios días no volvió a ver a Saska, hasta que una noche, mientras Jazz preparaba un poco de chuzo para ambientar la mezcla del disco de *Karmatropophagia*, Azul lo vio oculto entre el poste del teléfono. Ahí estaba, con su ropa de soldado confederado y su máscara de muñeca de plástico. Justo cuando quiso mostrárselo a Jazz, Saska desapareció entre las sombras. Jazz nunca le dijo nada, malvibre de la heroína, del crack, malviaje de la mota, del green haze, cualquier cosa, no le dio importancia, pero ahí estaba Saska, desafiante detrás de los mostradores, jineteando las gotas de lluvia en los veranos, con sus ojos rojos a mitad de la noche persiguiendo el delicado talle de su amada. Si hubiera podido pronunciar siquiera su nombre: “Azul”; Saska, el mono, dormiría repitiéndolo como una oración.

La rubia Petrucci se pintaba los labios con un rojo sanguíneo. El Valiant se conmovía como una vieja bestia por los caminos de Zinacantepec, oscuros como el orto de un negro en un blackroom de Donceles. El frío dejaba que se viera el vapor que exudaban los labios. Apenas olvidaba el labial, la rubia Petrucci sacaba la escopeta y disparaba al aire: “Para espantar a esos desechos, mi amor”. La luz del auto partía en dos la oscura y verdosa atmósfera de la tarde. “Fíjate —comenzó a decir la rubia—, que me contaron que ahora se meten pasta verde, el green primo, le dicen, por debajo de los huevos, Chambers. ¿Tú crees?, es como una pomada que se absorbe por debajo de las bolas” y se acariciaba los testículos que le brotaban por debajo de la minifalda como dos duraznos maduros a punto de caer al

suelo. “Juntan esa madrinola de vapor verde, alien flat, lo guardan en tubo de ensayo, le ponen no sé qué base de bicarbonato de sodio y crema de la campana, sí, precioso, crema de la campana, ceniza de cigarro y los más groseros le ponen una untadita de mota para que amarre. Se levantan los huevos y ahí se la untan, solos, acompañados, yo qué sé, esos drogos tienen manías que una que es decente no puede andar viendo, ni siquiera contando, corazón”. A lo lejos, entre los árboles negros se veían los focos de las pequeñas casas que las familias originarias dejaron. Los que se fueron lo hicieron por miedo, los que se quedaron también. No supieron qué mundo era peor para ellos: aquellas ciudades caóticas del mundo o ese su nuevo terreno de encinos y pinos, milpas y hierbas coloreados por el crayón de la ausencia. Poco a poco las familias fueron asesinadas, violadas, mutiladas. Su sangre pereció como perecía todo al lado del viento verde. “Me dijeron también que habían visto a Jazz en terreno de Kan, mi amor. Sabes que Jazz es una especie de Johnny Cash de las drogas, puede andar de aquí para allá lleno de fervor verde”. Chambers aceleró el Valiant y sonrió, sí, su hermano era el jodido Johnny Cash de las drogas.

Jazz fue quien la encontró en el departamento. Había visto la sangre y la danza de cerebros en la interfase del Alarma, de Rotten, pero nunca así de cerca. El porro se le cayó de los labios. El amarillo sarcoma del miedo hizo que sus piernas largas y zancudas temblaran. Nadie, drogado o no, puede darse cuenta de la velocidad, del impacto, del amasiato entre el terror y el asco. Sonaba aún “The fight inside of me” de Harum Scarum, a Jazz le dio tiempo de recordar el nombre del disco: *Suppose we*

*try*, lo murmuró a manera de oración o de escape. De pronto un frío venenoso le subió por la espina al darse cuenta de que ese cuerpo rendido ante los pliegues de la bala era su adorada, amada, suprema Azul. Un arrgg surgió de su boca, un grito nunca gritado, único, digno de ser grabado y mezclado y sampleado para una banda de crust punk. “Chambers, no mames, Chambers”, gritó después ya con lágrimas en los ojos, sostenido por la clave de fa del bajo eléctrico, por el viento verde, por el cimientito de la dignidad. Chambers llegó hasta el departamento, alcanzó a oír el grito dentro del estudio (o no lo escuchó, lo predijo), sostuvo a Jazz que ya caía. Olía a pólvora, a sal. Chambers vio el cráneo abierto de Azul, siempre había pensado que su cerebro era de un tono celeste claro, como un algodón de feria, pero no, era rojizo como los antiguos atardeceres de Toluca, pastoso como un ganglio, una gelatina carmín que ensuciaba todo. Fue en ese momento, cuando cargó el cuerpo de su hermano, que Chambers supo que Jazz moriría con ella. Lo supo porque le pareció cargar cartón viejo, un cartón de cerveza vacío una tarde de domingo.

Matar a Kan no fue difícil. Sólo tuvo que dejar de seguir a Azul, embebido de lujuria, loco por la piedra. Dejarla fue lo complicado. Separarse de ella. La seguía para todos lados, arriba, debajo de los árboles, de los postes, Saska, el mono, apenas descansaba en su casa en lo alto del árbol más alto del jardín Cuauhtémoc. Llegaba después de ver dormir a Azul. Prometía entre piedra y piedra verla de nuevo, tenerla, amarla y tenerla, lamerle los senos como Kan, besarla y abrazarla como ese patético punk que ella adoraba. Aquella tarde que la dejó, su sucio

punk estaba con otros tipos igual de rotos. Saska la vio subir al departamento, encima de Ojo por Ojo Records, algo que no comprendía muy bien. La miraba fijamente, le decía: “Hey, te amo, te amo, tienes que ser mía”. Azul lo veía de reojo y eso le encantaba a Saska, el mono. Le gustaba saber que era visto por su amada, esa comunicación lo encendía, ella le decía: “Te amo mono Saska, ahora no puedo, pero te amo, mata a Kan y seré tuya”. Saska sabía que eso decía con la mirada, por eso aquella tarde la dejó. Sabía que Kan dormía repleto de chuzo en aquel sofá gigante de su piso. La última imagen que tuvo de Azul fue cuando ella ponía un disco y se sentaba en el sofá a escribir, junto a la ventana, mirándolo. De inmediato fue por su calibre 22. Corrió por la ciudad como nunca. Sin que nadie se percatara trepó por un poste de luz y se coló al piso de Kan. Estaba ahí, dormido, babeante, aún con el cinturón en el brazo. Por segundos parecía que seguía lamiendo la teta de Azul. Sonreía como un idiota. Matarlo no fue difícil. Saska esperó hasta que abriera los ojos. Se plantó frente a su rostro, quiso decir: “No es nada personal” y disparó toda la carga. Kan sólo pudo ver a un pequeño mono vestido como confederado con una horrenda máscara de plástico que le gruñía con furia mientras le disparaba.

Todos conocían a Jazz. Había estado aquí hace poco tiempo. Cantando canciones de viejo punk, Eskorbuto, Ser-vizio, La Polla Records, tú sabes. O allá, con los putos, moviendo el culo y jugando al badajo de la campana de la independencia, tú sabes. Luego con los hipsters recitando entre gafas de cianuro los últimos versos de Ginsberg, tú sabes. Lo vieron también

con los rain dogs, los drogos de Nueva York, casi a las faldas del volcán, “For I am a rain dog, too”, tú sabes. Era un entrar más al volcán, a sus callecitas de favela oscura, fría, terrible con esa nave nodriza encima como un sombrero intergaláctico y toda la gente o los desechos moviéndose como si fuera una ciudad de nadie. “Escapé de Nueva York, mi amor”, dijo la rubia Petrucci. El Valiant era visto por los fumadores de crack como un negocio, por los seguidores del green haze, no era nada, era una sociedad libre, droga gratis, ¿para qué matar, para qué robar? Todo eso que flotaba en el aire, todo eso verde que la gente imaginaba eran los pedos de los aliens, drogaba mejor que cualquier droga humana; pero experimentaron y se dieron cuenta de que combinada con otras drogas, la imagen del universo, de dios, de las ardillas, de las hormigas, venían a tu mente hasta derretirla. ¿Por qué no entonces hacer una comunidad? ¿Pero qué pasará si bajan alguna vez los dueños de las naves? ¿Lo han hecho? Nunca, ¿qué podría pasar? Todos los desechos del rumbo ya estaban muertos, al menos así caminaban, así veían, como putas cajas de cerveza vacías un domingo por la tarde. Jazz sabía de ese mundo. Era de ese mundo, conocía a todos, hablaba esa lengua amorfa que se generó del alemán, del francés, del español, del japonés. Chambers y la rubia Petrucci bajaron del Valiant para seguir una cuesta. Lo último que le dijeron es que Jazz bailaba con los Slaughter en los bosques altos. Si llegaban ahí su único boleto de regreso era el mismo Jazz, si no lo encontraban, si estaba muerto, ellos estarían muertos también. “Es mi hermano”, dijo Chambers y miró a la rubia Petrucci. Ella le respondió con un beso y dijo: “Vamos”. Las luces de la nave nodriza

se veían a lo lejos. La verde oscuridad de la mañana dejaba ver algunos arbustos. La cima, alta como invisible sólo prometía un largo y profundo lamento. Bauhaus, Human Drama, The Sisters of Mercy, tú sabes.

Saska, el mono, llegó al lugar en donde había dejado a Azul. Encontró los listones amarillos que remiten a la muerte. Los moños de la muerte. No había nadie. Precavido entró por una ventana rota. Sólo quería decirle a Azul que la amaba, que Kan estaba muerto, que ahora todo ese territorio sería para ellos, que se drogarían juntos, que estarían juntos. Saska olió la sangre. Conocía bien ese olor. No tuvo miedo, no sabía qué era sentir miedo. En medio de la sala miró el estéreo en donde vio a Azul poner música, el sillón donde se sentó, junto a la ventana, la pluma y la hoja en la que comenzó a escribir después de mirarlo por última vez. Era su letra. Su hermosa y redonda letra. Saska sabía de letras, nunca entendió, pero conocía muchas letras de mensajes que Kan le mandaba llevar o traer. Sobre la hoja había sangre. Saska tomó la hoja e intentó leerla. La olfateó. Con cuidado la llevó a su pequeña bolsa. Decidió esperar a que llegara con ese sucio punk. Durmió en el poste del teléfono esa noche. Azul no llegó. La buscó en la casa de Kan y no la encontró. Entonces fue a los callejones a escuchar lo que decían los vagos, los soplonos, los chismosos. Ahí se enteró del suicidio y de lo que pasó después de la muerte de Kan. Escuchó también que Jazz, el punk de mierda con quien se drogaba Azul moriría también. Saska, el mono, comenzó a gritar que él también moriría, que él también dejaría el mundo por amor. Los vagos lo miraron con miedo, un mono que grita enloquecido a

mitad de la noche... lo dejaron solo, huyeron. Saska entonces fumó más piedra que en toda su vida, simulaba leer aquella hoja e imaginaba que decía cosas de amor, de amor hacia él. Azul lo había mirado antes de escribirla, era su declaración de amor. Así se fue la noche, la mañana y la tarde. Así también se fue la piedra, la coca, el alcohol. Los gritos de Saska espantaban a los junkies que pasaban por el jardín Cuauhtémoc. Saska gritó hasta quedarse afónico. Enloquecido por la piedra se lanzó desde lo alto de su árbol. Lo último que dijo fue “Azul”. Se aferró a la hoja como un relicario. El ruido de su cuerpo al caer fue mínimo, imperceptible, verde y negro, como esa mañana.

“Por fin se fue esa imagen del infierno. Me estoy volviendo loca. No soporto verlo más. No podría verlo una vez más. Sólo él tiene la culpa. Te amo Jazz. Azul”.



## Sobre los autores



**Gabriela Ballesteros** (México, D.F.; 1977) inició su carrera como escritora en 1998, cuando egresó de la Escuela de Escritores del Estado de México, publicando cuentos, ensayos y críticas en ediciones periódicas del Estado de México, Veracruz y Puebla. Su primera novela, *Historias de entrecasa y caza* (IMC, 2001), fue producto de una beca otorgada por el Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México (Focaem). Actualmente dirige para Ediciones de Autor el Programa de Creación de Públicos Lectores, con cuya editorial ha publicado los libros de cuentos *Siete cuentos capitales* (2011), *De aparecidos y desaparecidos* (2012), *De infortunio, amor y disparate* (2013) y *Cuentos mayas* (2014). Es licenciada en letras latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) y maestra en administración de instituciones educativas por el Tecnológico de Monterrey. Se ha desempeñado profesionalmente como correctora de estilo, editora, docente y jurado de concursos literarios.

**Pablo Barrera Quintana** (Estado de México, 1983) estudió ciencias de la comunicación; ha participado en diversos talleres literarios y en revistas de divulgación cultural, ya sea como colaborador o como parte del consejo directivo. Ha dado a conocer su trabajo en *Toco tu boca. Antología erótica* (Amarillo Editores, 2007) y en diferentes publicaciones de la Asociación de Escritores del Estado de México. Asimismo, participa con artículos de investigación literaria en la revista *Fanárika*, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

**Jazmín Carrasco Hernández**, junto con Mónica Palacios, publicó el libro *Poesía* (UACH, 2001) y las plaquetas *Suicidio colectivo* (Ediciones La Resaca, 2007) y *Dédalo* (2008). Ha colaborado en diversos medios periodísticos y en el libro colectivo de crónicas chapingueras *Ave de paso. Voces de la cotidianidad* (Molino de Letras / IMC, 2004). Ha formado parte de diversos talleres literarios como los coordinados por Silvia Castillejos, Pino Páez, Juan Carlos Canales, Víctor Baca, Lauro Zavala, José Vicente Anaya y Concepción Zayas. Es socióloga rural, maestra en literatura mexicana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y cuenta con estudios de doctorado en desarrollo rural con perspectiva de género en el Colegio de Postgraduados. Actualmente, es profesora de tiempo completo en la Universidad Intercultural del Estado de Puebla.

**Mariana Delgadillo Medina** (Tepetlaoxtoc, Estado de México) estudió agronomía en la UACH; sin embargo, la escritura fue una constante en su formación. Realizó estudios de maestría y doctorado en Puebla. Se especializó en estudios de género y

atención a mujeres indígenas que sufren violencia intrafamiliar. Ha participado en diferentes proyectos de investigación a lo largo de su carrera. Es profesora-investigadora de la Universidad del Valle de Puebla y capacitadora a nivel nacional de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa). Cuenta con diversas publicaciones literarias y académicas en varios espacios.

**Anel Díaz** (Tultepec, Estado de México; 1983) formó parte del Colectivo Voladora. Arte y Cultura en Comunidad, en 2002, el cual montó dos obras de teatro de su autoría: *El mal de la esperanza* y *Henchidos de bestias*, presentadas en diferentes foros mexiquenses y del D.F. Estudia sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, y lengua y literatura hispánicas en la FES Acatlán. En 2008 publicó *Petrarca en el vacío* (Pestaño Oscuro Ediciones). Ese mismo año condujo el programa Boca de Cien Labios, junto al poeta José Falconi, en Radio Mexiquense. Guionista de diversos videoclips de bandas de rock como Voladora y Pócima de Raíces, así como guionista y conductora del *podcast* Tultepecas Radio. Explora las artes plásticas, de donde se desprenden las exposiciones individuales Microbiología y Magnetismos en la Casa de la Cultura Luis Nishizawa Flores y en el Centro Regional de Cultura de Atizapán de Zaragoza, respectivamente.

**Arturo J. Flores** (México, D.F.; 1978) estudió ciencias de la comunicación en la UNAM. Ha publicado los libros de cuentos *Cuentos de hadas para no dormir* (IMC, 2009), *Como una sombra vil*

(IMC, 2011) e *Instrucciones para jugarse la vida con Satanás* (IMC, 2014); además de las novelas *Provocaré un diluvio* (Tierra Adentro, 2011) y *Te lo juro por Saló* (Ediciones B, 2012), así como varios textos en revistas como *La Mosca en la Pared*, *Forward*, *El Gourmet*, *Open*, *Nuestro Rock*, *Código Rock*, *Gótica*, *Nocturna*. Actualmente es editor en jefe de la revista *Playboy México*.

**Daniela Flores** (Hidalgo, 1983) es autora del poemario *Plegaria a un cuerpo* (Editorial Patético, 2013), catalogado en la *Enciclopedia de la Literatura en México*. Estudió en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se ha desempeñado como editora, fotorreportera y periodista de investigación especializada en diversos medios. Su obra como narradora y poeta ha sido publicada en revistas y antologías de México, Estados Unidos, España, Colombia y Nicaragua, entre ellas *Playboy* y *Revista de la Universidad de México*.

**Francisco Javier García Carrillo** (México, D.F.; 1979) es licenciado en comunicación y maestro en estudios para la paz y el desarrollo por la UAEM y el Instituto de Investigaciones para la Paz de la Universidad de Granada, y maestro en comunicación y lenguajes visuales por Iconos Instituto de Investigación en Comunicación y Cultura. Asimismo, ha cursado estudios cinematográficos en el Instituto Icnimacuilli Tonatiuh de México y en la Universidad de Granada. Es productor de cine, ensayista, músico, escritor. En su primer libro, *Benferros sin número* (UAEM, 2001), inició la búsqueda de los temas que lo definen como narrador: la soledad, el desamor, la esperanza anquilosada en medio de la más profunda de las

tristezas. También ha publicado *Trazos rotos* (Ediciones de Autor, 2014).

**Omar Gómez Díaz** (Tenango del Valle, Estado de México) es músico, escritor, compositor y pedagogo. Cuenta con estudios de licenciatura en composición musical en el Conservatorio de Música del Estado de México, donde ha sido docente de guitarra, solfeo, apreciación y música de cámara. Ha publicado cuentos breves en la revista *La Colmena* y en el diario *Ocho Columnas*. Ha participado como lector de obra en dos ediciones del Festival Internacional de Cuento Breve, organizado por el Centro Toluqueño de Escritores, A.C. (CTE), entre otras instituciones culturales nacionales e internacionales.

**Eduardo H. González** (México, D.F.; 1975) ha publicado poesía, cuento y ensayo literario en Estados Unidos, Chile, Argentina, España y México. Obtuvo el tercer lugar en el Certamen Nacional de Poesía “Francisco Javier Estrada” 2008, convocado por Casas del Poeta, A.C., y mención en el Certamen Internacional de Poesía 2011, realizado por la Latin Heritage Foundation. Fue finalista en el Certamen Internacional de Poesía El mundo lleva alas 2011, organizado por la Editorial Voces de Hoy, en Estados Unidos. Ha colaborado en revistas como *Castálida* y *Opción*. Se dedica a la docencia e imparte talleres de creación literaria.

**Alonso Guzmán** (Toluca, Estado de México; 1980) es licenciado en letras latinoamericanas por la UAEM. Cursó el Diplomado de Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México. Obtuvo la beca Focaem en dos ocasiones. Acreedor del Premio

“Alejandro Ariceaga” para primera novela en 2006 y mención honorífica en el Premio de Cuento “Alejandro César Rendón”. Participante en distintos talleres de creación en el Centro Toluqueño de Escritores, A.C., y con el grupo Urawa. Desde hace una década se dedica a la producción y locución en Radio Mexiquense y, actualmente, en UniRadio. Ha grabado dos discos con la banda de hardcore punk Re.In y uno con la banda de crust punk Keyser Soze. Ha publicado las novelas *La agonía de la marmota* (CTE, 2006) y *Los geranios y la nieve* (Diablura, 2014). Muchos de sus textos aparecen en revistas y antologías del estado y del país.

**Ana Rocío Guzmán** (1982) es licenciada en letras latinoamericanas y maestra en humanidades: estudios literarios por la UAEM. Es editora *indie* desde 2010, investigadora literaria desde 2012, una de las creadoras del proyecto Literatura Barata. Algunas de sus publicaciones: “Melusina Ollin” en *Dislexia peyorativa* (2002), *Cuando sea grande quiero ser lesbiana* (Miranda, 2010), *La estética de la muerte violenta* (Ediciones Gallito, 2011) y “PlacentEros cartonEros, fiEros atizadEros” en *CartonEros* (Ediciones La Verdura Cartonera, 2011).

**Margarita Hernández Martínez** (Toluca, Estado de México; 1985) es licenciada en letras latinoamericanas por la UAEM. Ha participado en el Séptimo Coloquio de Lengua, Teoría y Literatura Latinoamericanas: la Literatura en el Valle de Toluca a partir de 1950; Primer Encuentro de Escritores del Estado de México y las últimas ediciones del Festival Internacional de Cuento Brevísimos. Es autora de reseñas, críticas y poemas en *Molino de*

*Letras, Contribuciones desde Coatepec, Milenio, Monedero de Palabras, Destiempos, Letralia, La Colmena y Letras Hispanas.* De 2007 a 2012 fue responsable de la sección cultural del semanario *El Espectador*. En 2003, ganó la mención honorífica del Cuarto Concurso Nacional de Cuento Preuniversitario “Juan Rulfo”, otorgado por la Universidad Iberoamericana; en 2007, obtuvo el primer lugar en el Cuarto Concurso Universitario de Poesía, organizado por la Facultad de Medicina de la UAEM. Ha publicado *Antes del polvo* (CTE / Cosmoción, 2008). Algunos de sus poemas se encuentran en la antología *Cantar bajo la nieve* (H. Ayuntamiento de Toluca / CTE, 2012), compilada por Oliverio Arreola.

**Sandra Hernández Martínez** (México, D.F.; 1988) es licenciada en comercio internacional de productos agropecuarios por la UACh. Ha publicado textos en las revistas *Molino de Letras y Actualidad de la Medicina Tradicional Herbolaria*, así como en el libro *Cuéntame de tu pueblo* (2005). Participó en la Quinta Feria Estatal del Libro 2006, en el Centro Cultural Mexiquense. Con reseñas, crónica y poesía, colabora en el periódico *Expresión*, de Texcoco. Ha difundido también sus crónicas y cuentos en el portal de internet [www.todotexcoco.com](http://www.todotexcoco.com).

**Sahíd Jiménez Lechuga** (México, D.F.; 1975) es psicoanalista y autor de tres novelas: *La sarna, La iguana masca de este lado y Por si vuelven a preguntar*, publicadas por el Instituto Mexiquense de Cultura; aún inéditos: *Rosicler, SM*, relatos eróticos, y el poemario *Venus Manticora*. Es fundador del grupo de estudios sobre arte

y psicoanálisis La cajoneradesastre y del taller de literatura Púrpura 69.

**Cristian Lagunas** (1994) tiene estudios en letras hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, y en escritura creativa por la Universidad del Claustro de Sor Juana, la Fundación “Pedro Meyer” y el Centro Toluqueño de Escritores, A.C. Es colaborador habitual en *Frontal*, gaceta digital de crítica literaria, así como en *La Colmena*, *El Espectador* y *EL6A*. Participó en la antología *25 golpes de suerte* (Lectorum, 2013). En 2014 fue becario del Focaem en la categoría jóvenes creadores.

**Alejandro León Meléndez** es escritor, gestor, empresario cultural y sanbernardista. Empezó su carrera escribiendo guiones para pasquines que se doblan y guardan en el bolsillo trasero de un pantalón. Pasó por la Escuela de Escritores del Estado de México. Entró y salió de talleres como el del Centro Toluqueño de Escritores, A.C. (CTE), y el de Urawa. Miembro fundador de diezveintiocho. Coordinó los talleres “Mauricia Moreno”, en una cafetería, y “Ray Bradbury”, en la Biblioteca Pedagógica de Toluca. En 2009, ganó la última/más reciente beca del CTE, así como el Premio Internacional de Ciencia Ficción “Julio Verne”, en la modalidad de hipercuento, que otorga la Universidad de Guadalajara. Antologado en el libro *El árbol de las letras y la vida* (IMC, 2000), el cual obtuvo el Premio “Alejandro César Rendón”. Participó en la redacción del libro *Caleidoscopio mexiquense* (Gobierno del Estado de México, 2010). Publicó *Sobre suelo que serpentea* (CTE, 2011). Trabajó en el

Instituto Mexiquense de Cultura y en Tunastral, A.C., también fue director de la Casa de Cultura de Chapultepec, Estado de México.

**Amaranta Luna Castillejos** estudió letras hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa. Actualmente se desempeña como editora de la revista *Signos*, del Departamento de Filosofía de la misma institución. Sus textos han sido publicados en revistas como *Molino de Letras* y *Castálida*, así como en el periódico *Expresión*.

**Marco Antonio Manjarrez** bajo diversos seudónimos, entre los que figuran los de Eussebio Manguera, Eussebio Medina y Lorenzo Conejo López, este monadólogo patafísico se ha sumergido en arqueológicos géneros literarios tales como la poesía, el cuento, el cuento brevísimo y la dramaturgia. En 2008, fue miembro de la primera generación del Grupo Literario Camada Maldita, en homenaje a la obra del escritor Alejandro Ariceaga. Ha desempeñado desde entonces los más fantoches títulos, como el de fundador de la Sacra Orden de la Letra Púrpura, que cuenta actualmente con dos miembros en activo; el de gerente regional de Librería Jandi y el de corrector de estilo, entre otros. Fue coorganizador del memorable Primer Encuentro Intergaláctico de Poetas 2010, realizado en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Ha dictado, entre otras, las conferencias: “Características estéticas del neoplatonismo de Plotino en la Divina Comedia, de Dante Alighieri” (Noveno Congreso Nacional de Estudiantes de Literatura y Lingüística, 2011), “Apuntes para una semiótica de la música en la obra de Felisberto Hernández” (UAEM, 2012) y “Ecos

de la cábala en *Muerte sin fin*, de José Gorostiza” (UAEM, 2014). Ha sido colaborador azaroso de las revistas *Dislexia* (R. I. P.) y *La Pluma en la Piedra*.

**Demian Marín** (Toluca, Estado de México; 1979) es licenciado en letras latinoamericanas por la UAEM. Fue miembro del grupo Urawa. Ha sido promotor de la lectura en espacios de la UAEM y colaborador en diversas revistas nacionales. Formó parte de la séptima y octava generaciones de becarios de la Fundación para las Letras Mexicanas, en narrativa (2009-2011), becario del Focaem, en el género cuento (2012), y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), en la disciplina cuento (2013-2014). En 2014 obtuvo el XXIII Premio Nacional de Cuento “Efrén Hernández”, con su obra *Tierra central*. Algunas de sus publicaciones: *Corte de pelo* (Urawa, 2005) y *Vida y muertes del maestro Cha* (La Diéresis Editorial, 2012).

**Samantha Belén Martínez Maya** (México, D.F.; 1989), a partir de 2006, ha publicado en revistas de literatura como *Molino de Letras*, *Siembra* y *Castálida*, así como en el suplemento cultural del periódico *El Financiero* y en la antología *Alguien te busca en el espejo* (Molino de Letras, 2006). En 2008 participó en el taller de creación literaria El Casetón, dirigido por Eusebio Ruvalcaba. En 2014 asistió al diplomado de Narrativa Contemporánea, gestionado por el Instituto Tlaxcalteca de Cultura, de cuyo resultado se hizo la antología *Sampler*, en la que también participa. De forma casi independiente se ha dedicado a actividades de gestión cultural y promoción de la lectura en el municipio de Texcoco y lugares aledaños, como parte del proyecto editorial Molino de

Letras. Estudió antropología social en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.

**Fabiola Monetti** (México, D.F.; 1982) es poeta y narradora, licenciada en letras latinoamericanas y maestra en humanidades: estudios literarios por la UAEM. Ha participado con lecturas en atril en facultades universitarias, centros regionales de cultura e instituciones educativas tanto públicas como privadas. Cursó el Diplomado en Creación Literaria, en la Escuela de Escritores del Estado de México. En 2014, algunos de sus textos fueron incluidos en *La ciudad es nuestra*, compilación de narrativa en conmemoración del Encuentro Internacional de Poetas y Escritores del Nevado; *Imperio de sombras* (Los400 / Universidad Autónoma Metropolitana); *Una ciudad tan bella* (H. Ayuntamiento de Toluca / Instituto Municipal de Cultura, Turismo y Arte), antología de narrativa, y *Paso de nieve* (H. Ayuntamiento de Toluca / Instituto Municipal de Cultura, Turismo y Arte), compilación de poesía. Fue becaria del Focaem en 2014.

**Hugo César Moreno Hernández** (México, D.F.; 1978) es autor de los libros de cuentos *Cuentos para acortar la esperanza* (Netamorfofisis, 2006), *Cuentos para apornar la semana* (FETA / Conaculta, 2007), *Cuentos cortos para acortar el domingo* (Cofradía de Coyotes / Netamorfofisis, 2008), *Así aprendió a volar José* (Cofradía de Coyotes / IMC, 2009), *Enseres de supervivencia* (Cofradía de Coyotes / Netamorfofisis, 2011) y *Masturdating o apornarse las manos* (Editorial Fridaura, 2012), y de las novelas *Wences* (Cofradía de Coyotes, 2013) y *Ella* (Resistencia, 2014). Aparece en las

antologías *Abrevadero de dinosaurios* (Cofradía de Coyotes, 2008), *Ardiente coyotera* (Cofradía de Coyotes, 2008), *Coyotes sin corazón* (Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes / Cofradía de Coyotes, 2011), *El infierno es una caricia: antología de realismo sucio* (Editorial Fridaura, 2011), *Perros melancólicos* (Cofradía de Coyotes, 2012), *Bella y brutal urbe* (Resistencia, 2013) y *Cartas marcadas* (2014). Desde 2003 es miembro fundador del Grupo Cultural Netamorfosis, donde ha publicado la revista cultural independiente *El Chiquihuite*. Es responsable de las columnas “Acrapulco” y “A la salud de las atmósferas” en el semanario *Trinchera*. Ha colaborado en las revistas *Castálida*, *Los Bastardos de la Uva*, *Playboy*, *Replicante*, (*SdL*), *Va de Nuez*, *Crítica* y *Catarsis*. Es miembro del Suplemento de Libros-Librosampleados. En 2009, fue becario del Focaem. Coordinó el Taller de Creación Literaria en el Faro de Indios Verdes (2009-2013). Es doctor en ciencias sociales.

**Raúl Orrantía Bustos** (Cuernavaca, Morelos; 1985) estudió letras italianas en la UNAM y una maestría en literatura europea en Italia y Francia. Ha sido becario del Focaem en dos ocasiones. En 2010, el Instituto Mexicano de Cultura publicó su libro *Cuéntame un cuento pero de corrido. Y otras ficciones*. También ha publicado en las revistas *Casa del Tiempo*, *Castálida*, *Punto de Partida* y *Siembra*; además colabora regularmente en la revista texcocana *Molino de Letras*, así como en el portal de internet La Biblioteca Estelar.

**Eduardo Ortiz Muñiz** cuenta con estudios de pedagogía en la UNAM, ha cursado los diplomados: Universitario para Educadores de Calle, en la Universidad Iberoamericana, Gestión Cultural

Nivel 1 y Educadores Creativos en Socicultur. Profesor de nivel medio superior en el Estado de México desde 1992, ha sido educador de calle con atención al niño callejero de la ciudad de México. Coordinó encuentros de escritores de Ciudad Nezahualcóyotl y el Estado de México (1991-2003). Editor de las revistas literarias *La Luciérnaga* y *Me Cachis* y de 23 libros de cuento, poesía, novela y teatro. En 2001 fue miembro del Subcomité de Cultura del Estado de México. Ha sido becario del Focaem. Es autor de los libros de cuento *Relatos de sex fricción*, *Que baile Belén* y *Amores obsesivos*; de la novela *Amores hechizos*; de la obra de teatro *Bellos vellos*. (*Eddi Yaguer*) y del volumen de poesía *Amores cursis*.

**Leonel Pérez Mosqueda** (Michoacán, 1979) fue becario (grupal e individual) del Focaem; miembro de la Asociación de Escritores del Estado de México, A.C., cofundador del Grupo Cultural La Iguana e integrante del Grupo Interdisciplinario Macondo. Ha coordinado algunos talleres y colaborado en revistas y programas de radio. Concluyó el Diplomado en Creación Literaria del INBA. Ha trabajado como reportero cultural para el diario estatal *La Entrevista*. Actualmente es profesor de preparatoria. Intenta enseñar-divagar sobre literatura, comunicación, sociología y cine. El apoyo del Focaem le permitió concluir el libro de cuentos *El infierno vacío* (en proceso de publicación por la UNAM). Como todo escritor en ciernes, persiste en el oficio, hurga en los mecanismos de la narrativa, en hacer del cuento un arte más amigo de la ciencia que del arte mismo; que la literatura sea gran amiga del boxeo y las pruebas de resistencia. Coincide con el maestro Juan de la Concordia: escribir es un oficio de galeotes, no de diletantes.

**Paris Octavio Rojas Broca** (1990) estudia letras latinoamericanas en la UAEM. Ha sido ponente en el Coloquio Literatura Musical y Música Literaria y en el Necroloquio de Putrefacción Múltiple, en esa misma institución educativa. Ha publicado en la revista *Molino de Letras*.

**Jorge Sánchez Jinez** (Jalisco, Guadalajara; 1986) es licenciado en psicología por la UAEM. Ha obtenido algunos premios literarios en esta institución: tercer lugar en el Segundo Concurso Universitario de Composición Poética “Acomiztli Nezahualcóyotl” (2007); mención especial en el Primer Concurso Carta a... (2009) y mención especial en el Primer Concurso de Ensayo y Cuento Fortaleciendo la cultura de los derechos humanos y universitarios (2009). En las ediciones 2008 y 2010 recibió el Premio Estatal de la Juventud en la modalidad de cuento. En 2012 ganó la beca para artistas del H. Ayuntamiento de Toluca. Ha publicado diversos textos en la revista *La Colmena*. De 2011 a 2013, asistió al taller de narrativa de la Casa de las Diligencias en Toluca. En 2013 obtuvo la beca del Focaem en la disciplina de letras. En 2014 consiguió el tercer lugar en el Premio Municipal de la Juventud Toluca en la modalidad de poesía. Es participante del grupo literario Urawa de la Biblioteca Central “Leona Vicario”; así como coordinador del taller de narrativa de la Biblioteca Pedagógica, ambos en la ciudad de Toluca.

**Luis Alberto Sánchez Lebrija** (1988) está concluyendo sus estudios en la licenciatura en letras latinoamericanas en la UAEM. Ha publicado textos ensayísticos y de creación en las revistas

*Mosaico Humanístico* y *Molino de Letras*. Fue creador del blog *laplumadelepanto*.

**Alejandro Solano Villanueva** es licenciado en letras latinoamericanas. Ha participado en diversos encuentros, congresos y coloquios, también ha organizado actividades de corte académico-cultural entre las que sobresalen el Necroloquio de Putrefacción Múltiple y el III Congreso Nacional de Estudiantes de Literatura. Ha obtenido premios en cuento, poesía y ensayo, y se ha presentado como lector de obra creativa en encuentros de escritores. Fue corrector de estilo en la revista *Contribuciones desde Coatepec* de la Facultad de Humanidades de la UAEM. Estudia la maestría en estudios literarios en la Universidad Veracruzana.

**Esmeralda Vela** (México, D.F.; 1989) estudió la licenciatura en creación literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), plantel Cuauhtémoc. Entre sus publicaciones sobresalen: la antología de cuentos de horror *Feliz cumpleaños y otros cuentos (cuentos de necrofilia)*, sus novelas *La herencia* y *Tom y el espejo*, novela para niños, y la antología de poesía *Voces inusuales* (Eterno Femenino Ediciones, 2012). Ha escrito y actuado en diversas obras de teatro, algunas de ellas para niños con títeres. Ha impartido talleres de fomento a la lectura en escuelas secundarias y ha organizado actividades literarias en la UACM, institución que en 2012 incluyó textos suyos en la *Antología de poesía de estudiantes del plantel de Cuauhtémoc*.

**Ernesto Adair Zepeda Villarreal** (Texcoco, Estado de México; 1986) es poeta, narrador y dramaturgo. Economista egresado de la UACH. Participó en el poemario colectivo *La siembra del verbo* (Colectivo Entrópico / Casas del Poeta, 2010) y en la antología de cuentos y relatos *La travesía* (Colectivo Entrópico / Casas del Poeta / Editorial Fridaura, 2009). Ha colaborado en las revistas literarias *Salamandra* y *Molino de Letras*.

**Laura Zúñiga Orta** (Atacomulco, Estado de México; 1982) es narradora y correctora de estilo editorial, licenciada en ciencias de la comunicación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Toluca (ITESM), y maestra en humanidades: estudios literarios por la UAEM. En 2005 ganó la Beca de Invierno para Narrativa, concedida por el Centro Toluqueño de Escritores, A.C., con la que escribió *No tiene nombre el paraíso* (CTE, 2007; reedición SEP, 2008). Recibió el Premio Estatal de la Juventud 2010 en la modalidad de talento y fue becaria del Focaem en 2013, en la categoría jóvenes creadores. Está antologada en *Romper el hielo: novísimas escrituras al pie de un volcán* (Bonobos Editores / ITESM, 2006) y compiló *Imperio de sombras* (Los400 / UAM, 2014), antología de narrativa editada en el marco del III Encuentro Internacional de Escritores del Nevado, Toluca 2014, de cuyas ediciones ha sido coorganizadora.

## Fuentes consultadas

- Ballesteros, Gabriela, “Cuesta abajo”, en Gabriela Ballesteros, *Siete cuentos capitales*, Toluca, Edición de Autor, 2011.
- Barrera Quintana, Pablo, “No temas a la peste, no dura mucho”, en *Moebius*, s.l., Grupo Cultural La Iguana, 2006.
- Carrasco Hernández, Jazmín, “Sin escapatoria”, en *Lo que germinó de un sueño. Antología de cuentos*, Nezahualcóyotl, Dirección de Educación y Fomento a la Cultura de Ciudad Nezahualcóyotl / Ediciones a la Tinta, 2002.
- Delgadillo Medina, Mariana, “Fenómenos”, en Mariana Delgadillo Medina y René Aguilar Díaz, *Fenómenos*, Texcoco, UACh, 2001.
- Díaz, Anel, “Petarca en la oscuridad”, en Anel Díaz, *Petrarca en el vacío*, Toluca, Pestaño Oscuro Ediciones / Centro Toluqueño de Escritores, 2008.
- Flores, Arturo J., “Soñar con osos polares”, en Daniela Flores *et al.* (comp.), *El banquete de la discordia*, Nezahualcóyotl, Colectivo Entrópico, 2010.
- Flores, Daniela, “Jamais vu”, en Daniela Flores *et al.* (comp.), *El banquete de la discordia*, Nezahualcóyotl, Colectivo Entrópico, 2010.
- García Carrillo, Francisco Javier, “Luna mía”, en Francisco Javier García Carrillo, *Benferros s/n*, Toluca, UAEM, 2001.
- Gómez Díaz, Omar, “Los zapateros”, en *La Colmena*, núm. 29, enero-marzo, Toluca, UAEM, 2001.

- González, Eduardo H., “Arder entre sombras”, en *Molino de Letras*, año 11, núm. 65, mayo-junio, Texcoco, 2011.
- Guzmán, Alonso, “No temas al otoño, si ha venido”, inédito.
- Guzmán Díaz, Ana Rocío, “Que qué me pasa”, en *Literatura Barata*, núm. 1, Toluca.
- Hernández Martínez, Margarita, “Encuentro”, en Cuarto concurso de cuento preuniversitario Juan Rulfo, México, UIA, 2004.
- Hernández Martínez, Sandra, “El placer de sólo ser en la sangre”, en Moisés Zurita Zafra, Rolando Rosas Galicia y Patricia Castillejos Peral, *Alguien te busca en el espejo*, Texcoco, Ediciones Molino de Letras, 2007.
- Jiménez Lechuga, Sahid, “Hotel Paraíso”, en *Castálida*, año 10, núm. 24, primavera, Toluca, IMC, 2004.
- Lagunas, Cristian, “Manchester y el teatro”, en *La Colmena*, núm. 78, abril-junio, Toluca, UAEM, 2013.
- León Meléndez, Alejandro, “Tamopco tengo mucho que perder”, en Alejandro León Meléndez, *Sobre suelo que serpentea*, Toluca, CTE, 2011.
- Luna Castillejos, Amaranta, “Una novia como tú”, en Moisés Zurita Zafra, Rolando Rosas Galicia y Patricia Castillejos Peral, *Alguien te busca en el espejo*, Texcoco, Ediciones Molino de Letras, 2007.
- Manjarrez, Marco Antonio, “Los muertos no cuentan cuentos (drama para leerse en mini actos)”, en *Triciclo Vagabundo*, año 1, núm. 1, abril, Toluca, 2013.
- Marín, Demian, “Ojiva en el rostro”, en *La Colmena*, núm. 79, julio-septiembre, Toluca, UAEM, 2013.
- Martínez Maya, Samantha, “Suicidio ciudadano”, en Moisés Zurita Zafra, Rolando Rosas Galicia y Patricia Castillejos Peral, *Alguien te busca en el espejo*, Texcoco, Ediciones Molino de Letras, 2007.
- Monetti, Fabiola, “Señas particulares”, en Oliverio Arreola y Laura Zúñiga (comps.), *La ciudad es nuestra*, Toluca, Los 400 / H. Ayuntamiento de Toluca, 2012.

- Moreno Hernández, Hugo César, “Ciruela pasa”, en Hugo César Moreno Hernández, *Cuentos para apornar la semana*, México, CNCA (Fondo Editorial Tierra Adentro: 345), 2007.
- Orrantia Bustos, Raúl, “Edwin *el Tigrillo* Orrantia”, en *Molino de Letras*, año 10, núm. 61, julio-agosto, Texcoco, 2010.
- Ortiz Muñiz, Eduardo, “La cita”, inédito.
- Pérez Mosqueda, Leonel, “Saber que existes”, en *Moebius*, s.l., Grupo Cultural La Iguana, 2006.
- Rojas Broca, Paris Octavio, “Maldita mujer”, inédito.
- Sánchez Jinez, Jorge, “Víctor Chandley, multiasesino”, en *La Colmena*, núm. 74, abril-junio, Toluca, UAEM, 2012.
- Sánchez Lebrija, Luis Alberto, “Χρονολογία de un escritor”, en *Molino de Letras*, año 16, núm. 87, enero-febrero, Texcoco, 2015.
- Solano Villanueva, Alejandro, “En la esquina neutral”, en *Literatura barata*, núm. 3, octubre, Toluca, 2011.
- Vela, Esmeralda, “Juego de dominó”, en Eduardo Villegas (comp.), *El tren de la ausencia*, Metepec, Cofradía de Coyotes, 2012.
- Zepeda Villarreal, Ernesto Adair, “Los ojos del gato”, en Daniela Flores et al. (comp.), *El banquete de la discordia*, Nezahualcóyotl, Colectivo Entrópico, 2010.
- Zúñiga Orta, Laura, “Por si despiertas”, en Cristina Rivera Garza (comp.), *Romper el hielo: novísimas escrituras al pie de un volcán*, Toluca, ITESM-Campus Toluca / Bonobos Editores, 2006.



# Índice



7      Presentación

Los muertos no cuentan cuentos

Antología de narrativa joven del Estado de México

13     Por si despiertas

Laura Zúñiga Orta

21     No temas a la peste, no dura mucho

Pablo Barrera Quintana

29     El placer de sólo ser en la sangre

Sandra Hernández Martínez

35     Luna mía

Francisco Javier García Carrillo

43     Juego de dominó

Esmeralda Vela

- 47 Edwin el Tigrillo Orrantía  
Raúl Orrantía Bustos
- 53 Encuentro  
Margarita Hernández Martínez
- 57 Ojiva en el rostro  
Demian Marín
- 63 Jamais vu  
Daniela Flores
- 69 Manchester y el teatro  
Cristian Lagunas
- 75 Saber que existes  
Leonel Pérez Mosqueda
- 79 Ciruela pasa  
Hugo César Moreno Hernández
- 89 Una novia como tú  
Amaranta Luna Castillejos
- 97 Hotel Paraíso  
Sahid Jiménez

- 101 Tampoco tengo mucho que perder  
Alejandro León Meléndez
- 121 Suicidio citadino  
Samantha Martínez Maya
- 129 Los muertos no cuentan cuentos  
(drama para leerse en mini actos)  
Marco Antonio Manjarrez
- 139 Cuesta abajo  
Gabriela Ballesteros
- 147 Sin escapatoria  
Jazmín Carrasco Hernández
- 153 Arder entre sombras  
Eduardo H. González
- 157 Fenómenos  
Mariana Delgadillo Medina
- 163 Víctor Chandley, multiasesino  
Jorge Sánchez Jinez
- 179 Los zapateros  
Omar Gómez Díaz

- 183 Soñar con osos polares  
Arturo J. Flores
- 191 Que qué me pasa  
Ana Rocío Guzmán
- 195 Los ojos del gato  
Ernesto Adair Zepeda Villarreal
- 205 En la esquina neutral  
Alejandro Solano Villanueva
- 213 Petrarca en el vacío  
Anel Díaz
- 237 La cita  
*Eduardo Ortiz Muñiz*
- 243 Χρονολογία de un escritor  
Luis Alberto Sánchez Lebrija
- 255 Maldita mujer  
Paris Octavio Rojas Broca
- 267 Señas particulares  
Fabiola Monetti

271 No temas al otoño, si ha venido

Alonso Guzmán

Sobre los autores

Fuentes consultadas









